

Tercera parte

## Trabajos varios

Gobierno, organización y administración escolar

Elementos auxiliares de educación

Libros y bibliotecas

Diversas críticas y sugerencias

Tópicos varios



# El gobierno superior de la enseñanza general, primaria y secundaria: ¿a cargo del Ministerio, de un Consejo o de un superintendente?

Crónica publicada en el diario *La Capital* de Rosario, provincia de Santa Fe, sobre una conferencia que el profesor Pizzurno dio en esa ciudad

*12 de junio de 1924*

## NOTA DE LA COMISIÓN

En junio de 1924, con motivo de un proyecto presentado a la Legislatura de la Provincia de Santa Fe y en virtud del cual quedaría afectada la autonomía del Consejo General de Educación, fue requerida la opinión del profesor Pizzurno quien, accediendo al pedido, trató el punto en una conferencia dada en la ciudad de Rosario el 11 del mes referido. La crónica que a continuación reproducimos refleja con toda fidelidad lo expresado por el señor Pizzurno quien hizo constar deliberadamente que sus ideas no eran recientes. Ya las había expuesto, once años atrás, en un artículo publicado en *El Diario* de Buenos Aires, en 1913. Todo lo que va entre comillas es textualmente parte de lo aparecido entonces.

AYER DIO SU ANUNCIADA CONFERENCIA sobre gobierno superior de la enseñanza el profesor don Pablo A. Pizzurno.

El señor Pizzurno empezó manifestando que cuantos lo conocen saben que es «enemigo por naturaleza de toda solemnidad, de usar grandes palabras con cualquier pretexto, y sobre todo, de invocar a la patria para obligar al aplauso.

»Hoy, sin embargo, necesito empezar diciendo yo también, pero no para provocar el aplauso, sino para obligar a la meditación seria, que el asunto que nos reúne es de tanta trascendencia para el país que me obliga a tratarlo sacrificándole todo interés personal o de cualquier género que no esté subordinado a lo

que debe primar: el bien de la patria. Y nadie ignora cuán vinculado se halla el progreso y el bienestar del país a la eficacia o ineficacia de la escuela.

»Invitado por un grupo de respetables caballeros a expresar mi opinión respecto de los decretos del Poder Ejecutivo en virtud de los cuales se suprime la autonomía del Consejo General de Educación y se establecen otras prescripciones relacionadas con el gobierno de la enseñanza, manifiesto que considero preferible dar un carácter general a mi respuesta, refiriéndola a *cómo debe organizarse el gobierno superior de las escuelas*, trátase de Santa Fe como de cualquier otra provincia, o de las escuelas nacionales.

»Se impone el estudio tranquilo del asunto con prescindencia de la situación y de las personas del momento actual, pensando solo en los intereses permanentes de la enseñanza, que involucran los del país.

»Yo querría poder expresar mi modesta opinión como quien desarrolla un teorema matemático, procediendo, si fuera posible, sobre bases axiomáticas. Esto no es posible sino en parte. Trataré, sin embargo, de ser lo más claro y preciso, apoyándome en razones incontestables, de sentido común.

»Nadie discutirá, por ejemplo, que los medios deben subordinarse al fin que se persigue.

»¿Y cuál es el fin de la escuela?

»Dar al niño la mejor educación posible, considerado como individuo con necesidades propias que se deben satisfacer para vivir feliz y a la vez, como célula del organismo social a que pertenece, y a cuyo engrandecimiento y felicidad debe también contribuir.

»¿Cómo se realizará ese fin? Organizando la enseñanza de manera que responda a ese doble aspecto, individual y colectivo.

»Leyes de educación, autoridades escolares, planes de estudio, programas, horarios, orientaciones e instrucciones didácticas, preparación del maestro y reglamentación de sus deberes y derechos; medios materiales, edificios, mobiliarios, útiles, textos, etc., todo debe subordinarse al mismo propósito, y nada más que a eso.

»La acertada preparación o elección y aplicación práctica de todos esos medios concurrentes a un único objeto, así como la realización segura del mismo, suponen en quien asuma el gobierno superior de la escuela la posesión, por lo menos, de tres condiciones esenciales:

- »a) Competencia especial.
- »b) Libertad de acción (autonomía).
- »c) Continuidad de la obra.

»La de la educación es una tarea principalmente técnica, como lo es el cuidado de la salud pública, la construcción de un puente, la organización de la armada o la fabricación de un par de botines. Y si estableciéramos comparaciones relativas a la mayor o menor complejidad y dificultades de cada una de estas obras, nadie negaría que las más graves se encuentran en la escuela, dado que la educación e instrucción del niño, física, espiritual y socialmente consideradas, presuponen conocimientos mucho más difíciles de dominar que los que afectan a la resistencia de materiales, a las medidas profilácticas contra enfermedades conocidas, o a la construcción de un acorazado.

»Ahora bien; sin entrar, por razones de brevedad, en otras consideraciones preliminares que serían oportunas, bastan las que preceden para poder contestar a la siguiente pregunta:

»¿Puede encargarse de la dirección de la enseñanza primaria (y lo mismo diríamos de la secundaria) a una entidad esencialmente política como es un ministerio?

»¿Se encuentran siempre reunidas en un ministro las tres condiciones esenciales, antes establecidas?

»Podría ocurrir alguna vez que poseyera la competencia; pero ¿quién ignora que un ministro es, por definición, inestable y que no tiene nunca suficiente libertad de acción, obligado por compromisos e intereses partidarios a prescindir de lo que más conviene y a realizar lo que es notoriamente perjudicial?».

Después de algunas otras consideraciones, el señor Pizzurno reitera lo que, dice, «está en la conciencia de todo el mundo: que es absolutamente indispensable entregar el gobierno de la enseñanza a entidades especiales, con toda la autonomía, atribuciones y recursos necesarios para realizar sin interrupción la obra delicada y de largo aliento que implica la educación popular».

Más adelante se plantea el señor Pizzurno esta cuestión: «¿Debe confiarse el gobierno de la escuela a un consejo o debe establecerse el gobierno unipersonal?».

«Ambas soluciones pueden ser defendidas en teoría victoriosamente; pero yo soy decidido partidario de un superintendente único con todos los asesores que se quiera, por lo menos para la parte técnica, en la que incluyo, por supuesto, el nombramiento de todo el personal docente. Yo mismo formulé hace once años para la provincia de Córdoba un proyecto de ley general de educación común, que fue publicado, en el que aplicaba esa doctrina.

»Sigo creyendo que eso es necesario; que organizado así el gobierno se atenuaría en mucho los males que ha producido hasta ahora a la enseñanza el régimen en vigor.

»A cargo, tanto en lo administrativo como lo técnico, de muchas personas a la vez, el fracaso de los consejos ha sido la regla general, y si en alguna oportunidad fue menos nociva o ineficaz su gestión, ello ocurrió cuando un presidente o alguno de los vocales bien inspirados supieron imponer su voluntad, por lo menos en alguna de las fases del gobierno escolar. Esta afirmación es aplicable a todos los consejos generales de educación de las provincias o de la nación. La experiencia demuestra, cada día más, las ventajas del gobierno unipersonal cuando se trata de funciones de cierta naturaleza.

»El régimen implantado por la Ley Nacional de Educación de 1884 suprime la unidad y la continuidad de dirección y de criterio necesarios. Es un continuo tejer y destejer antojadizo supeditado a cada rato, nadie lo ignora, a intereses muy ajenos a los primordiales de la educación.

»La responsabilidad desaparece diluida entre los consejeros que disculpan su inacción o las medidas erróneas atribuyéndoselas recíprocamente o escudándose en lo resuelto en sesión a la que no asistieron o en la cual fueron vencidos por la mayoría. El presidente, a su vez, se ampara en que es el consejo el que resuelve y él quien debe acatar y hacer cumplir.

»Así, el consejo general, de donde debiera partir el impulso hacia adelante, la dirección atinada que orienta al educador y lo estimula a perseverar en el trabajo,

ejerce una influencia muy distinta. Triste es decirlo, pero no se revela ningún secreto al afirmar que la característica de la acción de los consejos ha sido siempre la falta de un plan de trabajo bien concebido, la ausencia de armonía y de solidaridad entre sus miembros y también entre sus diversas oficinas técnicas y administrativas.

»¿Un ideal a perseguir al que se subordina metódica y constantemente la tarea de todos?

»¡Bella ilusión! Cada uno “tira” para su lado, como suele decirse, y con frecuencia en direcciones opuestas. Suele haber quienes, deseando hacer vida tranquila, no tiran en sentido alguno. Y estos son, a veces, tanto o más dañosos que los activos. Ni siquiera sirven para estorbar la acción de los nocivos. ¿Hay quien se atreva a negar, por ejemplo, cuán grande ha sido en el orden nacional la marcha hacia atrás a partir de 1908? Ello está en la conciencia de todos.<sup>1</sup>

»Y eso que las escuelas de Buenos Aires tienen un personal docente en su inmensa mayoría bien dispuesto, disciplinado e inteligente, con el cual se puede hacer, en pocos años, lo que se quiera, con tal de respetarlo, darle orientaciones claras, mejorando su preparación y poniéndolo en condiciones, materiales y sobre todo morales, que lo estimulen a trabajar con amor.

»Sustráigase, entonces, siquiera lo que es esencial: la organización técnica de las escuelas y el nombramiento del personal respectivo, a la acción caprichosa, irresponsable, de consejeros elegidos por complacencias de distinto orden y en el mejor de los casos siempre expuesta a la anarquía en los fines a conseguir y en los medios a emplear. Concéntrese esa faz del gobierno en uno solo y dígame en la ley que el director general ha de ser indefectiblemente un hombre de carrera en la enseñanza, probado en ella, y quien, por lo mismo, no irá a improvisar, ni querrá jugarse su reputación por satisfacer intereses secundarios, cuando todo el mundo pueda señalarlo a él como el único responsable de lo bueno o malo que se haga. Él se encargará de elegir con acierto a sus asesores y colaboradores inmediatos, inspectores técnicos, directores, etc. Lo demás vendrá solo.

»Entréguese a lo sumo al consejo la faz administrativa, ya que, por ahora, no ha de encontrarse práctico confiarla también al director general secundado por oficinas especiales bajo su dependencia, cosa que yo me animaría también a implantar.»

A continuación el profesor Pizzurno hizo breves referencias históricas, citando concretos interesantísimos demostrativos de su tesis, y haciendo otras consideraciones oportunas.

## NOTA DE LA COMISIÓN

### Un poco de historia que debe conocerse

He aquí parte de esas referencias y concretos omitidos por falta de espacio en la crónica arriba reproducida del diario *La Capital*. Habla Pizzurno:

El desacierto en la designación de los directores superiores de la enseñanza no

1. De todos los que *saben* y *quieren* ver.

suele ser tan solo causa de estancamiento –que eso fuera menos grave cuando las cosas están bien– sino que determina retrocesos lamentables. El concreto que voy a recordar lo demostrará hasta la evidencia. Me toca muy de cerca; pero creo que ello no ha de impedir decir estrictamente la verdad, sin que la pasión me induzca a exagerarla. Así me lo propongo y no vacilo –aun sabiendo que el referirse a sí mismo es siempre más o menos aborrecible– porque se trata de hechos de carácter público y también porque de ellos surge, otra vez, una enseñanza.

Cuando, en 1904, el doctor Ponciano Vivanco, como presidente del Consejo Nacional de Educación, me hizo el honor –inesperadamente para mí pues apenas tenía con él relación– de ofrecerme la Inspección Técnica General de la Capital, contesté sin vacilar que yo no podía aceptarla.

–¿Por qué? –me preguntó tanto más sorprendido cuanto que él no ignoraba que yo estaba casi completamente desocupado.

–Porque es un puesto desde el cual hay mucho que cambiar, mucho que recomenzar y de grave responsabilidad. Para ser eficaz y útil en él necesitaré plena libertad de acción, principalmente en todo lo que sea técnico y didáctico.

–¡Y la tendrá, pues!

–No la tendré siempre, doctor, porque Ud. es un hombre muy ilustrado y estudioso; se ha ocupado mucho y bien de la materia de instrucción pública durante su ministerio en Córdoba; tiene ideas definidas y querrá realizarlas a su manera. Yo también tengo las mías y aun cuando estoy muy lejos de ser caprichoso y cedo ante la razón, me mantengo cuando creo ser yo quien está en lo cierto. Y chocaremos. Y si eso ocurre en cosas fundamentales... tendré que irme y habremos perdido tiempo.

Abrevio la narración. Quedó convenido que cuando el desacuerdo se produjera inavenible, él dejaría hacer a la Inspección.

Y conste, en honor del doctor Vivanco, que respetó siempre escrupulosamente el compromiso y nos dejó hacer en algún caso en que él consideraba absurdo lo que intentaba realizar la Inspección.<sup>2</sup>

Fácil es comprender las consecuencias de tal conducta. La Inspección se puso con toda el alma a la obra de mejorar la enseñanza sin darse punto de reposo. Fueron cinco años de labor metódica, intensa, entusiasta; labor que debía apoyarse y se apoyó esencialmente sobre la consagración inteligente y perseverante –¡ojalá nunca se olvidara!– de lo que es y será siempre el eje, queremos decir del maestro, de cada maestro, de todos los maestros, a los que se debe orientar bien, dirigir, estimular, ayudar, con sinceridad, con simpatía cordial y no simulada, por los superiores jerárquicos.

Eso era realizar obra patriótica, verdaderamente patriótica, sinceramente patriótica; de hecho patriótica y no de palabras.

Y esa obra quedó un buen día interrumpida porque nosotros, los que la cum-

2. Tal aconteció, por ejemplo, cuando quisimos implantar la enseñanza de la música por el método modal, la notación cifrada y la fonomímica por la que venimos abogando hace más de cuarenta años, método aplicado ya muchas veces con éxito magnífico, pero que no pudo generalizarse todavía porque lo resisten –y no por razones técnicas– quienes más obligados estarían a difundirlo.

El doctor Vivanco, que sabía música y tocaba muy bien el piano, no creía en la bondad del método, porque no lo había visto de cerca y resistía mi proyecto. Discutimos. Se mantuvo irreductible. Yo tampoco cedí. Pues bien: ¡autorizó la celebración de los cursos como yo quería! Y más tarde me dio la razón.

plíamos sin descanso –pero sin pronunciar a cada rato la palabra patria, ni hablar del himno o de la bandera, porque no son cosas que deban manosearse con cualquier pretexto–, fuimos considerados malos patriotas pocos meses después de haber renunciado el doctor Vivanco a la presidencia. Su reemplazante entendía las cosas de una manera poco acorde con la nuestra.

Y debimos abandonar el campo a los que suprimían el trabajo e intensificaban el palabreo y el culto externo y ruidoso de la patria.

El país necesita combatir la mentira y la pereza, cultivar el amor al trabajo, la perseverancia, la independencia personal, la solidaridad, el respeto a la ley. No obstante, las disciplinas moralizadoras por excelencia, las que reposan esencialmente sobre el esfuerzo propio del alumno, creando con aptitud productiva, también el hábito de pensar y el de obrar rectamente; la convicción de que es la suma de los pequeños esfuerzos de hoy, de mañana, de todos los días, la que hace al hombre virtuoso y útil, y el buen ciudadano, todo eso volvió a considerarse de menor cuantía y se atribuyó a las formas aparatosas, a las fiestas patrióticas especiales, al abuso del himno y de la bandera, la virtud de transformar al perezoso en activo, en veraz al embustero, al indisciplinado en respetuoso, al desordenado en metódico.

Nosotros exigíamos del inspector que fuese continuamente a las escuelas, y que viese los cuadernos, los dibujos, los trabajos manuales y todos los demás, de los alumnos; que examinase la calidad y la cantidad, hiciese leer, mandase redactar composiciones, interrogase sobre todas las ramas, observase la disciplina, el aseo, el lenguaje, las actitudes; que lo examinase todo y en las distintas épocas del año, para asegurarnos de la buena orientación, de la eficacia de la enseñanza transmitida, estimulando a niños y maestros con el consejo y el aplauso oportunos y alentadores.

Fue la esencia de nuestro programa de gobierno respetar al docente –pongo a todos los maestros sinceros de esa época por testigos–, decirle la verdad, inclusive la desagradable, bien intencionada, dándole el ejemplo de sinceridad que no teníamos el derecho de esconder. Procuramos completar sus aptitudes, mejorar su situación económica como base de su tranquilidad y mejor consagración al deber.

El culto externo de la patria no era desatendido y fuimos precisamente nosotros y bajo la presidencia del doctor Vivanco los que establecimos o restablecimos, entre otros prácticas, la de los grandes desfiles de las escuelas en los días de Mayo y de Julio, desfiles que nunca fueron mejor organizados.

La administración siguiente solo exigía que los inspectores comprobaran si invariablemente se abrían las clases, cada día, con el saludo a la bandera, si se entonaba el himno nacional cada vez que se entraba al salón de canto y si niños y maestros ostentaban en el pecho la escarapela nacional en los días de la patria. Un buen día se pasó una amonestación colectiva a todos los inspectores de la Capital porque en alguna escuela se había omitido alguna vez izar la bandera, sin averiguar primero la causa de la omisión.

El culto externo, el de los símbolos, repito, les bastaba. El interno, el sincero, sin ostentación; las virtudes cardinales que lo determinan, eso importaba menos. El maestro fue deprimido en toda forma; y tal fue la humillación que llegó hasta iniciarse una huelga.

¡Huelga del gremio docente, señores! Del gremio paciente y disciplinado por excelencia. Fueron castigados los protestadores y más tarde, el Consejo, celebrando una fecha histórica, los perdonó, en la misma forma en que se conmutan penas a los delincuentes de las cárceles.

Recuerdo esto, señores, sin maldad, hágaseme la justicia de creerme. Lo recuerdo porque pinta bien hasta dónde puede llegarse cuando se subordina a complacencias puramente personales o a propósitos políticos, la designación de las autoridades superiores de una rama de la administración que como ninguna reclama, de sus directores, mucho desinterés, la noción clara de los fines a perseguir y el conocimiento pleno de los medios a emplear. Y esas virtudes no reveló poseerlas el presidente del Consejo, doctor José M. Ramos Mejía. Sus intenciones acaso fueron buenas y sus talentos encomiables de otros puntos de vista ajenos a mi observación; pero afirmo sin temor de ser desmentido por quien con inteligencia y sinceridad aprecie los hechos, que su acción como director general de enseñanza ha sido funesta, como pocas, para la misma.

Dúdese, si se quiere, de mi serenidad y sospéchese que me inspira el rencor, pero no se olvide que no solo fui yo quien, mal o demasiado bien comprendido, y viendo en peligro mi autoridad moral ante mis subordinados jerárquicos, los docentes, y comprometida sin remedio la obra de mejoramiento técnico y moral iniciada y realizada durante varios años de labor incesante, debí presentar mi renuncia. Situación análoga fue creada a casi todos los técnicos jefes más destacados y dignos que realizaban obra fecunda. Así renunció el Inspector General de Provincias, profesor Gerardo Victorín, a quien nada menos que el ministro Magnasco había llevado años antes a la Inspección de Escuelas Normales y Colegios Nacionales y a quien el ministro Naón, al enterarse de su salida del Consejo, le ofreció inmediatamente el cargo elevado que hoy ocupa; así renunció el Inspector de Educación Física, doctor Enrique Romero Brest, cuya actuación excepcional y cuya obra en esa materia es bien conocida en todo el país; así el Inspector General de Escuelas Nocturnas y Militares de la República, señor José J. Berrutti, de quien cabe decir otro tanto; así el inolvidable Inspector de Dibujo Martín A. Malharro, a quien se debieron progresos tales en su rama como no habían sido alcanzados hasta entonces en las escuelas de los países más adelantados del mundo.

Y el derrumbe comenzó y continuó incesantemente. Bien conocidos son los hechos. Estamos esperando todavía la reconstrucción.

Bien, pues; mientras esto pueda repetirse, estaremos siempre por empezar. ¿Hasta cuándo?

No quiero terminar sin hacer una salvedad. La tesis que he sostenido en toda mi disertación no implica afirmar que deba ser forzosamente presidente del Consejo un profesional diplomado como tal después de pasar por las aulas de nuestras escuelas normales que están lejos de dar a sus alumnos, en la actualidad sobre todo, la cultura general, ni siquiera la especial suficiente, más la amplia de espíritu y ciertos conocimientos y cualidades indispensables para el gobierno escolar.

En el Congreso Pedagógico Nacional celebrado en Córdoba en 1912, como puede leerse en el volumen que contiene la crónica completa de sus trabajos dijimos textualmente (pp. 66-67) lo siguiente:

«Los cargos directivos superiores de la instrucción pública no deberán confiarse sino a personas con título y aptitudes especiales probadas, que importen

una garantía de la eficacia de su gestión, debiendo preferirse a los educadores con experiencia suficiente revelada en la cátedra o al frente de instituciones de educación.

»Creo que la exclusión sistemática de los educacionistas de los cargos superiores de la enseñanza es un error fundamental, por razones obvias; pero que lo será también excluir de los referidos cargos a quienes no tuviesen rótulo de profesor. Ello importaría privarse de la acción fecundísima, a veces insustituible, de hombres superiores, universitarios o no, y de los verdaderos estadistas que, sin conocer los principios, ni las reglas particulares de la pedagogía, ni los detalles técnicos propios del especialista, tienen en cambio las grandes concepciones o la capacidad de comprenderlas, y por su prestigio social la influencia necesaria, en un momento dado, para imponer su realización.

»Por lo mismo que son espíritus superiores, no olvidan un solo instante que necesitan a su lado como colaboradores de primera fila a los profesionales dignos, cuya acción estimulan y respetan sinceramente».

### NOTA DE LA COMISIÓN

El diario *La Razón* de la Capital Federal después de referir los antecedentes del asunto comenta así el 13 de junio de 1924 la conferencia del señor Pizzurno:

«En tanto que este asunto se complica con derivaciones extrañas a su índole, un grupo de intelectuales de Rosario ha hecho ambiente a favor de una discusión serena, que no aparezca perturbada por insinuaciones ni intereses políticos. Y llevando a la práctica su pensamiento, acaba de escucharse ante un auditorio enorme la palabra sincera de un profesional experimentado, emitida desde una tribuna completamente imparcial, ajena en absoluto a las divergencias banderizas que envuelven el asunto y dificultan su solución.

»La lúcida, cálida y concisa exposición de ese maestro autorizado trae el recuerdo de memorables debates parlamentarios en que se discutían graves problemas de la cultura pública, donde sus paladines arrojaron a la arena doctrinas que motivaron discusiones encarnizadas por convicciones e ideales que se colocaron por encima de lo que no tiene sino un valimiento transitorio y efímero.

»Ojalá la sesión de hoy de los diputados santafesinos se inspire en esos antecedentes, deliberando sin ataduras de ninguna clase y dando una sanción que sea fiel trasunto del sentir y del pensar independiente de cada uno».

### NOTA DE LA COMISIÓN

¿Qué profesionales deben preferirse para el gobierno superior de la enseñanza?

El 14 de junio de 1912, el señor Pizzurno dirigió desde Córdoba una carta al profesor Abelardo Baró sobre el mismo asunto: ¿qué profesionales deben preferirse para el gobierno superior de la enseñanza? Extractamos los siguientes párrafos que se relacionan con el asunto de que trata la precedente exposición.

DÍA MÁS, DÍA MENOS, HA DE VERSE CLARO y ha de aplicarse lo de «zapatero a tus zapatos» también a la educación. Y los profesionales distinguidos irán a la presidencia de los consejos y demás cargos superiores, para bien del país. Esto tiene que venir, Baró, fatalmente.

Así como el doctor Sáenz Peña, en su estada en las naciones europeas y en los Estados Unidos, se convenció de que éramos poco menos que un país salvaje en cuanto a régimen electoral y que una reforma radical se imponía a cualquier precio y se empeñó en ello y la realizó con el resultado que todos vemos, así él mismo u otro mañana, por la fuerza de las cosas, verá que esta de la escuela es cuestión fundamental que importa abordar de hecho y no solo en discursos. Entonces se buscarán los hombres para los cargos, los especialistas educadores, pero con vistas un poco más amplias que las que dan los estudios limitados de la pedagogía y la sola actuación en la escuela primaria. Educadores que vean un poco más allá de la reglita pedagógica y el principio pestalozziano; que no estén encerrados en el índice de un tratado de pedagogía y en las afirmaciones todavía muy inseguras de la psicología infantil; que sepan sí todo lo que de eso se necesita, que hayan vivido en la escuela con las manos en la masa un tiempo; pero que hayan ido más allá también, abarcado otros horizontes, contemplando el factor de progreso social Escuela, desde un poco más arriba, para darse cuenta de que no está aislado, sino unido estrechamente a otros factores en los que influye y por los que es influenciado. Un educador que perciba claramente las concomitancias de la instrucción pública con la vida general del país, con sus condiciones naturales, con su organización política, con sus antecedentes históricos, con su régimen y estado económico, etc. y que con un programa de conjunto bien trazado y con un ideal por delante, sepa seguir aquel para acercarse lo más posible a este. Y sin impaciencias, con espíritu de sinceridad y hasta de sacrificio personal suficiente para, en determinados casos, limitarse a sembrar lo que no fructificará sino mucho más tarde, cuando el sembrador ya no exista y la gloria de su buena acción acaso no lo alcance y se cubra otro con ella. ¿Qué le vamos a hacer? También nosotros nos beneficiamos con lo que otros prepararon, sin reconocer, muy a menudo, el origen primero del beneficio.

# Desquicio educacional: se necesita un buen *chauffeur*

Reportaje publicado en el diario *Crónica* de Córdoba

11 de mayo de 1915

DESEANDO CONOCER EL VERDADERO ESTADO de la enseñanza nos apersonamos al profesor Pizzurno, reconocida autoridad en la materia, quien nos recibió con la gentileza que lo caracteriza.

Le expresamos nuestro deseo de conocer su opinión respecto del estado de la instrucción pública y de las reformas que, a su juicio, necesitaría.

El señor Pizzurno se excusó diciendo que no valía la pena señalar de nuevo las graves deficiencias de que adolece tanto en el orden primario como en el secundario, entendiéndose referirse a todo el país y no a Córdoba en especial.

Lo que debe hacerse, no se ignora. Solo parecen ignorarlo quienes deben hacerlo, agregó.

—Pero usted atribuye, señor, principalmente a la falta de maestros y de profesores competentes el estado actual...

—¡No señor, disculpe! No es esa precisamente la causa, aun cuando sea cierto que no tenemos ni maestros primarios, ni profesores de segunda enseñanza en el número necesario.<sup>3</sup> Es enorme el porcentaje de maestros sin título alguno, empleados en las escuelas públicas. Córdoba, por ejemplo, tiene el 75%, tal vez más, en esas condiciones. Hay departamentos enteros donde apenas el 3 o 4% poseen algún diploma. Otros departamentos no tienen ni un maestro diplomado. ¿Comprende usted lo que esto significa?

»No obstante, oigo decir que anda por ahí buen número de normalistas que no consiguen ser nombrados. Algo de esto ocurre hasta en Buenos Aires, donde existen empleados no pocos maestros sin diploma ni preparación.

»Agregue que los titulados como los que de título carecen trabajan —y no aludo a Córdoba solamente— en las peores condiciones y no solo por la ruindad de los sueldos y la escasez y carencia de elementos de todo género, sino porque ni siquiera el consejo afectuoso, la dirección técnica frecuente, la medida justiciera

3. Téngase en cuenta que esta publicación data de veinte años atrás.

alentadora que entona, les llegan siempre oportunamente. Con frecuencia, con harta frecuencia, es todo lo contrario lo que acontece.

»Pero esto es un efecto. La causa primera es otra, repito.»

—¿Cuál es, señor?

—¡Pero, hombre! ¿Acaso no la conoce Ud....? No se tienen escuelas buenas porque no se ha querido tenerlas, sencillamente.

—¿....?

—¡Sí señor! ¿Qué le sorprende?

—Francamente...

—Pues francamente: así debe creerse. ¿Qué precaución toman el presidente de la República o el gobernador de una provincia, o Ud. mismo, cuando quieren andar en automóvil sin peligro de ser mal conducidos?

—¡Disculpe Ud. señor Pizzurno! Yo no lo sé porque nunca he gastado automóvil. Soy periodista y...

—Es cierto. Yo tampoco lo gasto. Soy educador y...

»Pero sé lo que haría y es lo que hacen aquellos: eligen un buen *chauffeur*. No se entregarían al primer sujeto que les recomendaran o a quien quisieran retribuir servicios recibidos. ¡Diablos! Van a ir ellos dentro del automóvil y no es cosa de estrellarse por ahí, por quedar bien con los amigos. Para quedar bien con los amigos están los cargos públicos; por ejemplo, el gobierno de la enseñanza. Eso no ofrece los mismos peligros y por lo tanto a cualquiera se le pueden entregar las riendas aun cuando jamás haya probado saber cómo se manejan o aunque haya demostrado indirectamente, hasta la evidencia, que lo hará todo al revés. ¿Qué importa?

»Ese *chauffeur* no estrellará a nadie contra una columna de las avenidas; a nadie precipitará barranca abajo en cualquier recodo del camino. No habrá miembros rotos, ni cráneos despedazados; habrá a lo sumo, generaciones enteras cuya inteligencia y cuyos sentimientos recibirán una cultura extraviada, sin instrucción suficiente ni útil, sin hábitos de trabajo, fáciles para la mentira, sin la conciencia del deber, sin ninguna de esas cosas tan bonitas que están señaladas en los libros y en las leyes como fines que se deben realizar en la escuela. Pero eso, repito, ¿qué importa si no hay huesos rotos, ni corre sangre, ni se oyen los gritos de las víctimas? ¿El público...? ¿Qué sabe el público de estas cosas? ¡Con decirle en los informes y memorias oficiales que todo anda bien, que vivimos como en el mejor de los mundos...! ¡Oh, el buen público! ¡Qué paciencia tiene! Acaso la tiene por lo mismo, porque la escuela lo educa así. A veces, en momentos de duda, se me ocurre que se quiere que la escuela lo haga así, porque si lo educase de otro modo, si preparase al ciudadano completo y consciente, con los ojos abiertos, vería...

»Elija Ud. pues con honradez al buen *chauffeur* de la enseñanza, vale decir, al encargado de su gobierno superior, déjelo hacer y no tenga miedo: lo demás vendrá de por sí; los buenos edificios, el material de enseñanza, el maestro apto y estimulado a perfeccionarse incesantemente, los programas racionales, los fondos suficientes porque serán bien administrados, etcétera.

»...Pero oiga, señor repórter: dije a Ud. que no quería prestarme a su reportaje y me ha tirado Ud. de la lengua así, por sorpresa, haciéndome decir vulgaridades desagradables e inútilmente...

»¿Quiere Ud. que hablemos de otra cosa?

»Estoy escribiendo cuentos para niños. Es tiempo menos perdido. ¿Quiere que le lea uno y lo publica Ud. en vez del reportaje?»

# La inspección técnica y el progreso educacional

Nota publicada en *La Gaceta Estudiantil*

21 de septiembre de 1923

## TEMARIO

¿Cuál es el medio más eficaz y de más fácil e inmediata aplicación para mejorar el estado de nuestra enseñanza? - ¿Es menester cambiar programas, reglamentos, horarios? - ¿Qué opina Ud. sobre el asunto textos de lectura?

SOBRE ESTOS PUNTOS ME PIDE EL SEÑOR DIRECTOR un artículo especial para el número extraordinario de *La Gaceta Estudiantil*.

No me es posible complacerlo ahora como querría. Permítame entonces que me limite a reproducir, a la ligera, lo que tantas veces otros y yo mismo hemos dicho en todos los tonos.

Leyes, programas y reglamentos, por importantes factores que sean, pasan a segundo término. Lo urgente y práctico es colocar a los millares y millares de maestros en ejercicio en las escuelas, de las que son ellos el alma, en situación de que todos, y no solo los más aptos y empeñosos, hagan las cosas de la mejor manera posible.

Y para ello, ¿quién no lo sabe?, son indispensables las conferencias, lecciones modelos, envíos de publicaciones, organización de cursos especiales, temporarios o permanentes, etc.; pero sin omitir jamás las visitas frecuentes de las clases, hechas por los inspectores técnicos con propósitos claros, definidos, con el espíritu tolerante, bien inspirado, progresista, de quien va sabiendo que hallará errores inevitables, pero sin ver en ello una culpa, sino deficiencias en las cuales se incurrir de buena fe; y descuidos hijos del desaliento, provocados, quizá, por quienes debieran estimular una mayor actividad. En consecuencia, con altura de miras, sin acrimonias, ni desplantes autoritarios, como maestros de maestros, dignamente, sencillamente, hasta efectivamente, los inspectores, con tino, poco a poco y todos los días, sin herir, corrigen los defectos, indican las mejoras, estimulan a los dé-

biles, aplauden a los animosos, tienen la palabra oportuna para unos y otros. Y perseveran, dando el ejemplo, sin impacientarse, sabiendo de antemano que la tarea es ardua y demanda tiempo a veces, pero que el éxito es seguro y la satisfacción que se experimentará grande.

Los inspectores mismos deben reunirse con sus jefes, a cada rato, cambiar opiniones, acordar procedimientos uniformes en aquello en que la uniformidad es ventajosa, estudiar con atención no solo lo que constituye el ideal que se debe perseguir, sino lo que sea prácticamente realizable dentro de los medios de que se dispone en todas las escuelas y localidades o en cada una de ellas, para no exigir demasiado, ni conformarse con demasiado poco; y procurar cada día una mejora en cuanto sea posible, no desatendiendo lo esencial practicable por lo accesorio o menos importante. Y no olvidar un momento que el maestro ha de trabajar a gusto, con alegría, para ser empeñoso y eficaz, más que por el temor de ser sorprendido en falta, por la satisfacción propia y la de secundar a sus superiores que les dan el buen ejemplo.

La inspección es, así, el resorte principal del gobierno técnico escolar y, por lo tanto, no caben legítimamente en ella quienes no reúnan a la preparación especial y la experiencia suficiente, las cualidades morales, el sentimiento de su responsabilidad, las condiciones de mando, la serenidad y ecuanimidad de espíritu, la dignidad inalterable, el tacto, el poder de sugestión, que conquistan atrayendo el respeto y la confianza, con lo cual se asegura la eficacia de su intervención en las escuelas.

Es indispensable que el gobierno superior se ciña a ese criterio al elegir los inspectores técnicos tanto en la enseñanza primaria como en la secundaria y normal. Ello es bien sabido; pero ¿es igualmente bien cumplido?

Y aun en la hipótesis, no siempre realizada, de que se designe a los mejores, menester es que los elegidos no vayan a ocupar los cargos técnicos superiores como quien ocupa una canonjía o un puesto de «descanso» donde poder esperar tranquilo la jubilación. Van a ser maestros de maestros. Deben estudiar siempre y mantenerse al día para que no ocurra lo que es frecuente observar: que el inspector no se atreve a abrir juicio sobre puntos que debiera dominar y rehúye fundar o discutir las disposiciones que adopta o comunica, o asume actitudes solemnes, de esfinge, para cortar la pregunta en los labios de sus inferiores jerárquicos, directores y simples maestros de grado, que tienen mejor preparación y podrían demostrar la improcedencia de la medida o de la instrucción didáctica transmitida por el grave y «prudente» inspector.

Si el jefe de todos, por razones análogas, es quien no los dirige, ni alienta, ellos, los inspectores seccionales, deben hallar en el propio sentimiento de su responsabilidad los estímulos necesarios para mejorar e intensificar su acción, nunca tanto como hoy necesaria para detener el doloroso retroceso del que no son los maestros los culpables.

Y si así no lo hicieren es el caso de repetir: Dios y la Patria se los demande, ya que no lo exigen quienes, desde el gobierno superior, tienen la obligación legal y moral de hacerlo.

Si fallan pues, ¡y de qué manera!, las autoridades superiores de la instrucción primaria y los inspectores a quienes incumbe vigilar y dirigir la preparación de los maestros en las escuelas normales o la actuación, en las primarias, de los ya

graduados, ¿cómo extrañar que los educadores jóvenes e inexpertos, los maduros ya cansados, incurran en errores o descuidos perjudiciales a la enseñanza?

Ya ve, pues, señor director, que no he dicho nada nuevo. Y habrá que seguir repitiéndolo. ¿Hasta cuando?

Respecto de los textos de lectura, ello es asunto grave que merece capítulo aparte. Ya lo escribiremos en otra oportunidad. Nunca será tarde para hacer justicia distributiva. Ha de verse claro, hasta por los ciegos, el daño inconcebible que a la educación se está haciendo, y a sabiendas, con una desenvoltura rayana en algo que tiene otro nombre.

¡Oh, si resucitara Sarmiento, cómo resonaría su santo látigo hasta sobre los mismos que, invocando su memoria, hacen todo lo contrario de lo que él predicara!

# ¿La antigüedad o la competencia?

Nota enviada al diario *La Nación*

30 de mayo de 1926

## TEMARIO

Criterio con que deben formularse las ternas para los nombramientos. - Los «conceptos» de la inspección técnica

SEÑOR DIRECTOR DE *LA NACIÓN*:

Con motivo del entredicho suscitado entre el Consejo Nacional de Educación y un Consejo Escolar de distrito (el VIII), *La Nación* de hoy formula una serie de consideraciones, por cierto fundamentales y muy acertadas, con referencia a varios aspectos del asunto en tela de juicio, e incita a tratarlo de otro punto de vista, que enuncia así: «¿Debe primar la competencia o la antigüedad?».

No solo por ser yo también consejero escolar, sino porque a todos debe preocuparnos la mejor solución de un asunto que afecta a intereses sociales, deseo agregar algunas reflexiones en el sentido arriba indicado.

Considero innecesario referirme al derecho que asiste a los consejos escolares para formular las ternas como mejor les parezca dentro de los términos de la ley y de las disposiciones posteriores que la reglamenten, siempre que esta reglamentación no contraríe el espíritu, esto es «el principio generador, tendencia, carácter íntimo, sentido o substancia» de aquella, vale decir, siempre que no atente contra los propósitos en último término perseguidos.

Esos propósitos no pueden ser otros, en el caso de que se trata, que el mayor bien de la enseñanza, la mejor educación de cada niño y de todos los niños confiados a un director de escuela o a un maestro de grado. Las disposiciones destinadas a reproducir la tranquilidad y el estímulo en el personal docente por la justicia en las designaciones y los ascensos son, por razones obvias, un medio concurrente principal para asegurar la realización de aquellos propósitos superiores, más que para beneficiar al maestro, instrumento noble, muy noble sí, pero instrumento, de una función determinada que debe primar por sobre el beneficio

inmediato de la persona que la desempeña. Por fortuna, y como regla, ambas cosas son no solo compatibles, sino complementarias.

Un vicedirector que, en nuestras escuelas, es de hecho el director de un turno escolar, ha de poseer, ¿quién no lo sabe?, tanto y más que el arte de enseñar a los niños, el de gobernar a los maestros, corregirlos, alentarlos; ha de darles invariablemente el buen ejemplo en todo sentido y en particular por la conciencia clara del deber y el hábito de cumplirlo; ha de ser modelo hasta por sus maneras, su don de gentes, su serenidad, su espíritu tolerante y amable, compatible con la firmeza para exigir a todos el cumplimiento de sus obligaciones, inclusive a los padres de los alumnos, cuyo concurso no suele aprovecharse; y hasta para asegurarse mejor el apoyo de las autoridades del que se privan, o solo a medias obtienen, como consecuencia de sus cualidades negativas en tal sentido.

Por lo tanto, un candidato con quince años de antigüedad, por ejemplo, y con menos también, puede y debe ser preferido al que tenga veinte, si ha revelado condiciones superiores comparado con el más antiguo, y con mayor razón si este ha demostrado carecer de algunas esenciales que no son producto de los años de servicios, sino en parte o raras veces, y que también suelen perderse a consecuencia, precisamente, de la prolongada labor efectuada en determinadas y no alentadoras condiciones como son las comunes entre nosotros.

Aumentar la retribución a medida que aumentan los años de servicios es necesario y justo; pero designar para nuevas y superiores funciones a quien no esté habilitado para ejercerlas debidamente sin perjuicio de terceros, sería violar la ley, conspirar contra su letra y su espíritu, dañar al país. Y eso no es lícito.

Que en igualdad de condiciones se prefiera al más antiguo, también parece razonable y de justicia; pero solo en igualdad de condiciones, por lo menos de las que son fundamentales para el desempeño de la función. Y todavía me atrevo a agregar que si ha de consultarse el mayor bien colectivo, la tendencia debiera ser la de preferir para los cargos superiores no a los que van declinando, sino a los sobresalientes en plena ascenso, vigorosos, optimistas, con ideales y a la vez con el reposo suficiente, virtudes que constituyen al conductor, guía, consejero, realmente eficaz, llámese director de escuela o inspector técnico encargado de impulsar el progreso.

Escrito lo que precede, casi me arrepiento de haberlo hecho porque tan elementales consideraciones suenan a verdades de perogrullo. Y no obstante es lo que debe contestarse a la pregunta formulada si se da a la palabra competencia alguna de amplitud haciéndola comprender además del saber, la experiencia, la aptitud, otras cualidades que llamaremos de orden moral o social.

Es evidente, eso sí, que con harta frecuencia los consejeros escolares no estamos habilitados, por diversas razones, para conocer suficientemente las aptitudes y demás condiciones de los maestros de nuestra dependencia. Pero ¿lo están en mayor grado los miembros del Consejo Nacional...? Pueden estarlo si en el Consejo Escolar respectivo interviene un inspector técnico digno en todo sentido del cargo tan delicado que ocupa, por su saber general y profesional, por su elevación moral, por la consagración plena al cumplimiento de sus deberes, por su entereza para decirle sin vacilar al superior toda la verdad, hasta cuando no se le pregunta, si su conciencia le afirma que debe decirlo. Pueden estarlo ellos y también los

miembros del Consejo Escolar si de los juicios fundados del inspector técnico respecto de cada maestro se ha dejado escrito algo más que la seca constancia, idéntica para todos como acontece ahora, de un concepto condensado en las únicas palabras *Bueno o Muy Bueno*, sin matices, sin nada que oriente respecto del valer y de las modalidades especiales del docente, y que permita la comparación y por lo tanto la elección acertada, consciente.

Hay, por suerte, y en buen número, inspectores que proceden o son capaces de proceder así. El día que lo sean todos, si el Consejo Superior los respeta y los escucha invariablemente y en primer término, otra cosa serán nuestras escuelas.

Pero no se trata de eso en este momento. Habría que organizar todo el gobierno escolar de otra manera y ese es asunto que no corresponde tratar aquí y que me llevaría demasiado lejos. Ya llegará la oportunidad.

Entretanto, la autonomía de los consejos escolares debe respetarse en lo que es legítima, porque así lo manda la ley y porque así conviene a los intereses impersonales de la educación, sobre todo si cumpliendo dicha ley se guían los consejeros con el criterio que la misma establece y prescindiendo de la funesta, anti-patriótica politiquería (la palabra está en el diccionario), que todo lo invade y todo lo corrompe cada día más.

## NOTA DE LA COMISIÓN

### Sobre diversos títulos y antecedentes a tenerse en cuenta en las ternas

El 6 de mayo de 1920 el señor Pizzurno, en su carácter de Presidente del Consejo Escolar XIV, dirigió al Consejo Nacional de Educación una nota sobre el mismo asunto a que se refiere el artículo precedente. En ella proponía un agregado importante a las disposiciones vigentes, restableciendo una práctica ventajosa y justiciera que ya veinte años antes en el Ministerio de Instrucción Pública y dieciséis años antes en el Consejo Nacional, había sido adoptada por iniciativa del mismo profesor Pizzurno cuando él era Inspector General de Enseñanza Secundaria y Normal (1901) e Inspector Técnico General de la Capital (1905).

Esa nota, en consonancia con la cual, algún tiempo después, completó el Consejo Nacional la reglamentación vigente sobre ternas, decía así:

SEÑOR PRESIDENTE DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN:

El Consejo Escolar de mi presidencia que ha comprobado en la práctica las ventajas que comporta sobre el régimen anterior la reglamentación vigente relativa a formación de ternas de maestros, ha resuelto en su última sesión, por unanimidad, someter a la consideración de ese Honorable Consejo un agregado a la misma que encuadra dentro de lo que con razón sostenía la Comisión de Hacienda y Asuntos Legales cuando al formular el primitivo proyecto, decía: «nuestra atribución de funcionarios creados por la ley para dirigir la instrucción primaria nacional no consiste en el derecho de nombrar a quien queramos, sino de nombrar a los mejores».

Aplicada la reglamentación de 2 de mayo de 1917, honrada e invariablemente con ese espíritu, las consecuencias tienen que ser benéficas, pudiendo ocurrir casos tan significativos como el de producirse muchas vacantes y al tratarse de formular las ternas respectivas no llegar ni a los miembros del Consejo Escolar ni al presidente una sola palabra de recomendación, ni presentarse un solo candidato a renovar el pedido que implícitamente importa la inscripción en el registro como acaba de ocurrir, y no por la primera vez en ese distrito y ocurrirá seguramente en otros.

Ahora bien: el Honorable Consejo ha fijado en trece y quince respectivamente, según se trate de maestros o profesores, el máximo de puntos computables y que registra la Oficina de Estadística; y cuando no se posea originariamente al salir de la escuela normal ese máximo, cabe alcanzarlo aumentando un punto por año de antigüedad o por suplencias de 90 días con muy buen concepto.

Siendo obligatorio proponer siempre en primer término a los candidatos con mayores puntos, la lucha de influencias extrañas al mérito se restringe a los que poseen el máximo. Pero en nuestro distrito, por ejemplo, son un centenar los que se hallan en esas condiciones y sin embargo tampoco se produce aquella lucha.

Ello es debido, creemos, a que este Consejo al clasificar las fichas en orden riguroso de puntos, no se detiene en los trece y quince puntos, sino que sigue computando para su propio gobierno, y lo ha hecho saber así a sus candidatos, los aumentos que correspondería con igual criterio, por mayor antigüedad, por servicios prestados y sobre todo por otros títulos profesionales o antecedentes que acrediten mayores méritos o aptitudes indiscutibles; y entonces, en igualdad de condiciones reglamentarias, hace primar siempre todo lo que indique una superioridad favorable al mejor servicio y dentro de la mayor justicia. Por eso ha fijado un permanente a la entrada del Consejo incitando a los solicitantes a que hagan constar cualquier circunstancia que pueda beneficiarles.

Entre estas ninguna menos discutible que la posesión de algún otro título que acredite mayores conocimientos y aptitudes profesionales, aplicables a la escuela primaria, bien entendido.

Así, por ejemplo, en igualdad de condiciones dentro de lo reglamentario, v.gr. entre dos candidatos de trece puntos, este Consejo *ha dado, sin vacilar, la preferencia al que era, además, profesor de Educación Física* con dos o tres años más de estudios todos relacionados con el niño y con un capítulo tan fundamental de su educación sobre el cual reposa no solo la salud, el vigor y las aptitudes y hábitos físicos, sino los intelectuales y morales también, y es sabido que esos estudios van acompañados de práctica y crítica pedagógica y se hacen en nuestro Instituto Nacional Superior de Educación Física, que es un modelo en su género y que educa a los maestros en un ambiente ejemplar de disciplina pedagógica racional.

En realidad todos los maestros debieran poseer esa preparación considerada especial indebidamente y que es de sentir sea todavía tan insuficientemente impartida en las escuelas normales.

*Consideraciones análogas podríamos hacer con referencia a los maestros normales que lo fueran, también, de sordomudos*, lo cual representa dos años más de estudios estrechamente vinculados con la educación primera del niño. Ese maestro aprende a conocerlo a fondo en cuanto se relaciona con los órganos vocales, la emisión de la voz, los vicios de pronunciación, aumentando entre otras

aptitudes, las correspondientes a una faz tan importante de la enseñanza como es el lenguaje y la lectura, aparte, otra vez, del mayor conocimiento general y especial que del niño adquiera.

Huelga insistir sobre el punto.

El Honorable Consejo Nacional, anticipándose, en principio, a esta práctica implantada por el Consejo XIV, por razones elementales de buen sentido, ha establecido expresamente en el artículo 3º de la resolución en vigor del 2 de mayo de 1917 que «las ternas que eleven los consejos escolares se formarán colocando en primer término los candidatos que reúnan el mayor número de puntos y que *tengan mejores antecedentes* a juicio de dichos consejos, en cuyo caso indicarán cuáles son esos antecedentes».

Y ¿qué mejores antecedentes que un segundo título profesional que no solo revela mayor preparación, sino un espíritu de perfeccionamiento tanto más digno de estímulo cuanto que hasta hoy aquel título, el de profesoras de Educación Física, que ya poseen centenares de maestras, no les ha valido ninguna ventaja material, ni la menor preferencia, salvo contadísimas excepciones?

Otros antecedentes podríamos citar, aun cuando no sean necesarios. Así, por ejemplo, instituidos por decretos del Ministerio de Instrucción Pública del 8 de octubre y del 30 de noviembre de 1901<sup>4</sup> los cursos temporarios de ejercicios físicos y de trabajo manual, se estableció que los maestros asistentes y aprobados serían preferidos en los nombramientos para maestros de grado.

Y el propio Consejo Nacional resolvió el 27 de junio de 1905<sup>5</sup> dar preferencia en los ascensos a los maestros que hubieran obtenido certificado de aptitud en los cursos de dibujo, no estableciéndose lo mismo para los de ejercicios físicos, porque con estos se fue más lejos: se hizo obligatoria la asistencia, tanta fue la importancia que se les dio, como intenta dársela ahora mismo el Honorable Consejo con la resolución del 31 de diciembre adoptada a propuesta del señor Presidente con propósitos a cuya mejor realización contribuiría la preferencia que solicitamos que se establezca como regla.

El agregado que nos permitimos proponer ampliaría el art. 3º aludido de la resolución del 2 de mayo de 1917. Diría de una manera expresa que los candidatos poseedores del diploma de profesores de Educación Física o de maestros de sordomundos deberán tener la preferencia, en igualdad de condiciones generales, sobre los que solo son maestros normales.<sup>6</sup>

Repito al terminar que este Consejo Escolar solo desea al someter al Honorable Consejo esa sencilla medida complementaria [para] acentuar los indiscutibles beneficios resultantes de aplicar correctamente, en su letra y en su espíritu, el reglamento vigente para la formación de ternas.

Saludo al señor Presidente respetuosamente

PABLO A. PIZZURNO

4. [N. de la C.] Por iniciativa del señor Pizzurmo.

5. [N. de la C.] Por iniciativa del señor Pizzurmo.

6. Igual preferencia debe darse, en igualdad de condiciones generales, a los que asistan regularmente a otros cursos análogos, v.gr. dibujo, música, arte de leer, etc., y todo lo que implique un perfeccionamiento espiritual o la adquisición de una nueva aptitud práctica aplicable a la enseñanza.

# El Instituto Bernasconi y el progreso educacional

Artículo publicado en el diario *La Nación* comentando un proyecto del vocal del Consejo Nacional de Educación doctor Guillermo Correa

2 de julio de 1931

## TEMARIO

El Instituto Bernasconi debe ser escuela modelo, fuente de inspiraciones y ejemplos que imitar para todos los educadores y lugar de experimentaciones juiciosas. - Instituciones y anexos complementarios que pueden funcionar en su recinto. - El Instituto debe depender directamente del Consejo Nacional de Educación.

SI EL PROPÓSITO SE LLEVA A LA PRÁCTICA con la amplitud y el acierto que deben esperarse del espíritu superior y la rectitud de proceder de que están animados el presidente<sup>7</sup> y los miembros del Consejo Nacional de Educación, no tardaremos en felicitarnos por la feliz iniciativa, cuya trascendencia será mucho mayor de lo que a primera vista pudiera parecer. Por eso pensamos que no se debe vacilar.

Ceder ese local, ese grandioso palacio escolar, único en la América del Sur,<sup>8</sup> a un consejo escolar de distrito para que en él funcione una escuela más, solo diferente de las otras por el número de alumnos y la magnificencia del edificio, sería un grave error, más que un error casi una culpa moralmente censurable. En casos como este, dejar de hacer un bien a nuestro alcance importa hacer un mal.

7. El doctor Juan B. Terán.

8. Grandioso y único por su magnitud y por su costo; pero muy deficiente de no pocos puntos de vista. Debió ser planeado y construido de muy distinta manera y sobre una extensión mayor de terreno y no en ese lugar en que se halla. Todo ello fue oportuna, pero ineficazmente observado, a quienes intervinieron en la elección del terreno y en la confección de los planos.

Se malogró así la oportunidad para tener una institución verdaderamente modelo en todo sentido, con lo que, además, se hubieran realizado plenamente los nobles propósitos del generoso donante.

La cesión implicaría, de parte del Consejo Nacional, desprenderse, sin razón alguna justificada, de un instrumento eficacísimo para cumplir un importante deber, un deber esencial que hoy más que nunca es indispensable cumplir por lo mismo que tan descuidado viene siendo desde hace ya no menos de veinte años. Nos referimos a la necesidad de dirigir, mejorar, estimular la acción de los maestros. Por grande que sean su preparación especial y su consagración al trabajo, han menester siempre no solo de la palabra alentadora, sino del ejemplo vivo, bien visible y constante de lo que deben hacer y de cómo es necesario proceder para realizar, con el máximo posible de eficacia, su tarea educadora, en vez de conformarse con el poco o menos exigido por la letra de programas y reglamentos. ¿Quién no sabe esto?

Y en tal sentido ¡cuánto hemos retrocedido pese a las afirmaciones en contrario de los interesados en ocultar la verdad o de los que aplauden sinceramente, porque, carentes de términos de comparación, ignoran hasta dónde puede y debe llegarse cuando el maestro tiene plena conciencia de su responsabilidad, claro concepto de lo que cabe exigir a la escuela, seguro dominio de métodos y procedimientos y firme resolución de trabajar con perseverancia y hasta con amor, hallando el premio dentro de sí mismo y sonriendo ante los motivos de abandono que con frecuencia lo rodean!

Ya sabemos que no es poco pedir, pero solo a ese precio se tiene el derecho de hablar de «apostolado» y de «noble misión». Si no es eso, será una profesión, como otra cualquiera, para «ganarse la vida».

Por fortuna son muchos, muchos todavía, los educadores argentinos que en las grandes ciudades o perdidos en la pampa y entre los cerros andinos continúan ofreciendo el bello ejemplo; pero son muchísimos, también, los que se desenvuelven de otra manera, malogrando los efectos de la educación escolar.

De ello tienen la culpa, casi siempre, las autoridades superiores, sobre todo las que han gobernado los almácigos de maestros. Las escuelas normales, que son la base, están huérfanas desde hace ya alrededor de un cuarto siglo de un gobierno técnico superior capacitado y empeñoso. No reciben la ayuda, la orientación, la vigilancia que requieren. La organización de sus estudios acaso no tenga equivalente, por sus deficiencias, comparada con la de los demás países adelantados. Por todo ello no son ya ni sombra de lo que fueron en sus primeras épocas, a pesar de los excelentes directores que se hallan al frente de algunas de ellas y de las buenas intenciones de uno que otro ministro bien inspirado, pero cuyo paso, demasiado fugaz, por el comando, no permitió contrarrestar la influencia perniciosa de los políticos no competentes y mal asesorados o de los politiqueros sin conciencia ni asomos de patriotismo sincero.

¿Qué tiene que ver todo esto con el Instituto Bernasconi?

Mucho, aun cuando parezca haber corrido la pluma indignada ante el recuerdo de tanta cosa buena que se destruyó, de tanto bien que dejó de hacerse y de tanto mal en el que se ha perseverado.

¡Sarmiento, Sarmiento, si resucitases!

El Instituto Bernasconi debe ser, como lo quiere el doctor Correa y como lo expuso el día de la inauguración su director, señor Lartigue, un centro o foco de irradiación general, en el que se reúnan, alrededor de las escuelas primarias que en él funcionan, de niños y de adultos, todos los anexos complementarios. Así la bi-

biblioteca infantil y popular, las salas de proyecciones y cinematógrafo, de conferencias, narraciones, lecturas, audiciones musicales; el museo escolar, talleres de trabajo manual, instalaciones para economía doméstica práctica, cocina, puericultura, baños, etcétera. Se completaría adquiriendo, con parte de los sobrantes del legado, una hectárea de terreno inmediato destinada a plaza de juegos y otros complementos útiles. Todo, desde las clases generales y a partir del jardín de infantes, debe organizarse como modelos, a cuyo efecto los maestros sobresalientes, ya probados en las escuelas, pasarán al Instituto por selección y como premio a sus aptitudes y méritos especiales. Podrían ser nombrados a propuestas del director y los inspectores técnicos generales.

El Instituto servirá de exhibición y demostración permanentes de las mejores doctrinas pedagógicas aplicadas, sin perjuicio de ser también, simultáneamente, escuela de experimentación *en forma que ofrezca garantías de seriedad*.

Los maestros de todas partes irán a él, con frecuencia, incitados por las autoridades o motu proprio, a recibir inspiraciones y ejemplos que imitar. Y a llevar, también, las propias ideas y experiencias, porque aquello será tribuna constantemente abierta para cualquier propaganda benéfica. Las conferencias y los cursos temporarios y permanentes de perfeccionamiento para los maestros en ejercicio serán un factor eficacísimo de progreso y del cual no puede, hoy menos que nunca, prescindirse. Así se efectuaron, entre 1904 y 1908, para la música, el dibujo, los ejercicios físicos, la decoración escolar, la lectura, la educación moral y estética, etc., con excelente resultado. Empezó la decadencia cuando eso fue suprimido con el cambio de gobierno escolar superior y el advenimiento de un malentendido nacionalismo que exteriorizó con exceso contraproducente el culto de los símbolos: la bandera, el escudo, el himno nacional. Entretanto, se dañaba a la cosa grande simbolizada, la patria misma, al descuidar y menospreciar las disciplinas que contribuyen a formar el buen ciudadano con sincero patriotismo; el que honra y beneficia a la patria, amando el trabajo, rindiendo culto a la verdad, al bien y a la belleza con la conducta digna, todos los días, todo el año, sin ostentaciones exageradas y no «de los labios hacia afuera» a fecha fija, en mayo y en julio.

Toda esa tarea destinada a estimular la acción de los maestros y a completar sus deficientes aptitudes debe recomenzarse sin pérdida de tiempo y continuarse con tesón incansable. Y el Ministerio de Instrucción Pública deberá cooperar encarando seriamente el grave problema de las escuelas normales y resolviéndolo alguna vez.

No puede pretenderse, por cierto, que con el Instituto Bernasconi vaya a obtenerse de inmediato la reforma escolar que anhelamos; pero esa escuela modelo, puesta al alcance de todos, y los agregados que enunciamos, constituirán un punto de partida de gran influencia. Gracias a su ejemplo nuevos focos se encenderán, acá y acullá, utilizando los preciosos elementos que pueden hallarse en nuestras escuelas. Esos maestros ejemplares trabajan modesta y silenciosamente sin que su ejemplo trascienda. Falta casi siempre quien persiga todo lo mejor para propagarlo con entusiasmo. Falta el superior iluminado que sienta en el alma lo que puede hacerse de la escuela cuando se es maestro de corazón y no una inteligencia sin vuelo y un alma seca esclava de la letra de los reglamentos y de absurdos trámites oficinescos, que concluyen por agotar la paciencia del más santo, esterilizando los más nobles propósitos e iniciativas.

El insigne educador que preside el Consejo Nacional, tan dignamente integrado, ha dirigido ya varias veces acertadas palabras de orientación y estímulo a los maestros del país. Ha insistido en que la gran lección es la del ejemplo. Ahí tiene el doctor Terán, en el Instituto Bernasconi, una gran oportunidad para hacer prácticas sus nobles inspiraciones.

## Escuelas de adultos

Extracto de la monografía escrita por el señor Pizzurno para el Censo General de Educación. Fue publicada como un volumen aparte de 150 páginas, bajo el título *La educación común en Buenos Aires*

1910

### TEMARIO

Sus deficiencias. - Causas. - Remedios.

EN EL CONCEPTO DE LA LEY, ESTAS ESCUELAS se destinan a los mayores de catorce años que no recibieron antes el mínimo de instrucción obligatoria.

La mayor parte son *nocturnas*, funcionan en los locales de las diurnas, atendidas generalmente por directores y maestras de estas últimas.

Las de varones han llevado una vida llena de alternativas, muy concurridas a veces, raquíticas otras, respondiendo esto último a diversas y complejas causas relacionadas, ya con el programa de estudios, que no siempre logra interesar al mayor número, ya con el maestro que no sabe sacar provecho del programa o que cansado él mismo por la tarea diurna atiende mal a jóvenes y hombres hechos que, por lo mismo, no quieren malgastar de noche las horas robadas al recreo o al descanso.

El programa corresponde al mínimo fijado por la ley: «Lectura, escritura, aritmética (las cuatro primeras reglas y el sistema métrico decimal), moral y urbanidad, nociones de idioma, geografía e historia nacionales, explicación de la Constitución Nacional y enseñanza de los objetos más comunes que se relacionen con la industria habitual de los alumnos». Estas escuelas se dividen en tres secciones que pueden representar tres años de estudios para el que ingrese analfabeto.

Si se considera que, por la edad y distinto origen de los alumnos, es muy heterogénea su preparación al ingresar, se comprenderá que sea tanto más difícil para el maestro satisfacer a todos, cuanto mayor sea el número de alumnos por clase. Un reglamento dictado el 14 de febrero de 1901 fijaba en quince el mínimo para constituir una división con un maestro y 50 el máximo. Pero ese mínimo fue elevado a 35 por resolución del 13 de julio de 1907 importando esta medida un error y una incon-

gruencia inexplicables. Error, por lo dicho arriba, y más saltante, si se tiene en cuenta que el maestro debe enseñar «los objetos más comunes que se relacionan con la industria habitual de los alumnos», y estos objetos se multiplicarán con los alumnos, sin que ni el maestro ni el tiempo disponible se multipliquen a la par; incongruencia, pues el reglamento para los niños de la escuela primaria, de instrucción y aptitudes mucho más homogéneas y sin carrera o profesión elegidos aún, solo exige 15 alumnos en los grados superiores, 20 en los elementales y 25 en los infantiles.

El Consejo Nacional quiso, con razón, cortar abusos que se traducían en un relativo exceso de personal y un gasto sin compensación; pero acaso equivocó en aquella parte el medio elegido.

El inspector general (Pizzurno), de acuerdo con el inspector especial doctor Esteban Lamadrid, proponía al Consejo, en su informe de 1906, la disminución del número de escuelas nocturnas, creando núcleos mayores mediante la refundición de los pequeños actuales. «Esto permitiría –decía– tener escuelas mejor organizadas, por lo mismo que los directores, descargados de la obligación de atender una clase determinada, vigilarían la marcha general y podrían desempeñar todas las funciones anexas a la dirección en forma más eficaz.

»Desaparecerían las divisiones a menudo raquíticas que hoy funcionan; sería posible una clasificación de alumnos en grupos más homogéneos por su preparación con todas las ventajas que esto trae consigo. Resultaría, además, el sostenimiento de las escuelas nocturnas mucho más económico y, sin embargo, serían dotadas de mejores elementos materiales de enseñanza.

Con la mitad, y menos aun, de las escuelas actuales, sobraría, siempre que se las ubicara estratégicamente.»

Tanto o más que el niño, el adulto ignorante debe ser conquistado por medio de una enseñanza de cuya utilidad se penetre, y habrá que hacerla agradable por todos los medios, compensándole así la escuela las privaciones que se impone al concurrir a ella.

El programa no debe ser uniforme y acaso quepa, fuera de las ramas comunes indispensables, establecer diferencias marcadas entre una escuela y otra, en ciertas enseñanzas prácticas que se relacionen directamente con las ocupaciones con más generalidad representadas por los alumnos. Esto es principal. Y, por otra parte, es decisivo también que los directores y maestros se elijan entre los que sean capaces de aceptar la tarea, más como una misión de bien público que como medio de ganarse un sobresueldo sin fatiga.

## NOTA DE LA COMISIÓN

A raíz de las indicaciones hechas por el inspector general Pizzurno fueron agregados cursos *facultativos* de dibujo industrial, dactilografía, telegrafía, contabilidad y teneduría de libros; corte, confección y cocina. Sugirió igualmente el inspector la conveniencia de organizar cursos temporarios de primeros auxilios y de puericultura, clases dominicales de instrucción cívica, higiene y otros conocimientos útiles, así como la celebración, los días sábados, de conferencias con proyecciones luminosas, lecturas amenas, pequeñas veladas musicales, etc., cuya utilidad del punto de vista de la instrucción y de la educación cívica, moral y estética huelga encarecer.

# Edificios escolares

Discurso pronunciado en Córdoba al colocarse la piedra fundamental de un nuevo edificio, publicado en *La Voz del Interior* de la provincia de Córdoba

5 de diciembre de 1915

## TEMARIO

Sus deficiencias. - ¿Cómo debe planearse su construcción? - Un poco de historia.

SEÑOR MINISTRO, SEÑORES:

Requerido ayer por S.E. el gobernador de la provincia para que dijera algunas palabras en este acto, no debía sustraerme a tal honor. Urgido por la falta de tiempo he apuntado al correr de la pluma, sin volver atrás para ordenar ni pulir su expresión, algunas ideas, las primeras que se me han ocurrido bajo la sugestión de estas dos palabras: edificio escolar.

Sería repetir lugares comunes expresar lo que importa del punto de vista higiénico, pedagógico y económico, el reemplazar la casa alquilada por el local propio. Pero aun cuando tampoco signifique una novedad, acaso resulte útil señalar un hecho que formularé en forma interrogativa, para que contesten, en conciencia, quienes se hallen habilitados para hacerlo.

¿Quedaron resueltos, en realidad, con el edificio escolar propio, los problemas distintos que este involucra? O de otra manera: ¿satisfacen, en general, las casa construidas oficial y expresamente a las necesidades a que debe subordinarse su construcción?

Ojalá pudiera contestarse que sí.

La capital de la República tiene poco más de cien edificios ad hoc. Los 40 primeros fueron construidos antes de 1890. Los fotografías de muchos exhibidas en Europa y principalmente en la Exposición Internacional de París, en 1889, provocaron el aplauso de los más grandes educadores.<sup>9</sup> Dos de ellos,

9. [N. de la C.] El señor Pizzurno fue el organizador, en París, de nuestra exposición escolar y por encargo del Consejo Nacional de Educación, cuya representación oficial llevaba, había hecho entrega al presidente

Gréard y Buisson, me expresaron su asombro y el segundo hasta esbozó una sonrisa de duda cuando le dije que teníamos ya 40, y otros en construcción en la ciudad de Buenos Aires. Las fotografías eran en su mayor parte de fachadas y los planos no figuraban en el álbum. Y confieso que sentí subírseme los colores al rostro al pensar que pudiera ocurrírseles pedirme detalle del interior de las casas, que tanta admiración provocaban. ¿Hubiera sido patriótico contar la verdad? ¿Era lícito mentir? No hubiera mentido y de ahí mi sonrojo anticipado. Por fortuna no me preguntaron eso y yo llevé la conversación hacia otros temas en los que mi patriotismo pudiera quedar satisfecho. Les hablé de la hermosa agitación que desde el '85 o el '86 se había producido en los métodos y procedimientos de enseñanza comparables y hasta superiores, en determinadas disciplinas, a los que había visto aplicar en los países más adelantados, sin excluir a Suiza ni Alemania.

Cuando volví a Buenos Aires recibí el abrazo sincero del presidente del Consejo de Educación, doctor Benjamín Zorrilla, contento por haber obtenido por sus escuelas el gran premio de honor.

No cabía negar grandes progresos realizados durante su administración, ni desconocer el noble propósito que perseguía con la edificación escolar, su primera preocupación y lo que más le enorgullecía. Lo llenaba de gusto oír la referencia de los comentarios que nuestra exposición pedagógica en París provocara. Pero yo no había olvidado aquel momento de angustia. Le referí el episodio y con toda ingenuidad y sin poder contenerme, creyendo que el merecido aplauso o *lo que valía más, el espíritu de la enseñanza mejorado por la dignificación del docente*, le haría tolerar la justa y bien intencionada crítica, me atreví a esbozar un juicio implícito y una indicación expresa:

—Señor: Ud. confía exclusivamente a los ingenieros y empresarios el trazado de los planos y la construcción de las casas escolares. Creo que les ha supuesto Ud. el conocimiento exacto, completo, de todas las necesidades a que deben responder aquellas. Ello constituye una especialidad. ¿Existe entre nosotros ese especialista? ¿Por qué son, entonces, tan deficientes nuestros edificios? Y si no existe ¿por qué no hace Ud. que intervengan también, en la especificación de lo que el edificio debe contener y hasta en su distribución y sobre todo en los detalles de carácter pedagógico, algunos profesores bien elegidos, que pueden no entender de cálculos de resistencia de materiales, pero conocedores de las demás condiciones, entre ellas algunas importantes que escapan a los ingenieros?

Y puse varios ejemplos típicos. Permitidme recordar algunos, de oportunidad entonces y hoy todavía.

Estábamos los educadores en plena propaganda a favor de una educación física mejor atendida, de una gimnasia más racional que supone espacio, grandes patios, etc., y algunos de nosotros había sentido y expuesto las necesidades de dar cabida a la enseñanza manual en el programa de las escuelas.

Pero los arquitectos solo tenían conocimiento de la gimnasia que ellos hicieran cuando niños, los ejercicios sistemáticos a pie firme y con aparatos y en gim-

---

de la República (Mr. Carnot), al ministro de Instrucción Pública y a varias personalidades de la enseñanza, de hermosos álbumes conteniendo fotografías de nuestros edificios escolares.

nasio cerrado, es decir, en las condiciones opuestas a las requeridas por razones elementales de orden fisiológico e higiénico; y entonces no se les ocurría proyectar patios suficientes ni sugerir la necesidad de edificios en terrenos más amplios o de aprovechar mejor los pequeños en que se les obligaba a planear la escuela.<sup>10</sup>

Ellos habían aprendido a declinar, a definir y a enunciar reglas gramaticales, de memoria, a usar de las facultades de la expresión verbal; y como fuera de los educadores especialistas nadie se ocupaba seriamente de las exigencias de la enseñanza relacionadas con las de la vida real, no habían aprendido –ni por lo tanto se les podía ocurrir que debiera enseñarlo la escuela– a usar de las facultades de expresión que llamaré manual, a trabajar, a emplear sus sentidos, su inteligencia toda en producir algo concreto, con orden, con exactitud, con limpieza, ejercitando la paciencia, preparando al obrero, al industrial futuro, o simplemente al hombre de mano y sentidos educados, que ama y respeta el trabajo de cualquier género que sea y que ha recibido toda la sana influencia moral determinada por el mismo.

¿Cómo ocurrírseles, pues, que los patios amplios debieran completarse con los talleres y con la parcela de tierra cultivable?

Y de igual manera podría aludir a otros agregados, que se consideran lujos, v.gr., la instalación de baños; pero lujos que no son tales y mucho más útiles que las grandes escalinatas, las fachadas monumentales, las decoraciones excesivas, creadoras, por otra parte, de un ambiente de magnificencia que por contraste con el modesto hogar o el triste conventillo de donde proviene el niño, acaso hace germinar en su alma sentimientos extraños, inconvenientes, que no es el momento de analizar.

El doctor Zorrilla, si bien un poco herido en lo que más amara, se propuso atender la indicación. Pero él desapareció. Otros lo sucedieron. Los edificios escolares de Buenos Aires pasan hoy de un centenar.

¿Alcanzan a diez los que pueden llamarse buenos?

¿Hay uno solo que sea completo?

No señores, no hay uno solo, si bien algunos han costado cerca de un millón de pesos y ostentan columnas monolíticas con el valor de las cuales se habría podido construir un edificio sencillo, con capacidad suficiente para recibir tantos niños como recibe el palacio de la plaza Lavalle.

¿Cabría extender la crítica a los pocos edificios escolares de Córdoba?

Un distinguido ingeniero me decía no ha mucho, con espíritu de justicia honroso para él, lo mismo que yo expresara al doctor Zorrilla hace 25 años: no debe dejarse librado a la sola intervención del arquitecto no especialista la determinación de cómo ha de ser el edificio escolar. Y el señor Ministro de la rama, doctor

10. Podríamos referir varios casos en los que, incidentalmente, por la circunstancia casual de hallarnos presentes cuando el arquitecto escolar entregaba el plano al presidente del Consejo Nacional de Educación, pudimos intervenir evitando un absurdo: que se edificara casi sin patios algunos edificios importantes por el número de sus aulas, siendo factible, sin embargo, darles espacios libres dentro del mismo terreno, sin disminuir el número de aulas y, lo que es más extraordinario, mejorando la iluminación y la ventilación general. Pero el señor arquitecto, autor de los planos, se resistía a aumentar un piso para ganar superficies libres pues sostenía que los niños no debían subir escaleras... Naturalmente, protestamos y el Consejo nos dio la razón. Sugerimos entonces la conveniencia de que, en adelante, se escuchara también, sistemáticamente, la opinión de la Inspección Técnica General.

J. César, me expresaba recientemente, antes de conocer mi modesta opinión, la suya de que debían intervenir de derecho las autoridades educacionales, el Consejo de Educación en este caso, asesorado por sus técnicos, que llamaré pedagógicos y quienes completarían la obra del técnico arquitecto en la faz que este no se halla todavía obligado a conocer, según parece.

No he tenido el honor de cambiar ideas, al respecto, con el señor Ministro de Obras Públicas; pero no necesito hacerlo para tener la certeza de que opina de igual manera y ello es garantía de que han de evitarse en adelante, en Córdoba, las deficiencias conocidas.

El edificio que sobre este terreno va a erigirse señalará un progreso. El plausible empeño del gobierno satisfará con el nuevo templo de la cultura los legítimos anhelos de los vecinos del cuadrante noreste de la ciudad.

Y yo he querido aprovechar el compromiso en que me colocara el señor gobernador de la provincia, para decir, con la sinceridad a que estoy obligado, lo que habéis tenido la complacencia de escucharme, agregando así –ahora viene viene la frase consagrada– mi granito de arena junto a la piedra fundamental de una casa amplia y adecuada, con lujo de comodidad y sencillez, sin excluir, por cierto, las líneas bellas y armoniosas, y que será digno albergue de una institución en la cual se eduque racionalmente y se cultive, junto con el saber útil, los hábitos honestos y sencillos, la aptitud para el trabajo, la incapacidad para mentir.

Señores:

No pude preparar un discurso digno de vosotros y del acto que celebramos. He repetido apenas alguna cosa que puede ser útil recordar. Si pequé de impertinente, válgame el buen propósito.

He dicho.

# El sueldo de los maestros

Nota publicada en el diario *La Nación*

9 de junio de 1910

## TEMARIO

Los jefes y oficiales del ejército «escolar» y los jefes y oficiales del ejército «militar». - Comparaciones sugerentes.

EN UN ATINADO ARTÍCULO DE *LA NACIÓN* de ayer y a cada rato en diarios, revistas, discursos y programas de gobierno, se aboga por la mejora de la situación de los maestros, fundándose en incontestables razones que justifican plenamente esa propaganda, sin que por eso se obtengan más que promesas o pequeñas medidas que muy poco remedian. Es menester insistir sin descanso hasta obtener una solución radical. Y por mi parte escribo una vez más sobre este asunto para recordar, siquiera sea ligeramente, otra faz importante del mismo y hacer enseguida una comparación que faltaba.

Es opinión generalizada que la mayoría de los hombres y principalmente de los jóvenes de hoy, sobre todo de los que actúan en los empleos y en la vida pública, carecen de energía, de altivez, de perseverancia para el trabajo que demanda esfuerzo sostenido, y que existe, en cambio, una facilidad para pasar por todo con tal de «llegar» a determinada posición; facilidad o falta de hombría que nuestros viejos hubieran calificado duramente.

No se tiene conciencia de los deberes cívicos, ni de la necesidad de cumplirlos. Solo excitaciones extraordinarias, como ha ocurrido en estos días, son capaces de sacudir por un momento la apatía general lanzándose todo el mundo a la calle en simpáticas manifestaciones patrióticas, que recordáramos con orgullo mañana, si viéramos también a las masas concurrir espontáneamente y con igual entusiasmo a los comicios electorales. Ahora bien, ¿no cabe preguntar si uno de los factores a que debe atribuirse esas deficiencias en el carácter de las últimas generaciones, no se hallará en el hecho de que la educación de los varones está confiada hoy casi exclusivamente a la mujer, y no solo en los primeros grados de la escuela, donde es irremplazable, sino en los grados elementales y superiores, donde el buen maestro varón es necesario y también insustituible?

Y en ese caso, ¿no resulta urgente favorecer el cambio de la situación actual?

Hace veinte años, el 75% del personal docente de las escuelas de Buenos Aires era femenino; en 1900 la desproporción era mayor, correspondiendo el 79% a las maestras, y el año pasado, 1909, se elevó al 83% (2.872 maestras contra 566 varones).

La desproporción seguirá aumentando. Solo en la Capital, de las ocho escuelas normales, siete son femeninas, y cualquiera de ellas mucho más concurrida que la de varones. Y aun los pocos que a esta concurren se arreglan para seguir simultáneamente otros estudios que les permitan dejar lo más pronto posible una profesión en la cual, por el momento, no hallan estímulos, ni medios para llevar una vida todo lo modesta que se quiera, pero decorosa y sin sobresaltos.

¿Es o no, entonces, de importancia capital cambiar pronto la situación económica de los maestros?

En la actualidad los directores de escuelas superiores, elementales e infantiles perciben mensualmente 300, 250 y 230 pesos; los maestros de primera categoría 200, de segunda 180 y de tercera 160 pesos.

Considérese el número de años que transcurre para la mayor parte, antes de llegar a la primera categoría, y convéngase en que si es apenas tolerable para un maestro joven que empieza el sueldo de 160 pesos, resulta imposible, en un centro como Buenos Aires, que viva decorosamente y sostenga una familia el maestro que llega, a los ocho o diez años, a la primera categoría, con 200 pesos.

Forzosamente tiene que buscar compensación en otros trabajos o llevar una vida afligente, en todo caso siempre con perjuicio de la escuela, que ha menester de la consagración y, puede decirse, de la alegría, que es fuerza, del maestro.

He dicho en otra parte, y quiero repetirlo aquí, que no cabe argüir con el ejemplo de otros países, donde acaso ganen menos aun, pues esa comparación probaría, a lo sumo, el atraso mayor de tales países, pero nunca que nosotros hagamos al maestro la situación que merece, y no para su bien tan solo sino para bien del país.

No voy a entonar otra vez el eterno canto a la noble misión, al «apostolado» que ejerce el maestro, ni siquiera voy a recordar la frase lapidaria de Sarmiento al llamarlo «el último mono del presupuesto». Quiero tan solo preguntar:

¿Por qué no se hacen otras comparaciones, v.gr. la de los sueldos correspondientes a los jefes y oficiales del ejército y de la marina, con los sueldos de los que llamaremos los jefes y oficiales de la enseñanza?

Cierto es que aquellos están listos para defender mañana hasta con su vida la integridad del suelo y el honor nacional, lo que, por otra parte, harían también los demás ciudadanos, inclusive los maestros; cierto es que a veces son destacados a los confines del país, hasta los lugares desolados, velando por la seguridad, haciendo exploraciones, estudios diversos, etcétera, y bien merecen entonces la consideración pública y una retribución hasta generosa de sus servicios; pero me parece que solo seculares prejuicios a favor de la clase militar, y acaso en contra del «pobre pedagogo», pueden explicar que los maestros reciban una retribución muy inferior, como si ellos no estuviesen continuamente, no ya manteniendo listas y limpias sus armas en previsión de una guerra y de batallas que acaso nunca lleguen (y ojalá así sea) sino librando incesantemente la batalla de la civilización nacional, unos en grandes centros, con estímulos diversos, pero con necesidades

mayores, y otros perdidos también en las lejanías de la pampa, como guardias avanzados del progreso por la cultura; y como si no fuesen ellos precisamente los principales encargados de preparar en el niño al ciudadano y al soldado con amor a la patria, la conciencia de sus deberes y la capacidad mental y física para cumplirlos.

Y entonces, si los coroneles ganan alrededor de 1.000 pesos, entre sueldo y sobresueldos (a menudo aun más), ¿por qué percibe 450 pesos un inspector técnico?

Si gana no menos de 700 pesos un comandante y de 600 pesos un mayor, ¿por qué reciben solamente 300 y 250 el director de la escuela superior y el de la elemental?

Un capitán tiene más de 300 pesos y un maestro de grado 160, o, en el mejor de los casos, 200. ¿Por qué?

¿Acaso los cargos que ocupan y los ascensos que reciben no suponen en los educadores largos años de estudios y de servicios, tanto o más que en el ejército o la marina?

No es desatinado, me parece, pretender que se equipare, por ejemplo, al único inspector técnico general de la Capital, que dirige y vigila, puede decirse, la educación que dan a cien mil niños tres mil maestros, no diré a un general de división, sino a uno de brigada (hay diecisiete). Pues bien: este tiene entre sueldo y sobresueldos no menos de 1.300 pesos, y el inspector, apenas 700, poco más de la mitad.

¡Qué acto de justicia y de trascendencia para el país, qué hermoso número también para festejar el Centenario sería una ley del Congreso equiparando en los sueldos a los jefes y oficiales del ejército escolar con los jefes y oficiales del ejército y la armada!

¡Un diputado que haga la moción y ponga un poco de calor en su defensa!

Lo que sobra son argumentos justificativos, y a la Cámara ha de sobrarle también patriotismo para dar este ejemplo único al mundo entero!

¡Vamos!<sup>11</sup>

11. Téngase en cuenta que este artículo fue publicado hace casi un cuarto de siglo. Si se comparan los sueldos actuales, las diferencias van a resultar, acaso, más saltantes, por no decir irritantes.

# Dignifiquemos a los educadores, combatamos la intromisión de caudillos y politiqueros en la enseñanza

Reflexión a propósito de la comedia dramática *El señor maestro*  
del profesor José J. Berrutti

*Mayo de 1929*

En los pueblos fuertes y noblemente altivos, los caudillos no prosperan... Y eso es lo que hay que enseñar a los pueblos; a ser fuertes y noblemente altivos... Que sepan que ya pasaron los tiempos en que se gobernaba con el criterio de un capataz de estancia. Es una simple cuestión de principios.

Palabras de *Juan de Dios*, acto III

Las palabras del protagonista, Juan de Dios, reproducidas en la portada, reflejan el noble propósito perseguido por Berrutti en esta nueva obra, inspirada, como todas las suyas, en ideales elevados a cuya realización desea acercarnos.

Por eso, y ya que él me hace el honor de querer vincular mi nombre a su comedia encabezando la publicación con algunas palabras mías, he de complacerlo aunque sea limitándome a expresar mi aplauso cordial a la campaña que de tiempo atrás viene cumpliendo. Continúa así, en el teatro, lo que hizo toda su vida como maestro, profesor y funcionario escolar de elevada categoría.

¡Y vaya si es bello el ejemplo de este educador que en vez de entregarse al ocio después de jubilarse, experimenta placer en proseguir haciendo el bien!

Yo no tengo derecho de erigirme en juez para fallar respecto de si *El señor maestro* como obra teatral se sujeta o no a los cánones establecidos por los técnicos. Eso es asunto extraño a mi competencia. Supongo que sí y lo deseo si ello ha de contribuir a su mayor eficacia; y lo supongo dado el éxito de las anteriores obras de Berrutti. Está, en todos, fresco el recuerdo del obtenido con su última producción: *La hermana de María*.

Quien lea, ahora, *El señor maestro*, y, con mayor motivo, quien asista a su representación, ha de salir muy favorablemente impresionado y agradecido a este nuevo esfuerzo de Berrutti en pro de nuestra reforma moral.

Pone, hoy, en evidencia, una de las reformas de nuestra cultura; nos subleva contra ella, contribuyendo a preparar una época mejor: aquella en la cual la opinión pública ilustrada por obra de la escuela, de la prensa, de las conferencias, del teatro, de la propaganda continua, imponga a los gobernantes, de una manera ineludible, la obligación de cuidar de veras y no solo en discursos declamatorios, o en decretos que no se cumplen, la eficacia de la enseñanza. Es decir, respetando en todo momento al educador, estimulando su acción acertada, ayudándolo a realizarla en vez de estorbarla, dignificándolo por todos los medios, comenzando por darle el ejemplo de la sinceridad, de la contracción al deber, de la justicia inalterable, de la serenidad, del respeto y dominio de sí mismo, del amor al bien traducido en hechos y no en palabras altisonantes desmentidas por la lección contradictoria de la propia conducta plena de egoísmo y vacía de bondad.

¡Y ojalá fuese únicamente en las escuelas más o menos rurales donde los atropellos fotografiados por Berrutti se producen!

Tanto o más serios y de peores consecuencias, por su inmensa repercusión general o porque comprenden un radio de influencia mayor, suelen ser los agravios inferidos a menudo a la educación, en todos sus grados por las autoridades máximas, nacionales y provinciales, aun cuando quienes las encarnan no calcen botas con espuelas, pero vistan frac y corbata blanca en las ocasiones oportunas.

La obra no es de un día, pero no hay que desalentarse por eso.

Siga Berrutti escribiendo comedias edificantes que importan una reacción contra los excesos de los teatros y cines procaces y bataclánicos. Es más eficaz de cuanto suponen los pesimistas este arrojar de sanas semillas aun en las tierras que parecen infecundas...

Fustíguese sin piedad a los egoístas desalmados, a los hipócritas, a los políticos sin escrúpulos, a todos los dañinos. No hacerlo implica dejar que sufran los buenos y facilitar el triunfo de los malvados. ¿Es ello lícito?

Por fortuna, los luchadores del tipo de Juan de Dios, actúen en la enseñanza o en otra esfera, y los maestros de la dignidad y entereza de Delfina, se encuentran en todas partes. Menester es alentarlos para que perseveren y se multipliquen.

Dignifiquemos, pues, al maestro, para tener la escuela educadora que necesitamos. El bien público será la consecuencia.

Imiten los escritores el ejemplo, que da Berrutti en sus comedias, en oposición a los que, esclavos de estrecho sectarismo, parecen complacerse en deprimir a la maestra normal, cuando fuera precisamente su deber más imperioso contribuir a su elevación moral y por ende a su prestigio social.

Y lea todo el mundo *El señor maestro* y las «Canciones a la Maestrita», estas de un joven y noble poeta, Ismael Moya, que, como Berrutti, ha entendido mejor que muchos escritores de renombre cómo puede hacerse bien con recursos sencillos, cuando se deja hablar al corazón al servicio de ideales superiores.

No quiero decir más. ¿Para qué?

A lo sumo agregar que debe agradecerse el bien que se nos hace con estas publicaciones.

Yo lo reconozco y lo agradezco. Y pruebo ambas cosas al exponerme yo mismo a la crítica, escribiendo lo que precede sin suavizar la manera de expresar mis convicciones, ni amplificar con frases sonoras la sencillez de mis ideas, que son de sentido común.

# Bautizos de los institutos de educación. Injusticia en que se incurre

Carta publicada en *La Nación* y reproducida en *El Noticiero* de San Nicolás de los Arroyos

19 de agosto de 1928

SEÑOR DIRECTOR:

Un grupo numeroso de vecinos de San Nicolás de los Arroyos se ha dirigido al Ministerio de Instrucción Pública pidiéndole que la Escuela Normal de Maestras de dicha localidad sea bautizada con el nombre de su ex directora fundadora, Francisca Amstrong de Besler. La actual directora, en cambio, propone, si no estamos mal informados, que la denominen Sarmiento.

No sabemos lo que resolverá el señor presidente de la República, pero yo aprovecho la oportunidad para llamar la atención respecto de un error, injusticia, falta de consideración, o como quiera llamarse, en que con frecuencia se incurre al bautizar con nombres propios las escuelas normales y otros institutos de enseñanza.<sup>12</sup>

Puesto que la memoria de Sarmiento y la de casi todos los grandes (digo «casi», pensando, con pena, en Rivadavia<sup>13</sup> especialmente) se halla consagrada en el mármol o en el bronce y con su nombre dado a las avenidas, los parques, los pueblos y a toda clase de instituciones, sin excluir las escolares ¿no sería de justicia reservar el de las escuelas normales, colegios nacionales y otras casas de en-

12. Se incurre en injusticia no solo por omisión, es decir, porque se deja de consagrar los nombres de verdaderos servidores de la enseñanza; consideramos más grave todavía el hecho de que se glorifique a quienes nada hicieron por merecerlo o, lo que es peor, a quienes estorbaron el progreso educacional y hasta determinaron lamentables retrocesos. Obra generosa sería cubrir sus nombres con el velo del olvido y, en consecuencia, implica una irritante inmoralidad que se les premie bautizando con sus nombres las instituciones oficiales. Podríamos citar más de un ejemplo.

-¿Por qué se llama X nuestra escuela?

Cada vez que los alumnos formulen esa pregunta, ¿qué contestarán los maestros o el propio director? ¿Dirán siempre la verdad si la conocen? ¿Contestarán con evasivas? ¿Mentirán inventando méritos a quien nada especial hizo o dio mal ejemplo haciendo daño o dejando de hacer lo que debía hacer? ¡Y eso en el «templo» de la verdad y del bien!

Y el Consejo Nacional de Educación, ¿cómo saldría del paso si tuviese que publicar una guía que explicara y justificara todos y cada uno de los bautizos autorizados?

13. En la fecha en que se publicó esta carta Rivadavia no tenía aún monumento en Buenos Aires.

señanza para quienes se hubiesen distinguido por sus servicios realmente ejemplares y trascendentales a la educación?

Concretando mejor, para abreviar y asumir claramente la responsabilidad de mis opiniones, pregunto:

¿Por qué se llaman, por ejemplo, Roque Sáenz Peña, Mariano Acosta y Juan R. Fernández, respectivamente, las tres escuelas normales de profesores de esta Capital?

Si no se procediera a menudo con ligereza o no quedara librado el bautizo a la simpatía personal, a la insuficiente información o a la prepotencia de un hombre, así sea presidente de la Nación o ministro de Instrucción Pública, aquellos tres nombres, tan respetables, se habrían consagrado de otra manera, como ya lo está alguno, y esas tres escuelas normales se llamarían Ema Nicolay de Caprile, o Máxima Lupo, o Úrsula de Lapuente, o Adolfo Van Gelderen, o Francisco A. Berra, etcétera.

Así se recordaría el nombre de educadores beneméritos a los cuales el país debe servicios incalculables, que no se aprecian con cifras y que representan largos años de constante trabajo por el bien, realizado sin ostentación; servicios, por cierto, infinitamente mayores que el de poner la firma al pie de un decreto de creación o de reforma.

Dése, pues, en buena hora, el nombre de la señora Armstrong de Besler o el de señorita Howard a la Escuela Normal de San Nicolás, como se hizo ha poco con el de la inolvidable miss Mary O'Graham, que dirigió la de La Plata, o con el de doña Clementina C. de Alió, de Concepción del Uruguay.

Hágase lo mismo, en la oportunidad debida, con cuantas tengan análogos merecimientos, sean argentinas o extranjeras de origen.

Es de rigurosa justicia. Y aun así será pagar muy exigüamente los beneficios que el país les debe. Y no se tema inferir desaire a los manes de Sarmiento.

Él sería el primero en aplaudir.

# La fiesta del árbol

Discurso pronunciado en representación del Gobierno de Córdoba en la «Fiesta Nacional del Árbol»

*7 de septiembre de 1913*

## TEMARIO

Su significado y su trascendencia. - Del punto de vista económico, higiénico y educacional. - Educación moral y estética. - Acción de la escuela, de la familia y del Gobierno.

EXCMO. SEÑOR GOBERNADOR, SEÑORES:

La celebración de la Fiesta del Árbol, generalizada en el país, importa un hecho más demostrativo de que vamos adquiriendo la virtud de descubrir en determinados actos materiales, aparentemente sin mayor trascendencia, fenómenos capaces de afectar no solo la economía general de las naciones, sino la orientación del espíritu humano, corrigiendo rezagos de barbarie más o menos disimulada bajo una capa de civilización de albayalde, con el despertar de sentimientos más elevados y el desarrollo de hábitos nuevos, honrosos para la especie.

Entre nosotros fue motivo de sonrisas despectivas la iniciación de estas fiestas, hace 15 años. En ellas muchos no vieron sino un pretexto para suspender las clases y holgar un día más. Hoy todavía no son pocos quienes así piensan y pretenden que no debe robarse ese tiempo a las clases habituales. No perciben ni los beneficios materiales inmediatos, ni menos lo que vale tanto o más: la influencia moral duradera que ejercen en el ánimo de los niños y del pueblo, precisamente porque se las realiza en día especial, en grande, colectivamente, entre músicas, discursos, aplausos y alegrías, al aire libre, y confundidos los maestros con los discípulos, los padres con sus hijos, el pueblo con sus gobernantes, lo cual por sí solo, como indicio de solidaridad que se inicia, bastaría para justificarlas ampliamente; y para demostrar que un día de estos es lección más fecunda que muchas de soporíferas reglas y definiciones gramaticales, de referencias históricas que no alcanza a entender el cerebro infantil, de instrucción puramente verbal en ramas por esencia experimentales, o de lecciones teóricas de moral que no dejan sedimento alguno en el alma del escolar.

Desde que Marsh, ministro estadounidense en Inglaterra, llamó la atención de los Estados Unidos sobre las consecuencias que tendría para el país la devastación que estaban sufriendo sus bosques, sugiriendo la necesidad de dictar leyes protectoras como las que veía aplicar en Europa, hasta Julius Sterling Morton que en 1872 crea el «Día del Árbol» en el estado de Nebraska, y desde entonces hasta hoy, el movimiento provocado ha sido tan grande, que todos los estados de la Unión Americana celebran oficialmente el «Día del Árbol» y sus gobernantes entienden cumplir un deber tomando parte en las fiestas y dirigiendo vivaces proclamas que incitan a perseverar en la acción iniciada.<sup>14</sup> Y ahora es también en Europa y en el mundo donde estas fiestas se efectúan con el mismo programa y el mismo concepto que condensara Sterling Morton de esta forma:

«Para impedir la destrucción de los árboles; para mejorar las condiciones del clima; para sanear y embellecer los alrededores del hogar; por amor a lo bello y a lo útil, combinados en la música y en la majestad de un árbol, como la fantasía y la verdad unidas en épico poema, el “Día del Árbol” fue creado.

»Y él ha crecido con el vigor y la beneficencia de una gran verdad o, si queréis, como un árbol gigante».

Es una nueva manera de rendir culto a los árboles que en todos los siglos y en todos los pueblos lo tuvieron hasta personificar en ellos a los dioses; y no es, sin duda, la moderna, la menos elevada y expresiva, dado que reúne, en natural consorcio, el concepto de lo útil y de lo bello, la realidad y el ideal.

Una institución de esta naturaleza, que después de casi medio siglo de nacer crece sin cesar en todos los países civilizados, ha probado de sobra la razón de su existencia y Córdoba perdería el derecho de seguirse llamando la docta si no la acogiese, y para siempre, entre las más dignas de su apoyo y simpatía.

Gracias a ella el incendio salvaje de los bosques, su explotación arbitraria e imprevisora, han desaparecido casi y hoy es otra llama la que cunde. Es la llama del buen sentido que, iluminando los espíritus, está mostrando a los pueblos la necesidad de escuchar las lecciones de la experiencia y el consejo de los que saben, porque en seguirlos está el secreto de nuestro bienestar y del bienestar de las generaciones que nos sucedan.

Y es que las comprobaciones no han podido ser más concluyentes. Solo recordaré, tomados muy al acaso, unos cuantos hechos bien significativos.

Hace pocos años, cumpliendo una ley de 1907, se hizo una investigación en los estados del este de la Unión Americana y se comprobó que en el territorio «South Appalachian», por ejemplo, con 24.000.000 de hectáreas de terreno forestal, 18.000.000 habían sido ya más o menos destruidas, calculándose que en dieciséis años, de continuar con la misma forma arbitraria de explotación, todo desaparecería. Y esos bosques importaban, fuera de su colosal valor inmediato como materia prima, la alimentación regular de once ríos que representan una fuerza motriz aprovechable de 3.000.000 hp, siendo el valor de las energías ya aprovechadas de 40.000.000 de dólares.<sup>15</sup>

14. Por millares de millones se cuentan los árboles plantados por los vecinos y los alumnos de las escuelas, y también por millares de millones de pesos los ingresos en *un solo año* correspondientes a productos forestales.

15. Referencias de un artículo publicado en la *Revista de la Sociedad Rural* de Córdoba.

Son conocidas otras consecuencias, entre ellas sobre el descenso de la población como efecto de la extinción de los bosques. En Francia, por ejemplo, desde 1886 ha bajado en 7% en 82 comunas de los Alpes marítimos; 22 cantones de los Alpes superiores perdieron el 6%; en 20 de los Alpes inferiores el 5,8%; 72 de las Bocas del Ródano, mermaron el 4,7%.

Y Sicilia, que durante toda la Antigüedad fue el granero de Roma, está hoy convertida en un desierto porque los ríos se han agotado. Al voltear los árboles, el leñador destruyó la riqueza y agotó la savia del suelo, es decir, las fecundantes aguas de los manantiales, dando razón al poeta que dijo: «Pueblo sin bosques, es pueblo que se muere».

Tomo estas referencias de los *Anales de la Sociedad Forestal*.

Dice Eliseo Reclus: «Saber lo que puede embellecer o degradar la Naturaleza el trabajo del hombre, puede parecer cosa fútil a espíritus que alardean de positivistas; pero tiene grandísima importancia. El desarrollo de la humanidad se enlaza íntimamente con la naturaleza que la rodea. Establécese secreta armonía entre la tierra y los pueblos que alimenta; y cuando las sociedades imprudentes se permiten poner mano en lo que constituye la belleza de sus dominios, acaban siempre por arrepentirse. Donde se ha afeado el suelo, donde ha desaparecido del paisaje la poesía, apágase la imaginación, apodérase la rutina de las almas y las dispone al entorpecimiento y la muerte».

Y después expresa que «la especie de furor con que los españoles han talado los bosques por miedo a los pájaros ha influido no poco en su decadencia. La tierra amarilla, pedregosa, desnuda, ha tomado un aspecto repulsivo, formidable; se ha empobrecido el suelo; la población ha ido disminuyendo. Los pájaros están vengados».<sup>16</sup> De ahí las medidas protectoras posteriormente adoptadas por el Gobierno hispano.<sup>17</sup>

Es sabido que la República Argentina no ha hecho excepción entre los pueblos que descuidan esa parte tan principal de su riqueza y de su cultura. Y Córdoba sufre ya, hace tiempo, la consecuencia de la devastación caprichosa y hecha sin piedad de sus arbolados. En un atinadísimo artículo publicado hace tres años por el director de la *Revista de la Sociedad Rural*, el actual distinguido senador provincial señor Félix de Sarría hace notar cómo, por aquella razón, industrias diversas, los ferrocarriles, los establecimientos que elaboran la cal, las familias, han visto triplicarse en solo tres años el costo de la madera y del combustible.

Devastamos, arrojamos por la ventana nuestra riqueza, con la inconsciencia y la inmoralidad características de los que siendo opulentos por herencia, malgastan sin mirar hacia atrás ni hacia adelante, vale decir, sin inspirarnos en el ejemplo de los que, más previsores y generosos, sembraron para nosotros, y sin hacer otro tanto con el pensamiento fijo en los que han de sucedernos. Y ni siquiera caemos en cuenta de que nosotros mismos sufrimos ya los efectos de nuestros desarreglos e ignorancia.

16. *La vida en la Tierra*, cap. IV.

17. El Estado acordará gratuitamente el auxilio técnico necesario, proporcionará semillas y plántones y eximirá de la contribución territorial hasta que los montes se hallen en plena producción, a todo propietario de terrenos y montes de toda clase, enclavados en zonas protectoras de cien hectáreas, por lo menos, de extensión, que pretenda por sí la población forestal (datos del *Boletín de la Sociedad Forestal Argentina*).

Bien se justifica, pues, que en todo el mundo civilizado se adopten las disposiciones necesarias para corregir ese mal y que, aparte de las medidas de gobierno destinadas al presente, se prevea el mañana acudiendo para ello al medio más eficaz e irremplazable: la educación del pueblo para que sea menos necesaria la medida coercitiva, siempre insuficiente y no siempre de fácil aplicación.

Es entonces una vez más a vosotros, señores directores y maestros de las escuelas, a quienes en primer término se confía esta nueva acción de progreso, nueva solo de un punto de vista, en cuanto os obligará a dedicar una atención especial al hecho mismo de las plantaciones, enseñando así en la forma más fecunda, harto descuidada por desgracia: *la enseñanza por la acción*, que tiene derecho por lo menos a un tiempo igual al empleado en instruir por la palabra hablada o escrita. Lo que se os pide no es nuevo de otros puntos de vista: los que se refieren a la faz moral y estética y aun a la formación mental y a la instrucción concreta del alumno.

Refiriéndome a esta última, solo diré, en cuanto se relaciona con el árbol y los bosques, que la hemos descuidado en la realidad, perdiendo el tiempo en enseñar, y no por vuestra culpa, a quien nunca habrá de aplicarlas, mil nociones teóricas inútiles en la vida real; y entre tanto nuestros niños de ayer nada han aprendido que les enseñara a respetar los árboles en cuyo contacto debían vivir y en cuyos destructores habían de convertirse, en gran parte por ignorancia. Y hoy mismo nos limitamos a decir rápidamente o hacer que se repitan, del texto de lectura, unas cuantas frases que los mismos autores copian los unos de los otros. Así, los bosques regularizan las corrientes de agua, impiden o disminuyen el efecto de las inundaciones, retardan la evaporación y determinan lluvias<sup>18</sup> regularizadas, sanean las regiones malsanas, hacen fértiles los páramos, afirman los médanos, oxigenan el aire, modifican el clima, etc. Y si se pregunta cómo o por qué tales fenómenos se producen, cuál es la magnitud de los beneficios que los mismos determinan, cuál la repercusión, la enorme repercusión que tienen sobre la felicidad humana, pondríamos en aprietos a... permitidme que deje en suspenso la terminación de esta frase.

Resulta estéril, por consiguiente, una enseñanza que no ha sido comprendida, que no ha formado convicciones y cuya utilidad no se alcanza.

Y por eso sigue siendo frecuente el arrancar la rama entera para coger una fruta, derribar el árbol para tomar el nido y hasta incendiar los montes, sin objeto unas veces o para aprovechar el campo en una forma menos productiva de lo que resultaría explotando con inteligencia el bosque mismo.

La República Argentina ha exportado productos forestales, durante el primer semestre de este año, por valor de más de *once millones de pesos* en concepto de extracto de quebracho y rollizos de la misma madera casi exclusivamente. Esto en un país en que tal industria es incipiente, por razones bien conocidas, pero que puede alcanzar un desarrollo que multiplique quién sabe por cuánto los actuales beneficios.

18. En El Cairo, donde eran cosa rara algunas gotas de agua, llueve anualmente veinte o treinta días. Esto después de haber sembrado 20.000.000 de árboles, dice Nin Frias en su libro *El árbol*, p. 146. En el Alto Egipto cesaron las lluvias después de la destrucción de los bosques (ibidem).

En Estados Unidos años hubo en que los productos forestales produjeron *más de dos mil millones de dólares*.

Y bien, para cultivar el amor a la planta en los adultos y en las nuevas generaciones y en general el amor al trabajo inteligente y perseverante, ¿se nos ha ocurrido alguna vez comentar esas cifras y todas las que representan ingresos, productos de tal labor, preguntándonos en cuántos beneficios de todo género puede traducirse tal riqueza, beneficios que irán en aumento a medida que se perfeccione la explotación?

¿Cuántos servicios públicos mejor atendidos y por lo tanto más eficaces, casas para obreros, asilos, hospitales, leyes de jubilación y pensiones más generosas, disminución de los impuestos que gravitan tan duramente sobre la vida del pobre, mayor higiene en las ciudades, vale decir, más salud y alegría para todos; parques y recreos por doquier, bibliotecas atrayentes, plazas de juegos para chicos y para grandes, locales de todo género en que se reúnan a estudiar, a escuchar conferencias, a hacer música, a pasar el rato honesta y gratamente, saneando el espíritu, aumentando con la felicidad colectiva mayor, la mayor solidaridad entre los hombres?

No digáis que esto es fantasía de optimista que sueña con un mundo ideal, irrealizable, puesto que sabéis que eso existe en muchos países, y precisamente entre ellos el que suele considerarse como el menos idealista de todos: Estados Unidos.

Ni me observéis que, en todo caso, ello no es una consecuencia de la explotación de los bosques o del amor al árbol solamente. Tampoco yo pretendo tal cosa. Es esa una de las grandes fuentes posibles, y para contribuir a que lo sea, debe ser puesta en evidencia como las otras.

Teniendo en vista los ideales, justamente para contribuir a que se realicen, ¿no creéis que vale la pena llamar la atención sobre las sumas enormes que representan las lluvias regularizadas o el riego oportuno, las inundaciones detenidas, el rayo mismo atajado en su camino destructor, la avalancha interceptada, el huracán atenuado en su empuje y obligado a oír tan solo el gemido de los árboles que lo resisten y caen en parte sacrificados para evitar el lamento de los humanos sorprendidos por la desolación y la muerte al otro lado del bosque?

Y hasta como ejercicio mental, grato al espíritu y rico en observaciones, ¿no vale la pena provocar la meditación sobre la expresiva frase de Reclus: «Un árbol menos en el bosque es una gota menos en el río de su linde, una ola más en la creciente devastadora, un aumento de lodo en el estuario y por lo tanto una roca menos en la montaña?».

Colocándonos, ahora, en otro punto de vista, vosotros sabéis, maestros, cuán fecundo en enseñanzas útiles puede ser también, para el niño, seguir el proceso del crecimiento de la planta. Nada suple la observación directa de las cosas y menos cuando se la dirige con amor, y por lo tanto con acierto, provocando reflexiones de todo género, sin excluir las de orden moral que deben merecer nuestra preferencia.

Haced, entonces, que desaparezca la frialdad de las galerías y las aulas escolares. Poned en todas partes la nota alegre de la planta en flor, del árbol verde en el patio, del helecho tembloroso al frente de la clase, de los geranios de suave perfume y brillantes colores sobre las ventanas. Y habitual a vuestros niños a cuidar que no les falte el rayo de sol, ni el agua necesaria en el momento oportuno.

Cultivad incesantemente el buen gusto, pensando que ello tiene siempre repercusión saludable en el pensar, en el sentir y en la conducta.

Salid con frecuencia con vuestros discípulos al exterior, en *excursiones* elegidas con tino, para enseñarles a escuchar y entender el lenguaje de la naturaleza, a oír sus melodías que no hieren el tímpano y sin embargo resuenan en el espíritu. Y Córdoba es país privilegiado por su clima y su belleza admirables. Aprovechadlo.

«Una nación solo es digna del suelo y de los paisajes que ha heredado, cuando con todos sus actos y sus artes los hace más hermosos para sus hijos», ha dicho Ruskin, para quien el arte es, en cualquier país, la manifestación de sus virtudes políticas y sociales. Y si es cierto, como él mismo observa, que el instinto hacia la belleza es innato en el niño de raza educada, también es verdad que por el arte mismo la educación transforma al rústico, y entonces es deber nuestro no olvidarlo si queremos desempeñar dignamente nuestra misión educadora.

No séais, pues, el maestro «artesano» que transmite solo instrucción concreta, mecánica, rutinariamente. Sed lo que llama Fouillée: el educador «artista» que forma el carácter, crea hábitos mentales, ennoblece el espíritu, despierta el ideal. Y sed incansables, sin que os desalienten los esfuerzos que os parezcan perdidos porque no halláis el terreno preparado. Perseverad. Imitad en esto la vida vegetal. Ella no se contenta, al decir de Emerson, «con arrojar un grano de semilla de la flor o del árbol: llena el aire y la tierra de simientes, porque si mil perecen, mil pueden caer en terreno abonado, ciento pueden arraigar, diez pueden vivir hasta la madurez y una por lo menos puede reemplazar al progenitor».<sup>19</sup>

Realizaréis a la vez obra de patriotismo, despertando el amor a la tierra por medios naturales y legítimos; haciendo amar la patria al mostrar que es bella y digna de ser amada.

Y que estas ideas inspiren la acción de los maestros de uno al otro extremo de la república; que ellas lleguen hasta las escuelas rurales más apartadas, para acercar el día en que desaparezca de nuestros valles y nuestras pampas el rancho desnudo de sombra, desmantelado y triste, que la incultura y la indolencia hereditaria de nuestros paisanos han conservado así, aun en las regiones en donde hubiera sido fácil hacer de cada vivienda un vergel.

Que la última escuela perdida en el desierto transmita algo más que la aptitud para leer poco aun cuando sepa descifrar, inconsciente, la palabra escrita. Que le enseñe a labrarse una vida más feliz, a completar su monótona carne asada con las legumbres y frutas por él mismo cultivadas y a pasar sus horas de reposo bajo el amparo, la frescura y el perfume de las plantas que rodean su hogar y en cuyas ramas aniden sin temor las aves canoras, porque la escuela habrá inculcado también el amor a los animales; y las palomas de San Marcos habrán dejado de ser un hecho excepcional.

Démosle con un poco de poesía, un poco más de alegría de vivir. Eso lo hará más bondadoso y prepararemos una raza mejor. No olvidéis, queridos maestros de escuela que me escucháis, la bella fórmula del autor de *Los veinte ensayos* ya citado: «Quien más conoce, quien mejor sabe las dulzuras y virtudes que hay en

19. *Los veinte ensayos*, cap. XVIII.

el suelo, en las aguas, en las plantas, en los cielos y cómo ha de llegar a estos éxtasis, ese es el rico y el hombre de estirpe regia».

Hemos de ayudaros en esa tarea difícil, pero grande y grata.

Ya os habréis apercebido de ello. El Gobierno de Córdoba tiene la convicción plena y profunda de que son los maestros primarios no únicos, pero sí esenciales factores de su cultura y de su progreso material y moral. Está penetrado íntimamente de que no es con programas, ni con reglamentos más o menos perfectos, que ha de transformar el estado educacional presente. Es de vuestra competencia y de vuestra consagración y rectitud que lo espera todo, y por eso habéis de sentiros rodeados en todo momento de sus simpatías sinceras y habéis de verlo esforzarse por mejorar, como es legítimo, vuestra situación económica. Ello ha de permitir os realizar nobles anhelos de mayor cultura para entregaros con estímulos siempre nuevos a vuestra patriótica labor.

A vosotros, niños, hubiera querido dirigirme especialmente en este día. Otra vez ha de ser. Entretanto, ya sé que ayer habéis celebrado en cada escuela un acto semejante al que en este momento nos reúne. Habéis puesto árboles en los patios; colgado elegantes tiestos con plantas de adorno, ligeras y delicadas, del borde de las galerías; arrimado trepadoras a las columnas que a estas sostienen. Luego recibiréis semillas para llevar a vuestras casas. Si tenéis en ellas un trozo de terreno, un rinconcito cultivable, un lugar para una maceta, sembradlas con cuidado y seguid después con atención el desarrollo de la planta. Vuestros padres y maestros os han explicado y volverán a deciros por qué celebramos estos actos. Acaso no podáis comprender bien, todavía, el alcance de esta lección. ¡No importa! La siembra ha caído también en vuestro espíritu y algún fruto producirá.

Por ahora yo os invito solamente a que durante varios días os preguntéis:

*¿Qué seríamos, cómo viviríamos, si las plantas no existieran?*

Para contestar, mirad a vuestro alrededor en todas partes, en el hogar y en la calle, en la escuela, en los establecimientos públicos, en las fábricas, en donde quiera que vayáis en persona o con la imaginación; pensad en el invierno y en el verano, el otoño y la primavera, en la ciudad y en el campo, en la llanura y en la montaña, en la tierra y sobre las aguas, en los ríos y en el mar y hasta en los aires; durante la bonanza y en el mal tiempo; en el estado de salud y en el estado de enfermedad; en la sed y en el hambre, en la abundancia y en la escasez.

Comunicaos recíprocamente vuestros descubrimientos, cambiad impresiones, consultad con el maestro, hablad con vuestros padres.

He ahí un problema cuya solución os propongo y cuya respuesta he de ir a pedir os alguna vez.

¿La buscaréis...? Hacedlo.

Dirigid, maestros, con interés, esa investigación. Ella será fecunda en útiles y gratas sorpresas.

Y vosotros, hombres y mujeres del pueblo humilde y trabajador<sup>20</sup> que habéis venido a esta fiesta siguiendo a vuestros hijos, no recibisteis tarjeta especial de invitación porque estáis aquí por derecho propio inalienable.

20. La fiesta fue celebrada en el Parque Sarmiento de Córdoba ante muchos millares de personas.

Es también vuestra, es sobre todo vuestra esta fiesta, porque sois los principales encargados de hacer prácticos los anhelos del Gobierno, que es vuestro amigo, que desea vuestro bien y que procurará realizarlo en la medida de sus alcances.

Así me ha encargado que os lo diga el señor Gobernador de la provincia<sup>21</sup> y nada más grato que cumplir esta misión, para quien, como vosotros, de las filas humildes ha salido.

Y por fin, vosotras que me escucháis, madres y hermanas mayores de todos los niños, ricos y pobres; no olvidéis que de vosotras depende en primer término la educación, vale decir, la felicidad de vuestros hijos y, por lo tanto, también el bienestar social.

Prestad vuestra ayuda a la escuela, cuidando, desde la menor edad, tanto la salud física como la mental y moral de vuestros retoños.

Pensad que son las lecciones primeras, sobre todo las del ejemplo, las más duraderas y decisivas. No descuidéis ese deber confiando en la acción de la escuela que puede llegar tarde, o ser insuficiente, por lo mismo que vosotras no la habéis preparado.

No olvidéis la frase de Cowley, nunca más oportuna que en este momento: «Las primeras impresiones que el niño recibe son como las letras esculpidas en la corteza de los árboles jóvenes: ellas crecen, se agrandan con los años».

Señores de la Sociedad Forestal Argentina:

Imperfectamente, sí, por mi insuficiencia; pero con la sinceridad y sencillez de que debe ejemplo un educador, he procurado responder a la confianza con que me honrara el Gobierno de la provincia al designarme para hablar en su representación en este día.

He procurado reflejar, en algunas de sus líneas generales, cómo entiende contribuir a la solución, sobre todo del punto de vista de la escuela, del problema económico, higiénico y educacional involucrado en la Fiesta del Árbol, en armonía, estoy seguro, con el pensamiento y programa de vuestra asociación.

Réstame decir, como otra prueba de la comunidad de ideales, que el Gobierno de Córdoba ha dispuesto ya la multiplicación de los viveros en lugares adecuados y estratégicos de la provincia, uno de ellos en las diez hectáreas recientemente obtenidas de los terrenos anexos a la Escuela de Agricultura, habiéndose ya pedido árboles elegidos y sanos a Nueva Zelanda.

Se crearán, al iniciarse el año escolar próximo, escuelas normales rurales, de cuyo programa formará parte esencial la enseñanza agrícola práctica, con nociones de selvicultura donde convenga. No se edificarán casas escuelas en terrenos menores de una hectárea, para realizar alguna vez las condiciones higiénicas y pedagógicas y atender convenientemente al ejercicio físico, la educación manual y la enseñanza agrícola; ello aparte de las plazas especiales de juego para las escuelas y para el público, ubicadas de preferencia en lugares pintorescos para agregar al sano esparcimiento físico, la emoción estética moralizadora.

21. Doctor Ramón J. Cárcano.

Se fomentará la institución de clubs agrícolas, se distribuirán gratuitamente plantas y semillas; se crearán estímulos diversos que fomenten la perseverancia o la intensidad de la acción privada inteligente. Algunos casos pueden citarse ya, casi recientes, como el del señor diputado provincial doctor Rafael Núñez, que tomó a su cargo la plantación y cuidado de una alameda de cinco kilómetros en la hermosa carretera que a Argüello conduce.

Se dictarán medidas que garanticen la replantación científica, aseguren oportunamente las reservas forestales, como lo practican los países europeos y norteamericanos con sabia previsión.

Y considerando los graves intereses colectivos afectados, acaso llegue a justificarse una ley diferencial bien estudiada que permita reglamentar, aun dentro de las zonas que pertenezcan a particulares, la forma de plantación y conservación de los plantíos, sin perjuicio de asegurar con leyes previsoras la existencia de bosques fiscales no enajenables y que se dicten también, en caso necesario, leyes de expropiación, como acaba de proponerlo en Francia Mr. Huffel, según informa el delegado de la Sociedad Forestal precisamente, ante el congreso que acaba de celebrarse en París.<sup>22</sup>

Disculpad, señores, el abuso hecho de vuestra atención y este final, prosaico para una fiesta, pero que condensa halagadoras promesas para el porvenir de esta provincia naturalmente privilegiada que puede llegar a servir de modelo al resto de la república.

He dicho.

22. *La Nación*, 30 de agosto de 1913.

# La radiotelefonía en los institutos de enseñanza

Carta a un vocal del Consejo Nacional de Educación

*20 de noviembre de 1922*

## NOTA DE LA COMISIÓN

Hace más de once años, cuando recién empezaban a tomar desarrollo entre nosotros las transmisiones radiotelefónicas, el señor Pizzurno, anticipándose al porvenir, concibió el proyecto que va explicado en la carta que reproducimos más abajo. Fue por él dirigida a un vocal del Consejo Nacional de Educación para que, haciendo suya la iniciativa obtuviese, por lo menos, un principio de cumplimiento. El señor Pizzurno, para facilitarlo, había tenido un generoso ofrecimiento de sus amigos, propietarios y directores de Radio Cultura, señores De Bary e ingeniero Del Ponte: el de poner gratuitamente a la disposición del Consejo sus instalaciones durante dos horas diarias. Pero el optimismo del señor Pizzurno no halló eco donde correspondía y ni siquiera se dio respuesta a su carta. Convertida esta en artículo de diario se publicó, entonces, en forma destacada en *La Nación*, reproduciéndose después en diarios y revistas múltiples, inclusive fuera del país, en Brasil y en Chile donde, además, dio el señor Pizzurno, por radio, una conferencia sobre el asunto.

Entre tanto el señor J.V. Tedín, como presidente del Consejo Escolar XIV, recogió espontáneamente la idea del señor Pizzurno y de acuerdo con este y con la Sociedad Cooperadora de la Escuela «Juana Manso», y bajo la desinteresada dirección del ingeniero Del Ponte, se instaló en el local de dicha escuela una estación receptora que fue inaugurada el 28 de diciembre de 1922 con una lucida fiesta a la que fueron invitados todos los maestros del distrito, los vecinos y las autoridades del Consejo Nacional de Educación. El programa transmitido, desde la sala que en el Plaza Hotel tenía instalada la estación Radio Cultura, comprendía en primer término una explicación alusiva a la hermosa iniciativa que se realizaba y la lectura de un cuento, ambas partes a cargo del señor Pizzurno, siguiendo luego coros de niños y números de concierto vocal e instrumental desempeñados por la profesora señorita Lola Vidal, el ingeniero Ricardo Hicken, el tenor Luis Díaz, el

barítono Aldo Rossi y el violinista Américo Facondini, acompañando al piano los profesores Pardo y Di Braco.

Fue este el primer acto que llamaremos radiotelefónico escolar organizado en el país. Por eso hemos querido dejar de él esta constancia.

Por otra parte el señor Pizzurno con fecha 6 de diciembre del mismo año (1922) había dirigido al Presidente de la República la siguiente carta:

Dr. Marcelo T. de Alvear

Exmo. Señor:

Anoche, cuando tuve el honor de acompañar a V.E. en su palco del Teatro Cervantes, durante la fiesta de la Sociedad Científica Argentina, recordando que V.E. había formulado ya públicamente algunas manifestaciones respecto de la necesidad de favorecer la cultura estética popular, solicité y obtuve su permiso para enviarle, como lo hago, un breve artículo que publiqué el domingo último en *La Nación* y relacionado, en parte, con el mismo asunto.

Como verá V.E., si tiene tiempo para recorrerlo, se trata de una sencilla iniciativa sin mayor novedad; pero cuya realización inteligente sería, si no estoy equivocado, de incalculables beneficios para la instrucción y sobre todo para la cultura moral y estética de los niños y jóvenes que concurren a nuestros institutos de enseñanza; y no ignora V.E. que, por desgracia, esa faz esencial de la educación no es la mejor atendida en las escuelas.

Por la radiotelefonía, y sin mayores gastos, utilizando la música, la lectura y la narración de cuentos, fuera de otros medios, sería fácil hacer llegar siquiera un poco de sana alegría y de emoción estética educadora a los millares y millares de niños que tanto lo necesitan, en todo el país.

Pero sabe bien V.E. que las mejores ideas suelen caer en el vacío cuando no se las estimula desde arriba. Por eso, y conociendo sus nobles y patrióticos sentimientos, me he permitido distraer su atención, sometiéndole mi proyecto, en la esperanza de que merezca su simpatía.

Saludo a V.E. con el mayor respeto y estimación.

PABLO. A PIZZURNO

## NOTA DE LA COMISIÓN

Nos ha parecido conveniente dejar constancia de estos antecedentes al reproducir la carta proyecto que va a continuación y de la que, a pedido del señor Pizzurno suprimimos, por razones obvias, el nombre del destinatario.

## TEMARIO

Las múltiples aplicaciones y ventajas de la radiotelefonía en los institutos de enseñanza, relacionadas con la instrucción general, la educación moral y estética, la tarea de los maestros, etc. - Un viejo proyecto que merece realizarse.

SEÑOR X.X., VOCAL DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

Mi estimado amigo:

Los admirables progresos de la radiotelefonía y la relativa baratura de las instalaciones me han hecho pensar en la posibilidad de llevar en breve tiempo sus beneficios a la enseñanza con ventajas extraordinarias de distinto orden, como a Ud. se le ocurrirá enseguida.

Suponga que el Consejo manda hacer una instalación transmisora en uno de sus locales y otra receptora en cada una de las escuelas. ¿Imagina Ud. las maravillosas proyecciones que eso puede tener, de inmediato, en la instrucción, en la formación moral, en la cultura estética, etc., de los alumnos y los maestros?

¿Quiere Ud. instruir, educar, deleitar, emocionando, con la música vocal e instrumental, con la lectura llena de expresión y de verdad, con una lección de historia, el comentario de un acontecimiento, una exposición de carácter científico, una crítica de costumbres, etc., aprovechando las aptitudes de un maestro o de especialistas excepcionales capaces de sacar todo el efecto posible de los diferentes medios de educación?

¿Quiere Ud. que en ocasiones los maestros todos oigan directamente de labios del propio presidente del Consejo, de los inspectores generales o de quien más convenga, las informaciones, las críticas, las orientaciones, las instrucciones didácticas, las palabras de estímulo dichas con la expresión y la vida y por lo tanto con el efecto que no siempre tiene la comunicación escrita o transmitida por multitud de intermediarios más o menos capaces de reflejar exactamente lo que se les encarga?

Pues bastará que el habilísimo profesor, el maestro de canto, el ejecutante excepcional, el educador de corazón inspirado, el inspector convencido y elocuente, actúen tranquilos en la sala de transmisión, y muchos millares de niños o de maestros recibirán a un tiempo los beneficios de esas comunicaciones hechas en forma no común y cada una de las cuales puede valer por muchas de las enseñanzas frías, sin alma, que diariamente reciben.

A veces los que reciten, lean, canten o den una explicación o refieran un cuento serán niños elegidos que se presentarán como ejemplo y medio de estímulo a sus compañeros desconocidos de todas las escuelas, sin moverse nadie de su local.

No insisto multiplicando los ejemplos porque Ud. hallará tantos como yo. Ni digo nada, porque ello va implícito, de la inmensa ventaja de poder aprovechar cuanto convenga de todo lo que ande por el aire, inclusive los grandes conciertos y las óperas (matinés, por lo menos) que la mayoría de los alumnos no podrían oír de otro modo. Ni tampoco anoto el precioso medio que será para acercar cada vez más el hogar a la escuela, desde que cada día aumentará el número de las familias que tengan instalaciones receptoras en su casa, y el de salones públicos (que eso vendrá) a los cuales se asista para escuchar las transmisiones interesantes previamente anunciadas en la sección especial que no tardarán en tener todos los diarios.

Pero ¿qué digo? ¿Qué mejor salón público que el de la escuela? Allí irán, de día o de noche, los padres y las madres y los hermanos mayores que no puedan tener aparatos receptores en su casa, en los lugares apartados o en el centro de los pueblos, invitados a pasar momentos agradables y a recibir enseñanzas provechosas. Atraídos por la música, el canto y las narraciones amenas, ¿no escucharán también, con placer y beneficio, breves lecciones o consejos relacionados con

la higiene, con la puericultura, con múltiples conocimientos útiles, con los deberes y derechos que como padres o como ciudadanos, etc., deben cumplir o ejercitar?

Reflexione un instante sobre lo que esto significa. Un médico, un higienista, un moralista, un educador o lo que fuere, con ideales en el alma, con palabra fácil y sencilla, elocuente, sincera, convincente, hablando media hora por semana en la sala transmisora con la visión alentadora de que sus saludables enseñanzas y exhortaciones están siendo escuchadas en todas direcciones por millares y millares de personas que acaso lo aplauden llenos de emoción y agradecimiento, sugestionados, sin pensar que el aplauso no llega al oído de quien lo provoca, pero que lo siente en el alma, satisfecho de la obra generosa que realiza.

¿Sería difícil encontrar hombres y mujeres bien inspirados capaces de ponerse al servicio de obra tan generosa como práctica y fecunda?

Y aun cuando las instalaciones solo sirvieran para transmitir con frecuencia por medio de la música, la lectura y los cuentos interesantes, un poco de sana alegría y de belleza a las almas de niños y maestros, ¿no cree Ud. que estaría ampliamente compensado el pequeño gasto que la realización de esta iniciativa demandara?

Pida presupuesto y verá Ud. que con lo gastado solo en una de las interesantes fiestas escolares que se celebran en el teatro Colón, a las cuales apenas asisten unos pocos centenares de niños y maestros y una sola vez por año, puede costearse la instalación receptora en una veintena de escuelas.

En todo caso podría empezarse por las más concurridas. Creo que existe ya alguna donde se ha hecho la instalación por iniciativa del director y la ayuda de la sociedad cooperadora de la escuela.

Me pongo a sus órdenes para ir a demostrarle, lápiz en mano, dónde podría Ud. hallar diez veces, note bien, diez veces, por lo menos, los recursos necesarios para efectuar las instalaciones no en veinte, sino en la totalidad de las escuelas de la Capital. Y ello sin suprimirle un centavo a ningún servicio; por el contrario, introduciendo economías y una importante mejora en el éxito de la enseñanza.

Conociendo su espíritu progresista, estoy seguro de que acogerá con simpatía la sencilla idea que le someto y que la llevará al Consejo para que se transforme pronto en hermosa realidad.

Con este motivo lo saluda afectuosamente su amigo y S.S.

PABLO A. PIZZURNO

# El libro, el progreso y el bienestar individual y colectivo

Plan y apuntes para conferencias

## TEMARIO

Reglas para su elección y su uso. - Consejos varios.

Una vez tomadas las precauciones necesarias, la lectura es uno de los medios menos discutibles de obtener la felicidad. Lleva a la felicidad porque conduce a la sabiduría y conduce a la sabiduría porque de ella viene; es su tierra natal y, naturalmente, desea llevar allí a sus amigos.

ÉMILE FAGUET

## I. GENERALIDADES PREVIAS

- 1) Condiciones principales del bienestar individual y social
  - a) Que cada uno tenga cómo subvenir a las necesidades esenciales de orden físico y de orden espiritual.  
Se satisfacen con el *trabajo* (amplitud de este concepto; explicarlo teniendo en cuenta el plan de mi conferencia sobre «Educación y felicidad»).
  - b) Que todos cumplan sus deberes y ejerciten sus derechos (desde el primer magistrado al más humilde obrero).  
+ y mejor *trabajo* = + *riqueza* y + *felicidad* (¿siempre?)

«Si aprovechas las lecciones de la sabiduría vivirás en todas partes sin disgusto y serás feliz en tu estado. La riqueza te dará placer porque tendrás mayores medios de hacer bien a muchos; la pobreza porque te hallarás con menos inquietudes y sobresaltos; la gloria porque te verás honrado; la oscuridad porque serás menos envidiado.» (Plutarco)

«Jamás tuve un pesar que no olvidara después de una hora de lectura.» (Montesquieu)

## 2) Bases

- a) Tener *salud integral* (física, intelectual, moral). Comprende: *saber, aptitudes, hábitos*. (Insistir en la importancia de crear hábitos y aptitudes.)

Recordar:  $\left\{ \begin{array}{l} \textit{Repetid un acto y tendréis un hábito.} \\ \textit{Sumar hábitos y tendréis un carácter.} \\ \textit{Fijad un carácter y tendréis un destino.} \end{array} \right.$

Ilustrar bien lo anterior con ejemplos concretos. Mi propio caso: v.gr. aciertos y desaciertos relacionados con la vida sana y con el sentimentalismo a veces excesivo.

- b) Que todos trabajen. Con aptitudes y perseverancia. Respetando las reglas de la higiene física y espiritual. (Recordar sintéticamente las esenciales. Véase el plan de mi conferencia «La higiene y la felicidad».)

## 3) Factores que determinan la salud integral

- a) Herencia.  
 b) Hogar.  
 c) Escuela.  
 d) Otros «ambientes» físicos y espirituales en que se vive, v.gr. lugares, naturaleza, sociedad, amigos, espectáculos en general (cines, teatros, canchas de juego), la calle, etcétera.  
 e) Las lecturas (libros y publicaciones múltiples).

## II. CANTO AL LIBRO

1) El libro puede crearnos un «ambiente» capaz de contrarrestar, mejorar o empeorar el mundo espiritual, y hasta el físico, en que vivamos, puesto que:

- a) Instruye en todo - Educa - Modifica y aumenta nuestras ideas, nuestro lenguaje, nuestras costumbres - Motor espiritual, excita nuestra curiosidad y la satisface.  
 b) Nos arma - Previene (pone en guardia) - Corrige - Cura - Estimula - Consuela - Acompaña (no se está solo, ni triste, si se tiene un buen libro). Vincula, solidariza. Embellece la vida. Y hasta puede prolongarla. (Mostrar, con ejemplos, cómo estos verbos todos expresan una verdad.)  
 c) En latín *liber*, libera. ¿De qué liberta?: ilumina la razón, destruye prejuicios, favorece el gobierno de sí mismo, independizando de los demás. Suprimió la Edad Media. Preparó revoluciones. Propagó la ciencia, etcétera.  
 d) Hay libros que gobiernan al mundo, v.gr. la Biblia, el Corán, el Quijote. Las obras de los grandes sabios, filósofos, artistas, economistas, sociólogos, políticos, viajeros, investigadores de todo género cuyas doctrinas, creaciones, inventos, descubrimientos, etc. influyen en la humanidad.  
 e) El libro es el archivo, el museo, el arca o tesoro (depósito) del trabajo y experiencia de todos los cerebros y corazones de todos los tiempos.

- f) Encierra: el alma del hombre y de los pueblos; el pasado y lo resucita; el porvenir y lo prepara. Anticipa y aumenta nuestra experiencia o la facilita. Nos pone en contacto con el bien y el mal.
- g) Nos hace viajar por todas partes y vivir en todos los tiempos.
- h) Vence al Tiempo, al Espacio, a las Sombras, a la Rutina.

*Suprimamos la imprenta con la imaginación: ¿qué perdemos?*

2) El libro crea y perfecciona al autodidacto. Porque, si no es el único, es un gran instrumento de formación integral por lo nuevo que enseña, por lo que amplía o aclara; por los «ambientes» que nos crea; por el tiempo que nos hace ganar y, en fin, por todo lo dicho en los párrafos precedentes.

Los más grandes hombres fueron autodidactos. Citar varios de todas las épocas, incluso argentinos (M., S., A., L., R., etcétera).

¡Qué maravilla...! ¡Pensar que en todo momento se puede estar en comunicación con todos los grandes espíritus que ha producido y produce la humanidad y recibir de ellos la enseñanza, el consejo, la fe, la esperanza, la calma, el impulso, la alegría...! Y cuantas veces se desee o se necesite: de día, de noche, durante la enfermedad o el insomnio o el accidente que nos inmoviliza, sin que se cansen, ni se impacienten por nuestra incompreensión...

¡Y se ha llegado a hacerle la guerra, hasta oficialmente, por autoridades técnicas, en la escuela primaria, so pretexto de combatir la enseñanza libresca o la rutina y de implantar una pretendida escuela «nueva» o «activa», como si el buen libro, bien empleado y empleado a tiempo, no fuese también un precioso e indispensable elemento para realizar los más elevados propósitos de la educación...! ¡Qué simuladores o qué tilingos...!

### III. REGLAS A TENER EN CUENTA EN LA ELECCIÓN

1) El precedente canto al libro puede convertirse en maldición si se lee lo que ha de infundirnos ideas y criterios extraviados o falsos, perturbando nuestro espíritu, estimulando bajas pasiones, «ensuciándonos» el alma.

2) Considerado como un *gran alimento espiritual integral*, puesto que en el libro podemos aprender lo necesario para asegurar nuestra salud física, intelectual y moral, debe ser elegido y utilizado de acuerdo con reglas de higiene física y espiritual a fin de que nos dé salud y no vicios y enfermedad.

Aplicar mi estribillo orientador: ¿qué? ¿cómo? ¿cuándo? ¿dónde? ¿por qué? ¿para qué?, v.gr.:

a) *¿Qué leer?* Ante todo, naturalmente, lo que no exceda la capacidad de comprender del lector.

- *¿Qué al niño, al joven, al adulto?* (varón o mujer): Error de dar al niño solo lo «infantil» y al pueblo lo demasiado elemental. Experiencias y estadísticas hechas en Rusia. Muchos «clásicos» pueden ser aprovechados hasta con menos dificultades y mayor beneficio que los modernos autores.

- *Valor de cada clase de libros:* Ciencias - Literatura - Historia de los descu-

brimientos de distinta naturaleza - Biografías y vidas ejemplares (¡qué poco se aprovechan pudiendo ser tan interesantes como benéficas!) - Fábulas y libros de imaginación. (Decir algo de cada clase de libros.)

«Los niños muestran a menudo un extremado desdén por los libros escritos para ellos. Y ello se explica perfectamente. Los niños sienten, desde las primeras páginas, que el autor se ha esforzado para entrar en el mundo infantil en vez de transportarlos a otros mundos y que por eso no encontrarán, así conducidos, la novedad, lo desconocido de que el alma humana está sedienta en toda edad. Los pequeños se sienten ya poseídos por el ansia curiosa que produce sabios y poetas.

»No temamos a la imaginación. Es ella, con sus mentiras, la que siembra todas las virtudes que embellecen el mundo. Solo se es grande por ella. ¡Oh, madres! No temáis que perjudique a vuestros hijos, por el contrario, ella los preservará de las faltas vulgares y de errores fáciles.» (Anatole France, *El Libro de mi amigo*)

«Para las ciencias prefiere los libros más recientes; para las letras los más antiguos.» (Lytton)

No leer muchos autores diferentes sobre un orden dado de conocimientos sin tener ya en nuestra mente una trama de ideas básicas firmes. (Explicar por qué en mis clases de pedagogía en las escuelas normales hacía leer con atención y comentábamos y discutíamos v.gr. el libro *La educación* de Spencer, la *Educación de la voluntad* de Payot, *El arte de la lectura* de Legouvé y determinados capítulos enteros de otros autores consagrados. Magníficos resultados. Formación del *criterio orientador*.)

«Si deseas que la lectura deje en ti huellas profundas, límitate a algunos sabios autores y empápate en su sustancia. Estar en todas partes es no estar en ninguna. No leas sino los libros generalmente estimados. Es señal de un estómago enfermo comer de todos los manjares, los cuales, lejos de aprovecharle, solo sirven para debilitarlo más. No es menester tener muchos libros sino poseerlos buenos.» (Séneca)

«Atento a los libros más estimables evita las ineptias de la prensa y las fruslerías del día... Las tres reglas que te recomiendo son: 1º No leer libro alguno que no cuente, por lo menos, un año de vida; 2º No leer libro que no goce de fama; 3º No leer sino aquello que te agrade.» (Emerson)

«La mayor parte de los libros de ahora parecen hechos, en un día, con los libros leídos en la víspera.» (Champfort)

«Hay algunos que así componen y echan libros de sí como si fueran buñuelos.» (Cervantes)

Leer poesías (naturalmente escogidas por la forma y el fondo) y aprender algunas de memoria.

«La poesía es un instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos y, al paso del deleite, lleva consigo la utilidad y el provecho.» (Cervantes)

«Poesía es la perfección del alma, elevación de pensamiento, profundidad de sensaciones, delicadeza de palabras, luz, fuerza, música interior. Eso es poesía.» (Montalvo)

«La poesía es en el arte lo que es un tabernáculo en un templo: no paséis delante de ella sin inclinaros.» (E. de Amicis)

Distinguir clases de lectura. Las relacionadas directamente con nuestra profesión u ocupación especial (ino limitarse a ella, eh!) - Complementarias - De cultura general - De esparcimiento espiritual, etc. - Graves inconvenientes de no leer sino lo relacionado con nuestras ocupaciones. Equivale a vivir con anteojeras que estrechan el horizonte.

«Es bueno estudiar algún asunto a fondo y un poco de cada asunto.» (Lord Brougham)

«Dime qué lees y te diré quién eres.» (C. Voltaire)

b) *¿Cómo leer?* - Lentamente - Comprendiendo - Saboreando, no devorando sin «masticar».

No «resbalando sobre las frases» (Ortega y Gasset).

Procurando tener «visión interna» de lo que se lee (aclarar bien esto).

Dejando tiempo para que las ideas se organicen en el cerebro - Pensando y confrontando con el propio pensamiento - No imitar a los turistas que corren a cien kilómetros: ¿qué les queda del paisaje? No aceptando siempre de plano la verdad de lo que se lee - No ser esclavo del *magister dixit*.

«Hay que hacer con el buen libro lo que los perros con los huesos, que los quiebran para sorber la médula. [...] Leamos y meditemos para no polarizarnos. La conmoción cerebral debida a la aportación diaria de especies científicas o artísticas se asemeja a la agitación del agua madre de una solución salina: estorba a la cristalización definitiva y a la petrificación de la máquina pensante.» (Cajal)

«El maestro que enseña a leer, sin hacer comprender y sentir, ara pero no siembra.»

Leer siempre un poco en voz alta<sup>23</sup> - Ventajas - Efectos varios.

Aprender algunas cosas, bien escogidas, de memoria, v.gr.: grandes pensamientos, máximas, poesías, fábulas, etcétera.

23. Anunciar que en otra conferencia nos ocuparemos del arte de leer en alta voz: pronunciación, pausas, entonación, expresión, etc. Recomendar desde ya *El arte de la lectura* de Legouvé.

«Una página de prosa o de poesía, bella y rica de lenguaje, que imprimís en vuestra memoria, que os apropiáis, que asimiláis de tal manera que os parezca pensamiento, música, arte, vuestros, os servirá más que cien lecturas, más que un monte de notas, más que un mes empleado en hojear diccionarios... Cada pasaje de escritor que yo sé de memoria es, para mí, como un amigo y un maestro de idioma que me acompaña por todas partes, siempre dispuesto para alegrarme o enseñarme alguna cosa.» (E. de Amicis)

*Releer:* Se aclara lo leído, se comprende mejor y se facilita el recuerdo. «En la edad madura y en la vejez releer también para compararnos con nosotros mismos» (E. Faguet).

Tomar notas o hacer resúmenes. No hacerlo cansados, sino con la mente fresca para elegir lo que conviene y hacer bien la síntesis.

Subrayar párrafos - Anotaciones al margen - Anotar en la carátula interna o detrás del índice el número de las páginas anotadas y subrayadas que interese releer para no perder tiempo buscando.

c) *¿Cuándo, cuánto, dónde, para qué leer?* Respetando las reglas de la higiene espiritual (que va unida a la física).

En la escuela *evitar que el libro*, por ser dado antes de tiempo, *se interponga entre la realidad y el niño*, vale decir, que debe usarse cuando la palabra escrita despierte imágenes concretas gracias a que el estudio por medio del libro ha sido precedido por la intuición u observación directa de las cosas o fenómenos respectivos. Así no se falseará el alcance, ni la acertada comprensión de lo leído, ni el criterio del lector. Se tendrá, al leer, lo ya enunciado como importante: *la visión interna* de lo que se lee.

No «tragrar y tragar» sin descanso. Evitar la fatiga dañosa, no el trabajo metódico perseverante que habitúa al esfuerzo razonable, necesario en la vida. Peor si la fatiga se produce por lecturas frívolas que no dejan rastro o porque el exceso hace que una idea borre la otra.

«Se ha de leer mucho, pero no muchos libros. La lectura es como el alimento: el provecho no está en proporción de lo que se come, sino de lo que se digiere.» (Balmes)

«Ayunar» de vez en cuando como higiene mental. Hay intoxicaciones y se adquieren taras intelectuales, morales y estéticas, como las hay físicas. Los falsos eruditos - Los simuladores del saber - Los divagadores - Los que se expresan «en sabio» incomprensible - Los «floripondios», etcétera.

Leer en ambiente favorable: aire, luz, confort posible, y respetando otras reglas higiénicas.<sup>24</sup>

24. 1º Cuida tu vista; depende de ella parte de tu confianza y buen éxito en la vida; 2º mantén la cabeza erigida mientras lees; 3º ten el libro a una distancia de 35 centímetros de los ojos; 4º procura que la luz sea clara y buena; 5º no leas en la penumbra, en un vehículo en movimiento o acostado; 6º no leas con la luz del sol directamente sobre el libro; 7º no recibas la luz de frente mientras lees; 8º evita el uso de libros o periódicos impresos en tipos excesivamente pequeños; 9º descansa la vista a menudo, apartándola del libro; 10º cuida que la luz venga de atrás o por encima de tu hombro izquierdo; 11º lávate los ojos con agua pura por la mañana y por la noche; 12º nunca te frotes los ojos con la mano, ni con una toalla o pañuelo que no estén absolutamente limpios (de una publicación oficial estadounidense).

«Este trabajo de la lectura no es obligatorio hacerlo en la casa a puerta cerrada. Se lee muy bien al aire libre, bajo una roca, a la sombra de un árbol; los hermosos lugares, la luz y sus juegos estimulan, llena de claridad. La paz de los campos ayuda al recogimiento y a la meditación; pero tened siempre a mano lápiz y papel. Si el libro os pertenece, tomad nota en las hojas agregadas o en las márgenes.» (Mlle. Dugard)

Leamos para obtener los beneficios enunciados en el apartado II.

*Pero, ¡cuidado!*

«La lectura puede ser la forma más peligrosa de la pereza porque el perezoso que no hace nada puede sentir remordimiento y salir de su inercia; pero si lee llegará a creer que trabaja y su pereza no tiene remedio.» (Payot)

«El hábito de leer mucho, y superficialmente, debilita el espíritu más que la falta de lectura, pues concluye por convertirse en una necesidad, como el hábito de fumar, y en una excusa para la pereza intelectual. El conocimiento así absorbido no hace más que atravesar el espíritu como el agua atraviesa una capa de arena sin hacer germinar nada en ella.» (F.V. Robertson)

#### IV. INDICACIONES VARIAS

Cómo leer revistas, diarios, folletos, etc. - Qué se debe guardar y cómo - Los diarios y revistas como enemigos del libro.

Recortes - Cómo conservarlos, ordenarlos y clasificarlos - Archivo «decantador» y archivo definitivo.

Cómo hallar fácilmente todo lo que se ha leído, anotado, archivado, en libros, folletos, papeles sueltos, etc., sobre los asuntos que más nos interesan y a través de los años (mueble, fichas, índices, carpetas, cajas, etcétera).

#### V. SUGESTIONES COMPLEMENTARIAS RELACIONADAS ESPECIALMENTE CON EL NIÑO, LA ESCUELA Y EL MAESTRO

¿Se cultiva en la escuela el amor a la lectura, a la buena lectura, desde el primer grado? Generalmente no - ¿Por qué?<sup>25</sup>

¿Se despierta «el apetito» por el libro? ¿Se lo satisface bien después? ¿Cómo? ¿Qué libros se ponen al alcance del niño?

*Las bibliotecas infantiles*, de aula, de la escuela, populares. Las llamadas «agresivas».<sup>26</sup>

No deben dejarse a la mano libros «no aptos para la alimentación». Si se

25. Véase a continuación el plan sobre «Los textos de lectura», p. 529.

26. Véase en este volumen el artículo «Las bibliotecas infantiles...», p. 534.

prohíbe, y hasta se castiga por ley, el expendio de alimentos malsanos para el cuerpo y en las farmacias la venta de tóxicos, ¿cómo permitir que se ofrezcan venenos espirituales en las bibliotecas? ¿Por qué los libros insulsos, inocuos, frívolos habiendo tanto bueno de que disponer?

Referir lo que inicié con el «Club de Madres».

Hacer amar al buen libro es entregar al niño y al joven un foco inextinguible de luz que, iluminando su camino, le permitirá elegir la senda que más le conviene.

Las lecturas especiales como medio de educación moral y estética.<sup>27</sup> Recordar sintéticamente las reglas principales del «arte de leer». Cómo interesar la inteligencia y cómo hacer vibrar el corazón de niños, jóvenes y adultos. Es fácil si vibra uno mismo.

*Reflexionen sobre todo lo que precede, maestros, y piensen que nuestra misión no puede considerarse «apostolado» si olvidamos el cumplimiento perseverante de ese y otros deberes...*

¿Qué han leído y qué leen los maestros?<sup>28</sup> Enriquezcan y embellezcan su alma incesantemente y verán cómo obtienen más éxito en la escuela y serán más felices a pesar de los desengaños. ¡Estudien siempre, maestros!

## VI. PENSAMIENTOS A MEDITAR O COMENTAR

«Cuerpo sin alma es una habitación sin libros.» (Cicerón)

«Una casa sin biblioteca es una casa sin dignidad.» (E. de Amicis)

«Velamos sobre la simiente que confiamos a la tierra y no nos ocupamos del alma humana sino cuando el sol de la juventud ha pasado. Si de mí dependiera sembraría libros en la tierra como en los surcos se siembra trigo.» (Horace Maun)

«El que lee un libro con todos los antecedentes para comprenderlo, sabe tanto como el que lo escribió, pues este dejó consignado en sus páginas cuanto sabía sobre la materia.» (Sarmiento)

«Un libro es una enseñanza y un ejemplo. Es luz y revelación. Fortalece las esperanzas que ya se disipaban, sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscan su camino a través de las sombras del espíritu o de las dificultades de la vida.»

«Cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura estoy predispuesto a pensar bien de él. Leamos para ser mejores, cultivando los nobles sentimientos, ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores antes que vayan, con perjuicio nuestro y de los otros, a convertirse en nuevos actos.» (Nicolás Avellaneda)

27. Véase el Plan sobre Educación estética, en la parte pertinente, p. 327.

28. Véase en este mismo volumen el artículo «La biblioteca especial de un educador», p. 205.

# Los textos de lectura

## Plan para una conferencia

### TEMARIO

Criterio con que deben elegirse. - ¿Por qué se lee mal? - Fallas de que adolecen los textos de lectura rudimentaria y los de lectura corriente. - Consecuencias. - Observaciones varias. - Los textos «baratos».

Un libro diminuto que inspira una idea poética, que sugiere un bello sentimiento, que remueve el alma infantil, vale mucho más, para la infancia y la juventud, que todos los libros repletos de nociones necesarias.

ANATOLE FRANCE

1. La lectura debe contribuir a todo el fin de la escuela, siendo:

- a) Medio de educación física, mental, moral y estética.
- b) Medio de instrucción concreta.
- c) Medio de autoeducación (por *a* y *b*).

(Explicar brevemente los tres aspectos.)<sup>29</sup>

2. ¿Egresan siempre los alumnos de los grados elementales sabiendo leer con inteligencia y sentimiento y amando la lectura, la buena lectura?

No siempre y no adelantamos como debiéramos.

Causas: El método y los textos empleados. Ambos deben consultar el fin de la escuela y la psicología del niño y eso se olvida con frecuencia. Se aplica generalmente mal el método de palabras generadoras. En los textos los autores suelen no cuidar más que el orden lógico de los ejercicios (y eso solo los mejores autores), olvidando todo lo que tiende a realizar lo enunciado en a), b), c), del punto 1. Solo

29. Véase el plan de la conferencia sobre «El libro, el progreso y el bienestar individual y colectivo» (p. 521).

les preocupa la faz mecánica de la lectura. *No se acuerdan de hacer amable el libro.* Esto tanto en los textos de lectura rudimentaria como en los de lectura corriente.

Así, por ejemplo, *no atienden*:

- a) Al interés (eje de todo). No provocan la curiosidad: por lo tanto no favorecen la atención *espontánea*.
  - b) A la formación mental, moral y estética. Por la desacertada elección de los asuntos, la manera de tratarlos, la graduación de las dificultades y el estímulo para vencerlas por el esfuerzo propio agradable, etcétera.
  - c) Al lenguaje: por la expresión variada, vivaz, natural, clara, sentida, etcétera.
  - d) A la cantidad, además de la calidad y variedad, de las lecturas que contiene el libro.
  - e) A las condiciones materiales y estéticas (formato, papel, tipos, ilustraciones, color, encuadernación, etcétera).
3. ¿Por qué fallan en lo que precede los textos de lectura rudimentaria?
- a) Por la abundancia de sílabas, palabras y frases sueltas (a veces rebuscadas, difíciles, sin uso).
  - b) Por la escasez o exclusión de frases relacionadas entre sí.<sup>30</sup>
  - c) Por la frialdad, inutilidad, nimiedad, etc. de la mayoría de las frases (inadaptadas al gusto, necesidades, comprensión, etc. del niño).
  - d) Por dejar demasiado a la improvisación del maestro, a quien poco ayuda el texto.
  - e) Por la mala graduación de los pasos y dificultades.
  - f) Por no percibirse bien el método.
  - g) Por la mala elección de las palabras (inclusive las generadoras).
  - h) Por no repetir suficientemente los ejercicios (sin matar el interés).
  - i) Por el exceso de «desmenuzamiento» de los pasos y la inclusión de «gramática» extemporánea y aburridora.
4. ¿Por qué fallan los textos de lectura corriente?
- a) Por falta de un plan meditado al elegir los temas, tomados al acaso, sin consultar necesidades o conveniencias, sin proporción entre los especialmente instructivos, los morales emotivos, los mixtos, etc. - Los simplemente amenos pero no «tontos» son admisibles - Otros temas inadecuados.
  - b) Por carencia de asuntos de los cuales no debe prescindirse, v.gr. los deberes cardinales de respeto a la verdad, justicia, bondad, tolerancia, solidaridad, ayuda mutua, amor al trabajo, civismo, patriotismo, hogar, higiene, respeto por los seres inferiores. Voluntad, carácter, belleza, etcétera.
  - c) Porque aun existiendo esos asuntos, se hallan tratados fríamente o dogmatizando (estilo *sermón*), en vez de sugerir, interesar, emocionar - Sin

30. Esto es más digno de tenerse en cuenta si se considera cómo egresan los maestros de la Escuela Normal sin haber podido ser suficientemente ejercitados en la escuela anexa. Esa falla es doblemente grave en los comienzos de la enseñanza, dada la gran dificultad para formular frases adecuadas, y a la vez relacionadas entre sí, por disponer de pocas letras para las combinaciones.

amenidad en el fondo, ni en la forma - Fuera del alcance del niño - A veces absurdos, inverosímiles.

- d) Porque suelen contener gracias o chistes burdos, grotescos, hasta inmorales.<sup>31</sup>
- e) Por carecer, en el lenguaje, de variedad suficiente que permita cultivar las distintas formas de expresión y por lo tanto el interés, la naturalidad, el buen gusto - Sin sencillez, ni claridad - A veces con fantasías inoportunas, «floreos» literarios, etcétera.
- f) Por tener abundantes incorrecciones de lenguaje. (Esta es la falla en que más suelen fijarse algunos críticos, exagerando a veces y olvidando los demás esenciales requisitos.)
- g) Por escasez de material de lectura. (Preferible es que sobre;<sup>32</sup> el único perjudicado sería en todo caso el autor o editor.)
- h) Por exceso de capítulos cortos o carencia de otros un poco extensos que permitan ejercitar la atención sostenida, o completar informaciones y enseñanzas de interés.

#### 5. Consecuencia fatal de las fallas enumeradas:

No pudiendo el niño seguir con el pensamiento y el sentimiento las palabras, frases y párrafos, se habitúa a leer automáticamente, sin comprender, sin reflexionar, sin la «visión interna» de lo que lee, sin sentir; por lo tanto sin que la lectura deje en su espíritu suficiente rastro útil, sano, educador, etc. Y ese hábito lo acompañará, posiblemente, toda la vida. (Aclarar bien la importancia y gran trascendencia de este mal.)

#### 6. Observaciones varias:

- a) Abundan los textos, tanto de lectura rudimentaria como de lectura corriente, que no tienen fallas muy graves; no puede decirse que son malos. Apenas podrían llamarse «aptos para la alimentación» como se dice de ciertos comestibles; *pero no son recomendables*; y es lo que acontece con la inmensa mayoría de los aprobados por las autoridades con una inconsciencia o una indiferencia condenables - Perniciosas consecuencias.

*En materia de educación es una culpa dar lo que, no alcanzando a ser malo, es apenas regular o bueno, si se tiene lo que es mejor y excelente. (¿Daríamos a un niño leche impura y poco nutritiva teniendo a mano la que necesita?)*

- b) Necesidad de que en las escuelas normales se enseñe prácticamente a elegir y usar los mejores textos, teniendo principalmente en cuenta todas las indicaciones que preceden.

31. Existe una serie de libros, acaso una de las que más difusión alcanzaron en el país, que se caracteriza precisamente por esas fallas graves, sin tener ningún mérito que justificara su aprobación.

32. Un hecho injustificable, absurdo, suele producirse a este respecto. Maestros existen que rechazan u objetan un texto que reputan en general excelente, pero «que tiene demasiado material para ser leído en clase en un año». Es decir un vendedor honesto desairado porque ofrece docena y media de naranjas, y hasta dos, por el mismo precio que otro exige por una sola docena de igual y a veces inferior calidad. No inventamos. Podríamos concretar.

- c) Error que implica, en la actualidad, el hecho de que sean todos los maestros sin limitación quienes eligen los textos dentro de una lista no depurada en forma alguna; y absurdo criterio en virtud del cual ni los inspectores técnicos ni los directores intervienen en la elección de los textos.<sup>33</sup>
- d) El criterio del precio aplicado arbitrariamente a los libros. Inconvenientes graves si se tiene la obsesión ciega de la «baratura». Equivale a dar alimento que no nutre y que intoxica; pero, ¡como es barato...! Alpargatas en vez de zapatos de cuero... El médico indica un buen tratamiento, y el enfermo lo cambia por otro más económico; pero... no se cura o se agrava... ¡qué economía!  
(Experiencias de los años 1918 y los siguientes - Contarlas.)<sup>34</sup>

33. Es realmente extraordinario e inverosímil lo que ocurre en las escuelas de la Capital Federal desde hace algunos años. Reglamentariamente, lógicamente, por razones de sentido común, el director de la escuela y con igual o mayor razón el inspector técnico tienen el derecho y el deber de vigilar la conducta del maestro, de intervenir en las clases, en la manera de interpretar los programas y desarrollar los asuntos, corrigiendo errores, dando instrucciones hasta en cosas de menor cuantía aun respecto de la manera de tomar los niños la pluma para escribir, de tomar el libro al leer, de saludar al retirarse, o de atarse la corbata. En las propias clases de lectura criticarán al maestro la manera de explicar una palabra o de introducir un ejercicio o de dar entonación a una frase; y dejarán constancia escrita, si les parece, de lo que consideran una falla del maestro.

Todo eso no solo se tolera, sino que se considera necesario.

*¡Pero intervenir en la elección de un instrumento principal como es el libro de lectura, no...! ¡Hay que respetar la autonomía del maestro...! ¿Dónde quedan las declaraciones enfáticas en pro de los derechos del niño, en este caso el derecho a ser bien encaminado y a no ser intoxicado desde que empieza a leer?*

34. *Un poco de historia.* En noviembre de 1918, cuando los directores de las escuelas presididos por los inspectores técnicos habían ya elegido los textos para 1919 de entre la lista de los aprobados por el Consejo, este dictó inesperadamente una resolución rebajando la escala de precios de tal manera (los de primer grado no podían exceder de 60 centavos y 50 respectivamente para el público y el Consejo) que los mejores libros, bien editados, con ilustraciones abundantes y en colores, etc., como debía ser, sobre todo en los primeros grados, por razones obvias, quedaron excluidos. En cambio, textos que en el último concurso hasta entonces celebrado habían sido mercedosamente eliminados por la Comisión revisora (constituida por los tres inspectores técnicos generales) volvieron a entrar en la lista. Los directores tuvieron que elegir de nuevo entre estos, porque los autores y editores de los más adecuados y preferidos no quisieron acogerse a una segunda resolución del Consejo que les incitaba a «desmejorarlos» para poder rebajar el precio, medida extraña en flagrante contradicción con la Ley de Educación que le manda prescribir y adoptar los textos «más adecuados, favoreciendo su edición y mejora por medio de concursos u otros estímulos» (Art. 57, inciso 5º).

Entre las múltiples reclamaciones que con tal motivo se presentaron y refiriéndose a la diferencia de precios determinante de la exclusión del libro bueno –diferencia que era solo de 15 a 30 centavos *por año*, nótese bien, *por año* y en libros que no alcanzan a valer 1 peso los más caros (grados inferiores)– la Liga Nacional de Educación decía al Consejo, en nota del 11 de marzo de 1919, suscripta por el presidente doctor José León Suárez, entre otras cosas interesantísimas e irrefutables, lo siguiente:

«[...] Y se trata de los niños que empiezan el aprendizaje y para quienes todos los perfeccionamientos materiales y didácticos deben procurarse, por razones obvias.

»¿Saca de apuros al pobre esa economía? Los pobres hasta ese punto, ¿no son los de matrícula gratis a quienes provee el Consejo y el sinnúmero de asociaciones protectoras del niño?

»Y si esa economía es despreciable en los dos primeros años de la escuela, los más concurridos, ¿no lo es mayormente en los otros cuyos alumnos pertenecen de más en más a clases acomodadas?

»Y aun cuando no fuese tan insignificante, ¿se tiene derecho de hacerla primar sobre consideraciones infinitamente más respetables y decisivas?

»¿Con qué se reemplaza lo que se le quita al niño al privarlo del mejor libro de lectura?

»¿Cuánto vale lo que deja de recibir en educación más perfecta, en instrucción más útil, en capacidad mayor para el trabajo, en la adquisición de conocimientos, hábitos y virtudes que lo harían más apto para labrarse la propia felicidad y concurrir al bienestar colectivo?

»¿Cuántos centavos vale eso? ¿En qué balanza se aprecia el peso de esos efectos del libro de lectura bien aprovechado, efectos que solo se atrevería a discutir quien no hubiese presenciado clases dadas con el libro mediocre y con el libro mejor, para notar la diferencia?

»[...]

»No podemos prescindir de una consideración más, de importancia grande, por su repercusión no solo sobre la lectura en la escuela, sino sobre todo el trabajo de la misma, por cuanto afecta a lo que es el alma de la institución: el maestro.

»El libro de lectura es uno de los auxiliares más preciosos, a todos necesario; a los maestros jóvenes, que

### 7. Consideraciones finales. Recordar:

- a) Que la inmensa mayoría de los niños egresa muy temprano de la escuela, sin siquiera completar los grados elementales.
- b) Que, en consecuencia, eso obliga doblemente a enseñarles a leer con inteligencia y a hacerles amar la lectura como el más precioso instrumento de *autoeducación*, y sería indisculpable no tenerlo presente.

---

son los más, indispensable; para todos, insustituible. Los mejores textos facilitan la tarea, la orientan, aseguran su eficacia. El libro inferior, porque ofrece poca variedad de temas, escaso material, ausencia de tópicos esenciales; porque carece de interés, de vida, de color, de belleza, de sugerencias múltiples que dan temas a lecciones ocasionales fecundísimas; que no excita la inteligencia provocando la reflexión personal y el placer de pensar; que no hace vibrar en todo sentido el alma del niño hasta la emoción profunda a veces; ese libro priva al educador de sus recursos más deseables. El otro, el libro que no es malo, pero que carece de superioridad, es como el alimento que permite vivir, pero sin vigor, sin alegría, sin capacidad productiva para el mayor bien material o moral. No se ve que mate, pero tampoco que aumente la energía vital.

»Y el conocimiento de la lista de libros baratos, dentro de los cuales pudiera ser forzoso elegir, ha caído entre los maestros de inteligencia y corazón como una losa helada que aplasta y enfría sus entusiasmos.

»Ello repercutirá sobre toda la enseñanza, no solo porque con toda ella se vincula a cada rato la clase de lectura, sino porque el desaliento estará en el espíritu del educador y se hará sentir en el del educando».

*Una anécdota significativa.* En la segunda reunión celebrada para hacer la nueva elección dentro de la lista de libros baratos, invitados los directores a votar, dijo una directora, en tono irónico pero no exento de respeto y reflejando sincera amargura: «Señor Inspector: tenga Ud. la bondad de cerrar los ojos y de poner al acaso el dedo índice sobre la lista. El libro que Ud. señale así, ese elijo yo. Me es indiferente porque todos son malos» (auténtico).

Y 64 directores votaron por un libro nuevo que no conocían, porque aún no había sido publicado, pero que figuraba dentro de la lista de los adaptados al precio y aprobados por el Consejo. Los maestros lo suponían de antemano superior a los otros.

Actualmente la lista de aprobados contiene alrededor de 230 libros distintos. Examinados con un criterio medianamente severo, pero justo, acaso solo los 30 debieran quedar como recomendables. Y no es siempre sobre esos que recae la elección.

# Las bibliotecas infantiles como medio de cultura y base de las bibliotecas populares

Reflexiones sobre el uso de las bibliotecas. Proyecto para maestros y alumnos

*Septiembre de 1909*

## TEMARIO

El amor a la lectura, la escuela primaria y la biblioteca infantil. - Carácter que esta debe revestir. - La biblioteca «agresiva». - El bibliotecario educador. - El *storyteller* o narrador de cuentos. - Acción de las escuelas normales y de las autoridades escolares.

Creemos en el apostolado de la biblioteca. A la instrucción enseñada opone la instrucción personal, a la cátedra la libre investigación. La biblioteca es escuela de iniciativa.

EUGÈNE MOREL

Cerca de medio siglo ha, escribía Sarmiento:

«No hace muchos años que Mr. Horace Mann, en una pesquisa practicada al efecto en el estado de Massachussets, hizo el desconsolador y alarmante descubrimiento de que en aquella república de casi un millón de habitantes entonces, no había más que *trescientas sesenta bibliotecas* al alcance de todos, y es curioso, para un sudamericano al menos, oírle tocar a rebato y poner el grito en el cielo al cerciorarse de aquel estado de atraso de su país, conjurando al pueblo y al Gobierno a poner término a tamaña calamidad, en tan elocuentes palabras, que las reprodujéramos aquí si tuviésemos a mano sus famosos informes de que alguna vez dimos cuenta».

Y agregaba:

«Trescientas sesenta bibliotecas harían la gloria de Sudamérica con veinte millones de habitantes y con un mundo por morada. No hay, que yo sepa, en la vasta extensión, ni entre tantas ciudades, no digo trescientas, dudo que haya... itreinta! Si no, contemos con los dedos...».

Y pensar que después de cincuenta años de enormes progresos son aplicables a la ciudad más grande de Sudamérica, con mucho más del millón de habitantes a que no alcanzaba el Massachussetts, las palabras de Sarmiento que cabe parodiar diciendo, por ejemplo:

¡Qué gloria para Buenos Aires si tuviese treinta bibliotecas populares...! ¡Un número diez veces menor que el que causara el espanto de Horace Mann!

Bueno, pues, hay que empujar de nuevo. Y ya que el ministro de Instrucción Pública, doctor Naón, ha iniciado el impulso con su decreto del año pasado,<sup>35</sup> secundemos los educadores el propósito, que nadie más que nosotros tiene el deber de hacerlo.

Creo que una de las razones por las cuales aquí casi no hay bibliotecas y las pocas existentes prestan tan escasos servicios consiste en que las escuelas, tanto primarias como secundarias, poco hacen por favorecer el amor a la lectura y menos por crear el hábito de la biblioteca.<sup>36</sup>

Podría objetarse que mal puede la escuela crear ese hábito si las bibliotecas no existen, y caeríamos en un círculo vicioso.

Y bien; si no existen en la forma conveniente, menester es crearlas; pero crearlas y organizarlas con un concepto más amplio y preciso a la vez que el dominante.

Uno de los más grandes propagandistas de las bibliotecas y creador del sistema de clasificación decimal, Melvil Dewey, decía que sabemos todos por experiencia que la gran puerta del alma humana es el ojo y no el oído. Los libros, los diarios, las revistas, tienen sobre el curso de los acontecimientos una acción mucho más eficaz que los sermones, los discursos, las conversaciones. En una encuesta reciente hecha con mucho cuidado por hábiles educadores, se indagó qué era lo que ejercía mayor influencia sobre la vida del niño y se reconoció que no era el padre, la madre ni la escuela, sino la lectura.<sup>37</sup> Por lo cual el mismo Dewey protesta cuando oye decir que la biblioteca es un auxiliar útil de la escuela, como un laboratorio o un gimnasio. Él coloca a las dos instituciones a la par una de otra, frente a frente. «Una biblioteca es una escuela. Un bibliotecario es un educador en el sentido más elevado de la palabra.»

Y sabido es cuánto hacen ingleses y estadounidenses por ajustar los hechos a estas convicciones.

35. Decreto del 3 de julio de 1908, creando la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares que preside actualmente el doctor Manuel A. Montes de Oca. Véase *Boletín de Instrucción Pública* n° 1, p. 3.

36. M.W.R. Forwood, *chairman* de Liverpool, escribía en 1903, al frente del informe sobre la biblioteca libre de esa ciudad: «La biblioteca libre es el complemento natural y necesario de nuestro sistema de educación. Instruir a nuestros ciudadanos en las escuelas hasta una altura dada y no darles ninguna oportunidad de continuar, de completar, esa instrucción, haciéndola dar su fruto en las tareas comunes de la vida, sería estar loco, absolutamente loco».

Y Laboulaye: «Cuando se haya generalizado la educación, nada se habrá hecho si no se comunica a las gentes el gusto por la lectura.

»Cuántas veces he oído decir a los obreros y los paisanos:

»"Mi hijo marcha bien, va a hacer su primera comunión; tiene ya doce años, no irá más a la escuela, ha concluido su educación".

»¡Desgraciado! No la ha comenzado aún: se le ha dado solamente el medio de instruirse.

»Pero el padre no comprende esto; el niño se va al campo o al taller, no lee ya; el fruto de la enseñanza se ha perdido». (Discurso al inaugurarse la primera biblioteca popular de Versailles.)

37. Véase *Les bibliothèques populaires*, de Mauricio PELLISSON, p. 18.

Omer Buyse,<sup>38</sup> después de visitar las bibliotecas infantiles de Estados Unidos, dice de ellas que las considera como la más tocante expresión del respeto al ser humano y del cuidado por la educación de la raza. Por eso ensalza a Carnegie cuya munificencia, dice, ha creado en la ciudad de Pittsburg la primera institución que enseña al pueblo a leer poniendo al alcance de todos los niños libros bien escritos apropiados a su edad y a su situación social. Ciudad de 300.000 habitantes, tiene, fuera de la gran biblioteca central, *siete* más, estratégicamente distribuidas, con salas especiales para niños y nada menos que *ciento cincuenta* depósitos en diversos puntos de la ciudad, de modo que el libro sale al encuentro del niño a la vuelta de cada esquina.

Y bien; debemos contribuir a que se cree y difunda entre nosotros un tipo de biblioteca equivalente al que triunfa hoy en los Estados Unidos. No la biblioteca fría, indiferente, mero almacén de libros amontonados de cualquier manera y en cualquier local, abierta acaso a horas intempestivas y dirigida por quienes tal vez ni sospechan la verdadera misión que les incumbe, sino la biblioteca que se ha llamado gráficamente «agresiva», que por múltiples medios provoca al niño, incitándolo a concurrir, sea para leer allí mismo, sea para recoger el libro que leerá en su casa.

He aquí algunas condiciones que debe llenar:

I. *Local adecuado*: ha de reunir requisitos especiales de confort, con muebles<sup>39</sup> ad hoc, mesas de lectura y sillas cómodas para diversas edades, luz y aire suficiente; fresco en verano, tibio en invierno, pisos silenciosos, paredes de colores alegres; flores, cuadros decorativos, etc. Todo dispuesto de manera que arranque al niño la exclamación: ¡Qué bien se está aquí!

II. *Que el niño encuentre fácilmente todo lo que necesita*: libros instructivos, de estudio o simplemente amenos, pero sanos; bien impresos, encuadernados, con ilustraciones; colecciones de láminas; mapas, periódicos, fotografías. Todo en armonía con sus gustos, aptitudes, necesidades; y al alcance de su mano, sea que venga a la biblioteca a pasar útil y agradablemente momentos desocupados, sea que llegue expresamente a preparar lecciones que la escuela le señale, composiciones, trabajos especiales, concursos.

*Los maestros deben poder utilizar estos elementos de trabajo* cada vez que lo hayan menester, sin perjuicio de las pequeñas bibliotecas que deben existir en cada establecimiento y si posible fuese en cada sala de clase.<sup>40</sup>

38. En el libro *Méthodes Americaines d'éducation générale et technique*, p. 178.

39. Nuestro distinguido compatriota el señor Ernesto Nelson, que desde Estados Unidos primero y aquí después, con la elocuencia y entusiasmo de un gran amigo de la educación popular y sembrador de ideas generosas, ha dado a conocer en correspondencias y conferencias tantas de las hermosas instituciones escolares norteamericanas, informa que en aquel país el problema del mobiliario para las bibliotecas infantiles ha sido objeto de estudios especiales y resuelto admirablemente.

40. En los programas de las escuelas primarias de Estados Unidos se lee este tópico: «Enseñar a los niños el uso de la biblioteca», y refiriéndose a esto dice Omer Buyse: «No es sin legítimo orgullo que el director de la escuela primaria conduce al visitante europeo a la biblioteca de la escuela, sala bien iluminada, bien decorada, que sirve a la vez de museo y de depósito de libros. Se encuentran allí, alrededor de mesas minúsculas, en pequeñas sillas o sillones, numerosos niños de una u otra clase, haciendo sus deberes o utilizando libros de referencia apropiados a las diferentes ramas de enseñanza. La institución guía la mano de las criaturas de seis a siete años, los debutantes, en la elección de los libros que se encuentran en la estantería, a poca altura del suelo, y les enseña la manera de usarlos; los que tienen ocho años van resueltamente a los estantes, toman deliberadamente el volumen señalado, apresuran sus trabajos, para consagrar el resto del

Esto supone una manera de entender y realizar el fin de la escuela que si bien suele ser proclamado de palabra por todos cuando se repite que aquella debe preparar para la vida completa, educar tanto o más que instruir, crear sanos hábitos, intelectuales, morales, etc., está lejos, sin embargo, de corresponder a lo que se hace en realidad.

Entre nosotros ocurre habitualmente una de dos cosas: o se lleva al extremo la prescindencia del libro dándose una enseñanza exclusivamente oral, de manera que el alumno no aprende a servirse del más precioso instrumento de que podrá disponer toda su vida; o se usa un texto único, con frecuencia mal elegido por el maestro o por la autoridad superior que lo impone; ese texto es seguido más o menos al pie de la letra, aun cuando se trate de ramas que suponen la observación directa de las cosas, la experimentación, el manejo de un instrumento.

Por excepción ocurre que además de usar como guía un texto bueno, que todos los alumnos de una clase tienen y estudian, se enseñe a ampliar lo que el texto contiene de otros libros, que se ponen al alcance de aquellos. Rara vez se hace investigar en diversas fuentes, como medio precisamente de enseñar a investigar, lo que vale más que la adquisición de un determinado conocimiento que mañana se olvidará.

La excelente práctica de repartir libros entre los niños para que los lean en sus casas, debiendo dar cuenta después, en clase, de su contenido o de parte del mismo, verbalmente o por escrito, y respondiendo, en ocasiones, a preguntas de antemano planteadas por el maestro y también por los mismos alumnos, rara vez se ejercita entre nosotros.

Por lo mismo, tampoco se indican libros para ser leídos como entretenimiento sano y agradable, historias, novelas, narraciones de viajes, etcétera.

Quien averigüe alguna vez tomando clases enteras, en grados superiores de las escuelas y más aún, en los cursos secundarios o normales, qué libros poseen o han leído los alumnos, sufrirá la más amarga decepción. Yo la he experimentado muchas veces.

Se comprende, pues, que no se piense en crear bibliotecas cuya necesidad no se siente.

III. *Bibliotecarios capaces*: el bibliotecario no puede ser ya una persona cuyas funciones se limiten a la tarea mecánica de entregar el libro que se le pida. Ha de ser un verdadero educador, penetrado profundamente [de la idea] de que su misión es análoga a la del maestro de escuela. Debe conocer la literatura escolar y a los niños; saber anticiparse a menudo a los deseos de estos, adivinarlos, proporcionarles el libro, la lámina, el mapa que pueden necesitar; decirles dónde hallarán lo que precisan para preparar sus lecciones, el trabajo escrito, la

---

tiempo a la lectura de alguna revista infantil u otra obra ilustrada; los grandes, de once a catorce años, miran desde arriba la torpeza de los chicos, y se conducen como lectores metódicos y avisados.

»Cada grado de estudio de las escuelas posee, además de su biblioteca de referencia, una biblioteca para préstamos a domicilio. Los libros, ajustados al grado de desarrollo y a los gustos de los niños, son de propiedad de la escuela o, más a menudo, un depósito frecuentemente renovado de la biblioteca para niños; los pequeños lectores se llevan las obras, las leen en su casa y dan cuenta de ellas delante de sus condiscípulos en las horas de recitación.

»En el corazón de ese mundo liliputiense, los maestros, realmente inventivos en el bien, deponen así el deseo y la curiosidad por informarse, instruirse, elevarse por la lectura. Son ellos los que dirigen el aprendizaje de ese gran pueblo lector y los que crean a los fieles de las bibliotecas públicas» (BUYSE, O., *op. cit.*, p. 36).

poesía que buscan. Ha de ser muy accesible, inspirar confianza por su afabilidad y buen humor, de manera que el niño vaya a él sin vacilar, cuantas veces lo necesite. Él mismo ha de saber acercarse espontáneamente al niño para decirle en ocasiones: «¡He aquí un libro nuevo que te interesa!», «¿Has leído esta historia?», «¿Conoces este periódico?», «¿Han visto estas láminas?», «¡Toma!, ¡Lee!, ¡Mira!».

El bibliotecario debe ser el alma de la biblioteca infantil.<sup>41</sup>

IV. *La hora de los cuentos*: es esta una feliz institución estadounidense.<sup>42</sup> A una hora convenida, en días señalados de la semana, una persona, generalmente una maestra con dotes especiales para leer o narrar historias, se presenta en una sala contigua a la biblioteca y allí, rodeada por los niños que acuden con entusiasmo, refiere cuentos o historias interesantes destinados no solo a cultivar el sentimiento o la inteligencia de aquellos o a transmitirles en forma amena nociones útiles, sino a acentuar su amor a la lectura y el hábito de practicarla.

Así por ejemplo, una vez se trata de una historia breve que termina en el acto mismo y enseguida se indica el libro en que el niño, ya interesado, hallará otras análogas, libro que, naturalmente, está ahí en la biblioteca saliéndose de los estantes para que el niño lo tome. Otras veces es una narración que se comienza en la hora de los cuentos y que se interrumpe, pero cuando el interés por conocer el resto se ha despertado, de manera que el niño acude enseguida a los estantes, retira los ejemplares que también están allí esperando para que con ellos satisfaga su curiosidad, continuando solo la lectura de la historia comenzada por el *story-teller*. Las historias se complementan con proyecciones luminosas o con toda otra forma adecuada de ilustración.<sup>43</sup>

V. *Pequeñas fiestas*: de tiempo en tiempo deben celebrarse actos públicos con música, representaciones dramáticas, recitaciones, cantos, etc., con asistencia de las familias, todo lo cual contribuye a que la biblioteca se rodee de los prestigios que la hacen amada y, por lo tanto, concurrida con regularidad.

He ahí cómo el niño que acaso sin saber leer todavía empieza a concurrir a la biblioteca porque allí encontrará libros o revistas con láminas que hablan por sí o personas que le refieren cuentos interesantes, y sigue concurriendo después, alumno adelantado, en busca no solo de historias o lecturas con proyecciones lu-

41. Como ejemplo de la trascendencia que pueden alcanzar sus funciones, léase lo que refiere el ya citado Omer Buyse:

«Uno de los deberes más importantes de los bibliotecarios es la visita a los padres de los niños que frecuentan la biblioteca. Van con diversos pretextos: para hacerles firmar un formulario, informarse de los motivos por los cuales los chicos se han ausentado de la sala de lectura, etc. El objeto verdadero es conocer las condiciones de vida de los niños, informarse de sus lagunas intelectuales y morales, para tratar de suplirlas por la lectura. Los bibliotecarios no son simples conservadores de libros, sino médicos morales, educadores en el sentido más elevado».

42. La misma idea habían tenido en Francia aplicada a los adultos. Hace unos cuarenta años, al inaugurarse, con la asistencia de Laboulaye, la biblioteca popular de Versailles, Mr. Édouard Charton, que presidía, dijo en su discurso:

«Se van a establecer próximamente, en el local de la biblioteca, lecturas en alta voz, con el fin de dar a los oyentes el gusto de ciertas obras y el deseo de pedir las prestadas para leerlas».

43. Estos *storyteller* suelen ponerse a la disposición de las escuelas, a donde se trasladan para contar, dejando en las clases colecciones de libros que se prestan a los alumnos. También suelen trasladarse a las plazas especiales de juegos, durante las vacaciones, y allí distraen a millares de niños con sus narraciones, empujándolos de esa manera hacia los libros en las horas desocupadas.

minosas, sino de libros, cuadros, mapas y otros elementos de estudio que facilitan su trabajo en la escuela o satisfacen su deseo de saber más, hábilmente estimulado por el maestro; ese niño, digo, habrá adquirido el hábito de recorrer el camino de la biblioteca y, joven o adulto mañana, continuará siendo asiduo concurrente, si se tiene la previsión, y es deber imperioso tenerla, de crear bibliotecas en todas partes, de fácil acceso y en las cuales el adulto ilustrado o el obrero más modesto encuentren cada uno las obras científicas, literarias, artísticas que deseen, para pasar sana y agradablemente unas horas con lecturas que eleven su nivel intelectual y moral y además, lo que hoy no sucede, abundantes publicaciones de referencias corrientes. Debemos tener lo que Morel denomina las *bibliotecas de laboratorio* de la vida moderna y en ellas han de figurar las grandes guías generales, anuarios, almanaques, tarifas, mapas y catálogos –no de bibliófilos sino de comerciantes– indicadores, estadísticas, junto con los últimos diccionarios enciclopédicos, diarios, periódicos, revistas técnicas, de artes y oficios, manuales prácticos, etc., todo a la mano, que pueda verse fácilmente, sin intermediarios.

De las escuelas normales puede salir el más eficaz impulso en pro de las bibliotecas infantiles. Anexa a cada instituto de maestros debe funcionar una de esas bibliotecas modelo del carácter descripto. Así, los futuros educadores apreciarán de cerca los incalculables beneficios de las mismas y se ejercitarán en las prácticas respectivas. La Escuela Normal debe ser el almacén de futuros bibliotecarios infantiles y también para las populares en general.

Bastaría agregar un curso complementario, breve, sobre organización y administración de las bibliotecas y cuidar especialmente el arte de la lectura y todo cuanto sirva para preparar al «narrador de cuentos». Huelga decir que esto último debe formar, de todas maneras, parte principal de las aptitudes de todo maestro.

Cada graduado podrá se mañana un propagandista convencido y hábil, que lleve la semilla a todas partes, contribuyendo así a que antes de muchos años se vean realizados los bellos ideales a que responde el decreto ministerial aludido al comienzo de este artículo. Y no solo tendremos bibliotecas populares para adultos, sino las grandes y pequeñas bibliotecas infantiles, los depósitos de préstamo, las bibliotecas circulantes y a domicilio, los clubs de lectura, etc., todas creaciones hoy admirablemente realizadas en Estados Unidos.

No es pecado incurrir en el optimismo de creer que eso llegará para nosotros también.

Winter Jones, presidente de la Conferencia Internacional de Bibliotecas celebrada en Inglaterra en 1877, decía en el discurso de apertura: «Antes de pocos años las ciudades se impondrán por sí mismas contribuciones para fundar bibliotecas, como lo hacen para la distribución de agua o para el servicio de incendios y la biblioteca será, como la escuela y los diarios, uno de los grandes factores morales e intelectuales de la comunidad».

Y Eugéne Morel<sup>44</sup> ha podido escribir ahora con verdad: «El tiempo ha llegado,

44. Bibliothèques, París, 1908.

después de medio siglo de esfuerzos –que triunfan hoy en Inglaterra y Estados Unidos–,<sup>45</sup> de concebir la lectura como un servicio público, municipal, análogo a los hospitales, la luz: la del gas; la higiene: la del cuerpo».

Por mi parte, me propongo crear, tan pronto como obtenga los elementos necesarios, una biblioteca infantil que funcionará en la escuela normal que dirijo, sirviendo a los alumnos de la escuela primaria anexa y también a los de las escuelas públicas vecinas.

Entre tanto he organizado, a título de ensayo, un modesto curso de «biblioteconomía» –acaso el primero abierto entre nosotros– destinado a un grupo de alumnos normales que concurren voluntariamente y los cuales podrán adquirir, junto con especiales aptitudes relacionadas con la organización y administración de las bibliotecas, cierto conocimiento concreto, que les será utilísimo, de la literatura de su especialidad. Dividida la biblioteca en secciones armónicas entre sí, los alumnos normales pasarán por turnos por todas ellas, con lo que, a la vez de adquirir aptitudes técnicas especiales, facilitarán simultáneamente el servicio de la biblioteca, supliendo en parte la carencia de empleados especiales, rentados.

Se ha adoptado el sistema de clasificación decimal combinado con el de la ficha o tarjeta suelta, todo ello bajo la dirección desinteresada de un especialista tan entusiasta como competente: el ingeniero señor Federico Birabén, gran propagandista de ese sistema entre nosotros.

He organizado, además, un pequeño curso de lectura expresiva, primer paso en el sentido de preparar nuestro *storyteller*.

Considerando que algo análogo puede hacerse sucesivamente en todas las escuelas normales, repito que así contribuiríamos eficazmente a convertir en hermosa realidad la vieja aspiración de Sarmiento y de cuantos desean ver desarrollado el hábito de la buena lectura como factor principalísimo de progreso individual y social.

Por fin y sin perjuicio de estimular en todas las formas la acción privada y de asociaciones, las autoridades escolares completarán la obra en todas partes creando bibliotecas para maestros, para alumnos y populares. Algunos consejos escolares de esta Capital tienen bastante adelantado en ese sentido.

Por las indicaciones prácticas que contiene y por si pudiesen ser útiles, transcribo a continuación de este artículo un proyecto que formulé y presenté en comisión con los señores Federico Birabén y Salvador Barrada al Primer Congreso de Bibliotecas Argentinas, celebrado en Buenos Aires en noviembre del año pasado, proyecto que fue aprobado por unanimidad.

45. En 1900 había en Estados Unidos 5.383 bibliotecas de más de mil volúmenes y 9.261 menores, con un total de noventa a cien millones de volúmenes y fuera de toda donación o entrada particular el impuesto especial para las bibliotecas producía 6.000.000 de dólares, alcanzando la compra anual de libros a la suma de 2.500.000 dólares. Esa cantidad debe estar muy aumentada hoy.

En las cifras arriba citadas no están comprendidos 7.503.588 folletos ni 1.357 bibliotecas escolares y de sociedades.

Hoy la más pequeña ciudad posee su segundo templo: la casa de lectura con sus tres salas: 1ª diarios y revistas, a la entrada; 2ª sala de préstamos, al lado o arriba; 3ª sala de referencias donde se leen los libros que no se prestan y donde se hallan los últimos anuarios, mapas, guías, indicadores, todo el material impreso más reciente, necesario a la vida práctica. Casi siempre existe una 4ª sala: *juvenile room*. A veces una 5ª para *la-dies*. Y están abiertas sin interrupción, desde las 9 de la mañana.

Es frecuente hallar también, anexo a la biblioteca, salas de baños, piscinas, gimnasios, un auditorium, sala para conferencias, proyecciones luminosas, un patio y jardín para sentarse a leer.

Esa transcripción me evita alargar este artículo extendiéndome sobre algunos tópicos, importantes también, que el proyecto contiene. Son, por lo demás, ideas que no necesitan comentario; su bondad surge de por sí, hallándose encuadradas dentro del concepto que de las bibliotecas acabo de exponer.

Sobre un punto no más quiero agregar dos palabras:

Es lo más común hallar que el afán de los bibliotecarios es enriquecer la biblioteca, con el mayor número posible de obras distintas; su ideal supremo sería, acaso, que ninguna obra aparecida en el mundo dejase de estar representada en los estantes.

Pero ocurre en todas las bibliotecas, sobre todo en las especiales, v.gr. para maestros o para niños y en las populares también, que hay cierta clase y número de obras muy solicitadas, otras que lo son menos y muchas que duermen eternamente en los estantes. Consecuencia: las primeras no están nunca disponibles, el interesado se cansa de esperar, la biblioteca le resulta inútil y no vuelve a ella.

¿Por qué no sacrificar aquel prurito de tenerlo todo, al más racional de poseer abundantes ejemplares repetidos de lo que a todos interesa leer y de lo que interesa que todos lean? Resérvese lo otro para determinadas bibliotecas adonde acudirán los que lo necesiten.

Seamos sensatos y prácticos, subordinando la organización de las instituciones al fin principal que con ellas se persigue y no a puntos de vista particulares de menor importancia.

## PROYECTO SOBRE BIBLIOTECAS DE MAESTROS Y ESCOLARES

Considerando que la eficacia de la acción de las bibliotecas para maestros y para escolares depende en gran parte de su mejor ubicación, al alcance inmediato de los interesados, así como también de la dotación y organización especiales a que deben responder, el *Congreso de Bibliotecas Argentinas* recomienda la realización del siguiente:

### PROYECTO

#### I. Bibliotecas para maestros

Art. 1º: El Consejo Nacional de Educación en la Capital Federal y poblaciones de su dependencia en el orden escolar y los consejos generales de provincia en las capitales y ciudades importantes respectivas establecerán, bajo la dependencia inmediata de la Biblioteca Central de Maestros, donde la hubiere, una biblioteca «por distrito», la que podrá tener sucursales en el mismo cuando las circunstancias lo requieran.

Art. 2º: Estas bibliotecas contendrán obras:

- a) de referencia (diccionarios, enciclopedias, etcétera);
- b) de ilustración general;
- c) especiales (didáctica, pedagogía general, metodología, psicología infantil, etcétera);

debiendo tenerse duplicadas en números suficientes de las que fueran más solicitadas.

## II. Bibliotecas escolares

Art. 3º: En cada escuela se creará una biblioteca infantil para uso de los alumnos, la que contendrá obras de estudio y de lectura ilustrativa y amena incluyendo, en abundancia, libros de cuentos, aun para los niños de grados inferiores.

## III. Disposiciones comunes

Art. 4º: Las obras a adquirir serán elegidas por el Consejo Nacional de Educación o los consejos generales de provincia, previo informe de la Biblioteca Central y de la Inspección Técnica respectiva; pero se invitará a los miembros del personal docente a que propongan las que consideren conveniente incorporar a las bibliotecas.

Art. 5º: Las bibliotecas serán circulantes y, siempre que se pueda, con servicio de lectura.

Art. 6º: La Biblioteca Central y la Inspección Técnica proyectarán y someterán a la aprobación superior la reglamentación del servicio de las bibliotecas para maestros y niños, en cuanto se refiere a horarios, préstamos, lecturas y consultas, deberes del lector, etcétera.

Art. 7º: El personal colocado al frente de las bibliotecas de que se trata será nombrado a propuesta de los consejos escolares respectivos, quienes deberán elegirlo de entre los miembros del personal docente. Los candidatos serán sometidos a un estudio previo de aprendizaje en la Biblioteca Central y a un examen de aptitud ante una comisión permanente, constituida por el director de la Biblioteca Central, un inspector técnico y un vocal del Consejo Nacional de Educación o del Consejo General de Provincia correspondiente.

Art. 8º: La Biblioteca Central formulará «listas permanentes» de obras para las bibliotecas de distrito y escolares, las cuales deberán tenerse siempre al día, y publicará un *Boletín bibliográfico*, periódico, con ligeras noticias sobre las obras recibidas, boletín que deberá circular gratuitamente en las escuelas.

Art. 9º: Al proyectar nuevos edificios escolares, las autoridades respectivas tendrán en cuenta la necesidad de incluir en ellos los locales para las bibliotecas.

Art. 10º: Cuando sea posible se construirán algunos edificios especiales que tengan anexos a la bibliotecas las dependencias que se requieran, a los efectos de celebrar en ellas conferencias, lecturas públicas para adultos y para niños, reuniones sociales, fiestas, etcétera.

## IV. Propositiones generales (extensión bibliotecaria)

Art. 11º: Las autoridades escolares superiores favorecerán:

- a) la celebración de conferencias y de lecturas periódicas públicas, para adultos y también para niños. A este último efecto, estimularán la formación

- de lectores especialmente preparados, a imitación de los llamados *storyteller* en los Estados Unidos;
- b) la publicación de obras originales de cuentos para niños o la traducción de las extranjeras existentes.

## NOTA DE LA COMISIÓN

### Bibliotecas infantiles «agresivas»

De acuerdo con las ideas expuestas en el artículo precedente, el señor Pizzurno presentó en octubre de 1909 al Congreso de Asociaciones Populares las siguientes proposiciones que fueron sancionadas por aclamación. Reproducidas nuevamente en mayo de 1910 ante el 2º Congreso de Bibliotecas Argentinas, fueron aprobadas en la misma forma.

*El Primer Congreso Nacional de las Asociaciones Populares*

Considera:

Que la eficacia de las bibliotecas infantiles, cuya propaganda profusa es necesaria, dependerá:

1º del amor a la sana lectura que la escuela fomente;

2º de las condiciones: higiénicas, de comodidad material y hasta estéticas, que los locales de las bibliotecas ofrezcan a los niños;

3º de la facilidad y rapidez con que los mismos puedan disponer de libros, mapas, láminas, etc., en armonía con sus gustos y necesidades, y ya los requieran como medio de simple distracción o para preparar las lecciones y trabajos de la escuela;

4º de las aptitudes especiales de los bibliotecarios, que han de ser verdaderos educadores;

5º del empleo de diversos medios capaces de atraer al niño a sus alas, verbigracia: pequeñas sesiones musicales o dramáticas, lecciones o lecturas amenas con proyecciones luminosas, cuentos, historias, particularmente a cargo de narradores especiales como los denominados *storyteller* de los Estados Unidos.

El Congreso considera también que las bibliotecas infantiles debidamente organizadas son el antecedente lógico que más influirá en el aumento y eficacia de las bibliotecas de adultos y populares, pues lo que podría llamarse «el hábito de la biblioteca» debe cultivarse desde la infancia.

## NOTA DE LA COMISIÓN

### Rectificando una imputación de «hurto literario»

Incluimos en este volumen, satisfaciendo un legítimo deseo del señor Pizzurno, el documento oficial que va a continuación. Se refiere a una injusta imputación de hurto o plagio literario aparecida en el Censo de la Educación (1910) y en el volumen aparte que fue profusamente repartido. El proyecto a que se alude es el

mismo que reproducimos en la p. 541 de este volumen. La nota del señor Pizzurno fue publicada por resolución del Ministerio en el Boletín Oficial del mismo y en pliego aparte también, que contenía la reproducción textual de los dos proyectos.

Excusado, es decir, que puesta en evidencia la torpeza de la imputación, el autor de la misma, doctor Lucero, guardó absoluto silencio.

Buenos Aires, 24 de septiembre de 1910

Exmo. Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública,  
Doctor Rómulo S. Naón

En el tomo III del Censo General de Educación de la República, en una nota bibliográfica N° 468, agregada a la monografía «Nuestras bibliotecas desde 1810» de que es autor el doctor Amador Lucero, director de la Biblioteca Nacional de Maestros, se me hace una imputación de «hurto literario» a propósito de un *proyecto de bibliotecas de maestros y escolares* publicado como apéndice de un artículo mío en el *Boletín de Instrucción Pública* de ese Ministerio, en el N° de septiembre de 1909, página 73 y antes en *La Universidad Popular* (junio de 1909). Ese proyecto fue presentado al Primer Congreso de Bibliotecas, inaugurado oficialmente por V.E., por una de las comisiones nombradas ad hoc.

La forma en que la imputación se me hace y sin acompañarla de la menor prueba me induciría a dejarla sin rectificar; pero el carácter oficial de la publicación en que aparece, el Censo, hecha bajo el patrocinio del Ministerio de Instrucción Pública, y el cargo de Director de Escuela Normal que desempeño, me deciden a dirigirme a V.E. para dejar bien establecida la verdad de los hechos.

Hela aquí:

1° Es absolutamente inexacto que el proyecto de que se trata haya sido copiado, ni siquiera imitado de otro alguno, inclusive, por cierto, el único proyecto del Consejo Nacional de Educación que yo conozco y que ignoraba perteneciese al doctor Lucero.

Adjunto copia del mismo para que pueda compararse.

2° El nuestro se formuló y se presentó al Congreso no por mí particularmente sino en comisión con los señores ingeniero Federico Birabén y doctor Salvador Barrada, todo lo cual consta en las publicaciones que el doctor Lucero cita,<sup>46</sup> resultando, por lo tanto, muy extraño el hecho de que se personalice conmigo. El proyecto se ha publicado no solo con mi firma, sino con siete más: las de los dos señores ya citados y de los doctores Miguel A. Lancellotti, Pedro A. Torres, Carlos N. Vergara y señores Agustín Solís y C. Toranzo Calderón (véase *La Universidad Popular* citada, p. 29).

La otra afirmación concreta fundada en la cita de Forwood, no referida a Morel, debo pasarla por alto. Puede comprobarse el valor de esa apreciación leyendo el artículo aludido (*Boletín de Instrucción Pública*, septiembre de 1909).

46. Véase *La Universidad Popular*, junio de 1909, pp. 17 y 29, y *Boletín de Instrucción Pública*, órgano del Ministerio de la rama, septiembre de 1909, pp. 72 y 73.

Debo agregar que se está haciendo oficialmente una traducción al francés de la obra del Censo, que contiene la monografía del doctor Lucero, y que se ha hecho una edición especial de la misma, que será distribuida también oficialmente por la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, circunstancias que contribuyen a agravar la situación incómoda en que tan gratuitamente se coloca a un funcionario dependiente del Ministerio de V.E.

En vista de todo lo expuesto, solicito de V.E. la resolución que estime procedente.

Saludo a V.E. con todo respeto.

PABLO A. PIZZURNO

*Publíquese en el Boletín de la Instrucción Pública*

Expediente P. 176.

4 de octubre de 1910

NAÓN

## Comparación de los dos proyectos

1º Son completamente distintos y en algunos puntos principales, contradictorios, v.gr. en las condiciones requeridas a los bibliotecarios (artículo 7º y artículo 3º, inciso 1º, respectivamente, de nuestro proyecto y del otro).

2º Solo son análogos en lo que no podían dejar de serlo, esto es: a) en que debe haber una biblioteca por distrito, lo cual está ya prescripto por la Ley de Educación de 1884 (artículo 42, inciso 4º); b) en que serán circulantes y todas tendrán ciertas relaciones de dependencia con respecto a la Biblioteca Central, relaciones que el buen sentido sugiere y que surgen, además, de la misma ley (capítulos VII y XII); c) en que se hace intervenir a la Inspección Técnica en la elección de los libros, lo cual se imponía de por sí y con mayor motivo a una comisión en la cual aquella oficina estaba representada por su jefe, el Inspector General, como pocos obligado a interesarse por la buena organización de las bibliotecas de maestros y escolares (compárense artículos 1º, 4º y 5º con 1º, 2º y 4º, los cuales, por otra parte, tienen notorias diferencias de forma y aun de fondo).

Descartadas esas inevitables analogías –y pudo haber muchísimas otras sin existir por eso «hurto» en un asunto tan trillado–, las demás disposiciones, absolutamente todas, de nuestro proyecto, artículos 2º, 3º y 4º, en su segunda parte, 6º, 7º, 8º, 9º, 10º y 11º, faltan en el otro que contiene ocho artículos, más 21 incisos, llenos de prescripciones y detalles reglamentarios de que el nuestro carece.

# Libros para bibliotecas infantiles

Cuestionario-guía elaborado por Pizzurno para la elección de libros infantiles

1920

## NOTA DE LA COMISIÓN

Con el objeto de facilitar a los padres de familia, a los maestros, a los consejos de educación, a los directores de bibliotecas y a cualquier interesado, la elección de libros para los niños sin exponerse a adquirirlos perjudiciales, inadecuados o de escaso valor, el señor Pizzurno reunió, a principios de 1920, a un grupo de educadoras, cuya colaboración solicitó y obtuvo, para formular, previo examen prolijo, una lista de obras dignas de figurar en las bibliotecas infantiles.<sup>47</sup> Poco después, en mayo de 1921, la benemérita institución «Club de Madres», de acuerdo con el señor Pizzurno, tomó a su cargo la continuación de la tarea. Un buen número de colaboradores<sup>48</sup> se prestaron gentilmente a examinar libros, tomando como guía un cuestionario orientador, para poder decir cuáles merecían entrar en la lista y cuáles debían excluirse. Presentados los informes por escrito, los libros aprobados fueron nuevamente examinados por un jurado permanente, presidido por el señor Pizzurno y constituido por las profesoras señora Josefina

47. Organizó igualmente una Biblioteca Infantil Modelo, con el concurso material de varias asociaciones cooperadoras de escuelas del Consejo Escolar XIV y con la ayuda generosa del señor Vicente Rotta que costeó de su peculio la excelente instalación. Funciona en un salón de la Escuela «Vicente López» y es atendida desinteresadamente con encomiable consagración e inteligencia por las maestras señoritas Fanny Grod-sinsky y Flora Antoniazzi. Como un anexo y complemento simpático de la acción educadora de la biblioteca, y por iniciativa de la señorita Adelia Di Carlo, se instituyó la llamada «Hora feliz», que consistía en reunir los domingos por la tarde a todos los chicos que quisieran asistir, solos o acompañados por sus familiares, para presenciar o tomar parte en actos especiales y anexos. Los programas, muy variados, comprendían representaciones adecuadas, comedias, cantos, danzas, narración de cuentos, declamaciones, juegos diversos, prestidigitación, etc., todo destinado a sustraer a los niños a la acción nociva de la calle y hacerlos pasar momentos agradables y beneficiosos.

48. He aquí sus nombres: Enriqueta Acenarro, Esther Clérico, Hemilce Clérico, María L. Collivadino, Victoria Della Riccia, Delfina Descalzo, Blanca Durañona, Ana M. Galileano, Clemencia Joselevich, Augusto F.J. Kiehl, Elvira E. Moss, Osmán Moyano, Manuela de Nevares, María Luisa Parodi, Néilda Perucchi, Adela L. Pizzurno, María M. Reeno, Abel Renard, María B.P. de Rodríguez Mancusi, Clementina Rubinstein, Rafael Ruiz López, Martha Salotti, Pedro Serié y Manuela Williams.

M. de Renard y señoritas Berta Wernicke y Helena C. Rossi, quienes resolvieron en definitiva.

El Club de Madres ha hecho ya dos ediciones del folleto con la lista que encierra alrededor de doscientas obras clasificadas, con la indicación de las edades a que aproximadamente pueden interesar y con la descripción sintética del contenido y carácter especial de buena parte de los libros y varias indicaciones útiles.

Creemos conveniente transcribir el cuestionario formulado por el señor Pizzurno y que sirve de guía para el examen de los libros, aun cuando no sea indispensable contestar a todas las preguntas.

## CUESTIONARIO-GUÍA PARA EL EXAMEN DE LOS LIBROS

- a) Título, editor, lugar, fecha, número de páginas, formato (en centímetros de alto y ancho), papel, precio (rústica o encuadernado).
- b) *Ilustraciones*: ¿Tiene? ¿Adecuadas? ¿Claras? ¿En colores? ¿Artísticas?
- c) *Lenguaje*: ¿Escrito directamente en idioma castellano? ¿Traducido? ¿De qué idioma? ¿Por quién? ¿Para dónde se escribió? ¿Es buena la traducción? ¿Qué defectos tiene? Si escrito en castellano, ¿es castizo?, ¿correcto?, ¿sencillo?, ¿rebuscado? ¿Qué méritos? ¿Qué defectos? Si tiene defectos de lenguaje, pero con méritos importantes de otro género, ¿son tales los defectos que lo invalidan para darlo a los niños?
- d) *Asunto o asuntos de que trata*: ¿De la vida real? ¿De la imaginación simple? ¿Cuentos? ¿Narraciones? ¿Historias? ¿Biografías? ¿Anécdotas? ¿Viajes? ¿Ciencias? ¿Artes? ¿Fantasías? ¿Misceláneas?, etcétera.
- e) *Cualidades varias*: ¿Es atrayente? ¿Sustancioso? ¿Instructivo? ¿Moralizador? ¿Qué doctrinas, defectos o virtudes combate o estimula? ¿Con eficacia? ¿Emociones nobles? ¿Optimismo? ¿Sentimental, depresivo del ánimo? ¿Sugiere más que pontifica o sermonea? ¿Exhibe demasiado lo malo? ¿Fantástico? ¿Inverosímil? ¿Humorístico de buena ley? ¿Da alegría saludable aun cuando no instruya mucho? ¿A qué edades puede interesar? ¿A qué sexo? ¿Solo tiene algunos capítulos aprovechables sin que los otros sean peligrosos? (decir los que conviene recomendar). ¿Es libro, cuento, poesía, etc., *para ser leído* a los niños o explicado por personas mayores en vez de ponerlo en sus manos?
- f) Otras indicaciones útiles a que el libro dé lugar.

NOTA: Las preguntas deben contestarse teniendo en cuenta, naturalmente, que se trata de libros para niños y jóvenes. Por lo tanto, cuando se pregunta si son interesantes, de lenguaje claro, etc., se sobreentiende que es con relación a edad, inteligencia, gustos, necesidades, etc., de los mismos.

## NOTA DE LA COMISIÓN

### Prohibiendo la adopción de los propios libros

Por el ejemplo que implica reproducimos la siguiente nota que escribió el señor Pizzurno el 5 de abril de 1905. Apareció publicada en el Informe del Presidente del Consejo Nacional de Educación al Ministerio de Instrucción Pública (1904-1905), p. 57. Conviene advertir que los textos de Pizzurno se hallaban en uso en las escuelas dese 1901, vale decir, mucho antes que él ocupase, ni pensara ocupar, la Inspección General de Instrucción Pública de la Capital, pues era Inspector General de Enseñanza secundaria y normal de la República.

Señor Presidente del Consejo Nacional de Educación,  
Doctor don Ponciano Vivanco

Por mi iniciativa el Honorable Consejo decretó últimamente, y a título de ensayo, la libertad de textos para las escuelas de la Capital, manteniendo tan solo, como yo lo solicité, el art. IIº del Acuerdo del 9 de mayo de 1900.

Pero, con motivo de una consulta hecha por la Inspección General, accidentalmente a cargo del señor Uranga por hallarme yo con licencia, el Honorable Consejo ha resuelto, en sesión de ayer, que pueden adoptarse también los textos de que son autores miembros de la Inspección, siempre que los hubiesen publicado antes de ocupar el puesto.

En ese caso se encuentran los textos de lectura *El libro del escolar* de que soy autor y único propietario, y por lo tanto es posible que los maestros a quienes dije expresamente, en la reunión del 8 de marzo, que les estaba prohibido usarlos, se consideren, ahora, en libertad para elegirlos; y así es en efecto.

Pero como esto puede perjudicarme moralmente, solicito del Honorable Consejo que modifique lo resuelto ayer y mantenga la prohibición en lo que se refiere a mis libros,<sup>49</sup> por tratarse del Inspector General que tiene autoridad sobre todas las escuelas de la Capital.

Saludo con respeto al señor Presidente

PABLO A. PIZZURNO  
Inspector Técnico General

49. La prohibición se mantuvo.

# ¿Qué poesías prefiero?

Prólogo escrito para el libro *Estrofas varoniles* de Juan Torres

15 de abril de 1927

## TEMARIO

A propósito de un libro. - El fondo y la forma en los versos. - La verdad, la belleza, la pasión y la moda en poesía. - Impresión que producen las *Estrofas varoniles* de Juan Torres.

ME HE ABSTENIDO SIEMPRE, O CASI SIEMPRE, de escribir prólogos para libros, porque hacerlo implica, me parece, erigirse en juez, y los jueces, para serlo buenos, deben conocer muy bien la materia sobre la cual ha de recaer su fallo. Dice Eduardo Wilde, en el prefacio de sus *Páginas muertas*, que «un crítico mediocre destruye la obra que comenta, así como la realza y embellece quien con talento, bondad y gusto delicado, la analiza».

Yo estimo mucho al autor de *Estrofas varoniles*. Es uno de mis verdaderos amigos. ¿Cómo, pues, voy a destruir su obra atreviéndome a comentarla?

Y sin embargo, no puedo, esta vez, negarme. Me escaparé, siquiera, por la tangente, limitándome a decir por qué me gustan los versos de Torres.

Me placen porque, en ellos, junto a la belleza está la verdad, una verdad, un sentimiento, un modo de ver que compartimos o no, pero que hace pensar, que afirma y robustece una convicción que ya teníamos, a veces vacilante; o nos obliga a rectificarnos. Por lo tanto, nos hace un bien, puesto que nos mejora. O nos alienta a perseverar en una propaganda ya iniciada, o nos estimula a comenzar una nueva que no se nos había ocurrido emprender. Ello fuera del placer espiritual que la belleza proporciona, goce que repercute en nuestra salud moral y hasta física.

Eso es lo que debe agradecerse a los escritores que aunan a la forma el fondo; lo contrario de lo que acontece con el inmenso número de pseudo poetas que nos inundan con producciones insignificantes, sin alma, con pretensiones de ser medulosas y construidas en un lenguaje chocante o sencillamente estulto, violentando ex profeso la música de la expresión, porque se altera todo cuanto da a la forma poética sus efectos estéticos, sus encantos.

Torres usa el verso como la prosa, con vigor y resolución, con una claridad y franqueza sorprendentes; pero todo envuelto en la forma poética que aumenta la impresión que se propone producir al predicar sus ideales, gritar su protesta ante las injusticias, combatir los prejuicios, señalar rumbos morales. Su libro es el libro de un luchador de corazón, valiente, decidido, tenaz. A veces extrema la franqueza de su censura; es duro, áspero, hace sufrir como el noble amigo físicamente fuerte que nos tiende la mano sin guantes y aprieta. ¡Pero hay tanta sinceridad y buena intención en ese apretón cordial que nos obliga a encogernos un poco, doloridos...!

¿Apasionado...? Puede ser. ¡Y mejor que lo sea! Sin pasiones, nobles, superiores, no se va lejos. De los que no se sublevarán ante las injusticias sociales o individuales, de los que no vibran ante las cosas indignas, de los fríos, contemplativos, que temen exteriorizar su desaprobación por no acarrear disgustos, de esos líbrenos Dios. Esos no sirven para nada. ¡Desgraciado el país cuyos jóvenes son muy «prudentes» y se conducen como hombres maduros, sin impulsos; que todo lo pasan por el tamiz del interés personal!

No existe, en los versos de Torres, el menor rebuscamiento o artificio, ni desprecio por las reglas de la armonía y del ritmo, sin que por eso se obligue a encerrarse en una métrica dada capaz de contener el vuelo de su pensamiento.

Ni se somete a las modas, ya que también la moda, caprichosa y absurda, ha invadido el campo de la poesía, como el de la pintura y la escultura y la música, el arte en general, volviendo la espalda a la irremplazable fuente inspiradora que es la naturaleza, física y moral.

Él se mueve con libertad dentro de una forma «que no es prisión, pero es cuerpo». Sus composiciones respetan las reglas permanentes que rigen la expresión poética.

En las páginas que preceden a los *Vers d'un philosophe*, del admirable Jean-Marie Guyau, dice Fouillée: «Hay dos escuelas en poesía: una persigue la verdad del pensamiento, la sinceridad de la emoción, la naturalidad y la fidelidad perfecta de la expresión, gracias a lo cual en lugar de un autor “se encuentra un hombre”; para esta escuela no existe poesía posible sin una idea y un sentimiento que sean verdaderamente pensados y sentidos. Para otros, por el contrario, la verdad del fondo y el valor de las ideas son cosas accesorias en la poesía: el tejido brillante de sus ficciones nada tiene de común ni con la filosofía, ni con la ciencia; es un juego de imaginación y de estilo, una mentira encantadora que no debe engañar a nadie y menos al poeta».

Se ha objetado con insistencia lo que durante mucho tiempo se aceptaba como un principio indiscutible: el aforismo de Boileau «Solo es bello lo verdadero». Yo no tengo autoridad para terciar en la discusión; pero quiero decir que, sin despreciar las composiciones de pura imaginación, sobre asuntos inverosímiles o fantásticos, pero impregnados de belleza y de cuya lectura surja también una enseñanza o una emoción sana y agradable, me satisfacen más aquellas que con su fondo de verdad plena, adoptan la forma que las hacen bellas, adueñándose, por lo mismo, más fácilmente, de nuestro espíritu.

Bien, pues, cuando uno lee las sustanciosas *Estrofas varoniles* de Juan Torres, se queda pensando en ellas y las recomienda a los amigos.

Sentado sobre las piedras, frente al mar, en días serenos, templados y bri-

llantes, influenciado el espíritu por la amplitud que tenía ante los ojos, he leído más de una vez, en alta voz, ante un grupo de amigas y amigos de todas edades y de encontradas ideas morales, religiosas y sociales, algunas páginas del libro de Torres, entre ellas el «Canto triunfal» y el «Canto de Esperanza». No sé si la grandeza del espectáculo natural que teníamos ante la vista, y la luz y el aire y la alegría de vivir, nos hacían a todos menos estrechos, más tolerantes y más sinceros, sobre todo más sinceros, quiero decir, dispuestos a no simular, por conveniencia o por cualquier motivo inferior, lo que no sentíamos. El hecho es que sin ocultar nuestras discrepancias decididas o nuestras dudas, todos, unánimemente, reconocíamos siempre que los versos de Torres no son la obra de un demoledor, ni de un sectario, ciego por lo tanto o interesado, sino la de un hombre inteligente y recto, patriota y humano, que anhela el progreso fundado en el culto de la verdad, de la justicia, de la tolerancia, de la libertad dentro del respeto mutuo y del amor a todo lo bueno.

Y al terminar las lecturas estábamos contentos; nos parecía haber ocupado bien nuestro tiempo y nos sentíamos mejores.

He ahí lo que me sugieren las *Estrofas varoniles*.

# La escuela laica

Entrevista al señor Pizzurno publicada en el diario *La Razón*  
13 de julio de 1934

## NOTA DE LA COMISIÓN

Con motivo de la celebración del cincuentenario de la Ley Nacional de Educación (ley 1.420, dictada el 8 de julio de 1884) el diario *La Razón* hizo una encuesta, interrogando, entre otras personalidades, a Pizzurno, y publicando luego lo que a continuación reproducimos y que figura en este lugar del volumen por estar ya compuesto y ordenado todo lo anterior.

## TEMARIO

Es la escuela del respeto a la libertad de conciencia. - No es antirreligiosa. - Favorece la convivencia social tranquila, la cooperación en el bien. - Sería antipatriótico agitar la cuestión religiosa.

Don Pablo A. Pizzurno es un gran amigo de *La Razón*. Cuando lo visitamos con objeto de solicitar su pensamiento sobre la Ley de Educación Común, el ilustre maestro nos mira con esa expresión límpida que trasunta su alma diáfana, aligerada de pasiones y, entablada la conversación, lo interrogamos en prosecución de la serie de reportajes iniciada por este diario.

Nuestro entrevistado, sonriente, responde a nuestra pregunta con otra:

-¿No creen ustedes que no cabe agregar nada importante que no se haya dicho en estos días, profusamente, en artículos, discursos y encuestas?

-En general, las opiniones han sido concordantes y favorables a la ley. ¿Piensa usted lo mismo?

-¡Es claro que sí! ¿Quién podría desconocer los múltiples beneficios que se le deben, así como los males que ha evitado previsoramente? Huelga repetirlo: todos han sido recordados.

## LA CUESTIÓN RELIGIOSA

—Pero hay un punto sobre el cual se han expresado, sin embargo, disidencias e insinuado la necesidad de reaccionar: el que se refiere a la neutralidad de la escuela en materia religiosa. ¿Qué opina usted al respecto?

—Que tal tema fue agotado por los hombres superiores que intervinieron en la discusión de la ley y que resucitar el debate sería cuando menos imprudente y mucho más ahora en que tanto se habla de nacionalismo. Un sincero e inteligente nacionalismo ha de tener por norte, me parece, el mayor bien del país; y el mayor bien del país reposa esencialmente sobre la paz y la armonía en el trabajo realizado por cada uno dentro de su esfera de acción. Nada hay —¿quién no lo sabe?— que distancie más a los hombres y a las sociedades que la cuestión religiosa. La Argentina, la escuela argentina, ha dado el hermoso ejemplo de la serenidad, de la paz, en ese sentido, y así nos hemos evitado muchos disgustos y asegurado adelantos de todo orden. Ello se debe en buena parte a la sabia y previsora Ley Nacional de Educación.

## LA ESCUELA LAICA

La escuela laica, *que no es antirreligiosa* —continuó diciéndonos el profesor Pizzurno—, es la escuela del respeto a la libertad de conciencia, de la tolerancia mutua, de la solidaridad y la cooperación en el bien, de la convivencia social tranquila, de la simpatía y confraternidad humanas, de la paz en el hogar y en la vida pública y, con todo eso, de la mayor felicidad posible para todos. Hoy más que nunca se impone el deber de evitar cierta clase de luchas de las que nada benéfico puede esperarse. Será acto de patriotismo y de sensatez el no agitar de nuevo los espíritus alrededor de este asunto, y doblemente grave e imperdonable si lleváramos la agitación a la escuela, entre los niños. Sigamos dando, para honor del país, el bello ejemplo de la tolerancia, la gran virtud de los hombres y los pueblos realmente civilizados.

## MEJORAS

—¿Qué modificaciones de otra naturaleza introduciría usted en la ley? ¿No la cree susceptible de mejoras?

—¡Cómo no...! Pero ninguna es urgente y creo que el momento no es propicio para acometer la reforma, por diversas razones que no cabe exponer en esta conversación.

Básteme decirles, para concluir, que yo, como argentino y como educador, me daría por satisfecho con que se cumplieran todas las acertadas prescripciones, explícitas e implícitas, de la ley, sobre todo en algo esencial: en aquello que tiende a colocar al maestro en las condiciones materiales y espirituales requeridas para que sea el agente principal, seguro, de la educación integral del niño. Ello está lejos de suceder y no por culpa de los maestros, por cierto. Las causas vienen de lejos y desde arriba. No quiero concretarlas otra vez en este momento.



Cuarta parte

## Educación pacifista

La luz matará las guerras

Hay que desarmar los espíritus

Las guerras y el patriotismo

Guerra a la guerra - Odio al odio

Artículos - Conferencias - Conclusiones



## NOTA DE LA COMISIÓN

Dadas la actualidad permanente y la trascendencia del asunto a que se refieren, deben ser recomendados de una manera especial los artículos que dedica Pizzurno a la propaganda pro paz entre los hombres y los pueblos.

Con frecuencia ha de encontrarse reflejado en sus conferencias, consejos, instrucciones didácticas, y hasta en sus cuentos para los niños, su afán por iluminar las conciencias y mostrar que solo de la tolerancia recíproca, de la vinculación y ayuda mutuas, del trabajo solidario, de la cooperación en lo material y lo espiritual, de la justicia y del amor entre los hombres, puede esperarse el bienestar personal y social. Pero fuera de esto, que implícita o explícitamente surge, a cada rato, de su obra, debemos señalar la consagración especial, intensa, incansable, como nadie lo ha hecho hasta ahora entre nosotros, a combatir directamente la guerra por el medio acaso único eficaz que él enuncia así: *la luz matará las guerras*.

La paz llegará, por obra de los pueblos mismos, cuando por medio de la educación se haga conciencia universal que la guerra nada resuelve y todo lo empeora. Pizzurno dice a ese respecto:

No nos baste estar convencidos. Considerémonos obligados a convencer, a cuantos tengamos a nuestro alcance, de que la guerra, además de ser el más injustificable de los crímenes, implica también la más grande de las estupideces humanas. (Véase p. 592.)

En las páginas que van a continuación se hallarán elementos de juicio y argumentos que podrán hacer valer todas las personas que siguiendo la precedente sugestión de Pizzurno quieran también colaborar en esa tarea aun cuando no lleguemos nosotros mismos a cosechar los frutos de tan benéfica propaganda.



# La luz matará las guerras

## NOTA DE LA COMISIÓN

Estas páginas escritas hace tiempo por el señor Pizzurno contienen parte de las consideraciones expuestas en el sinnúmero de conferencias dadas por él en el país y en el extranjero durante la campaña pacifista que inició hace ya muchos años y en la que continúa empeñado.

## TEMARIO

Hay que desarmar los espíritus. - La educación y la paz entre los pueblos.

## I. PRÓLOGO

Lector, hombre o mujer, joven o adulto, de modesta posición social o encumbrado personaje: ¿desea Ud. ser feliz y, si ya lo es, aumentar la propia felicidad contribuyendo al bienestar de los demás?

¿Sabe Ud. —¡claro que lo sabe!— que la paz en el hogar, en la sociedad, entre los pueblos de un mismo país, entre las diversas naciones del mundo, es una condición esencial para alcanzar la felicidad anhelada y favorecer el progreso en todo sentido?

¿No querría Ud. contribuir a que el ideal de paz, que muchos consideran utopía, se convierta en hermosa realidad?

Si Ud. quiere eso, sea bueno y lea estos escritos. Con ellos intento demostrar:

1º Que es posible llegar a suprimir la guerra mucho antes de lo que suele creerse.

2º Que todos, hombres y mujeres, gobernantes y gobernados, desde el primer magistrado al obrero más modesto y hasta los niños, pueden contribuir a ello.

3º Que tal propósito ha de lograrse principalmente no por el desarme material de las naciones sino desarmando los espíritus por medio de la educación comenzada desde la menor edad en el hogar y continuada en la escuela y fuera de ella, con el niño y el adulto, utilizando múltiples medios de distinta naturaleza y de los cuales es fácil disponer.

4º Que así podrá hacerse conciencia individual y pública que la guerra es el más injustificado de los crímenes y la mayor de las estupideces humanas.

5º Que, producida y arraigada esa convicción, aquella desaparecerá más que en virtud de tratados entre los gobiernos, por la voluntad colectiva e incontrarrestable de los pueblos, los cuales, aun cuando los gobiernos llegaran a decretar la guerra,<sup>1</sup> se plantarían ante ellos exclamando: ¿Quieren ustedes pelear...? Pues bátanse ustedes. Nosotros no saldremos de nuestras casas y nuestros campos.

Bueno, dirá el lector, ¿va Ud., señor, a repetirnos una vez más el himno a la educación y sus efectos...? ¡Bah! ¡Si lo sabemos de memoria!

A quien así exclame le ruego que reserve el ¡bah! para después, y que tenga la paciencia de perder tiempo una vez más, leyendo, ya que en tantas ocasiones ha de haberlo empleado inútilmente.

Ustedes señores personajes políticos, señores gobernantes, escritores, periodistas, conferencistas; ustedes padres y madres que aman a sus hijos y principalmente ustedes, maestros y profesores de la enseñanza primaria, secundaria y superior, si anhelan de buena fe el progreso y el bien público, concédanme audiencia y escúchenme con bondad.

Puedo estar equivocado; pero convencido, por el momento, de que no lo estoy, me presento ante todos, resueltamente, para decirles: Tengan también ustedes un poco de humildad. Reflexionen y piensen: «¡Quién sabe! ¡Tal vez este hombre tenga razón!».

Lean estas páginas. Tengan fe. Léanlas.

Mis convicciones y mis consejos, en cuanto se refieren a principios, reglas o prácticas de educación, y que serán muy sucintamente expuestos, reposan sobre cincuenta años, ni uno menos, de consagración a la enseñanza.

Durante ese medio siglo he procurado mantenerme al día siguiendo atentamente la evolución de las ideas, métodos y procedimientos.

Me he dicho siempre para mis adentros: ¡Cuidado con la Señora Rutina, enemiga del progreso! Trata de rejuvenecerte siempre. No formes grupo aparte y cerrado, exclusivamente con los hombres maduros o canosos, por más que representen la experiencia, pues, a menudo, son el estancamiento. Acércate mucho, por el contrario, a los jóvenes de valer, hombres y mujeres, obsérvalos, escúchalos, discute con ellos y deja siempre un interrogante abierto para las cosas que no sean evidentes. Pero no caigas tampoco en el esnobismo tanto o más peligroso que el misoneísmo.

En cuanto a lo que se refiere a la educación pacifista, mi dedicación sino de ahora, especial e intensa, ha sido determinada, como en tantos otros propagandistas, por la última horrorosa conflagración. Y es desde entonces que he recorrido y recorro constantemente la república de un extremo al otro así como países vecinos, dando conferencias y difundiendo las ideas e indicaciones prácticas que reúno ahora.

Por radiotelefonía he hecho la misma propaganda expresándome siempre con claridad y franqueza plena pero no como un fanático, ni por lo tanto como un antimilitarista engeñecido que cree posible que una nación determinada resuelva

1. Cabe decir que los gobiernos no decretarían la guerra, por cuanto con pueblos así educados no serán elegidos los gobernantes sino entre los pacifistas.

y realice de inmediato su desarme material en aras del ideal pacifista. Eso vendrá también. ¿Cuándo?

Puedo decir ahora que mi confianza en el éxito no es entonces producto de mi imaginación, sino el resultado de esa prolongada experiencia de medio siglo por una parte, y de más de dos lustros en lo referente a la guerra. Expuse con claridad y franqueza siempre mis opiniones, provoqué las réplicas, auscultando el efecto en el público numeroso al que me dirigía. De ese público han formado parte desde jefes de Estado, ministros, jueces, sin excluir los de mayor categoría inclusive; alguna vez hasta el Presidente de la Suprema Corte Nacional y de superiores tribunales de la Nación y provincias, rectores y profesores universitarios y de la enseñanza secundaria y normal, maestros, militares de todas las jerarquías, industriales, hacendados, comerciantes, hasta modestos empleados, obreros, gente de pueblo y estudiantes de todas las edades. Y ello, repito, en mi país y en el extranjero.

Por mucha que sea la cortesía de las gentes y el deseo de agradar a un conferencista, no cabe admitir que se llegue hasta a faltar a la verdad o a disimular opiniones contrarias y menos cuando el conferencista insiste sinceramente en pedir que se lo contradiga. Si ocurre es en muy rara vez.

Pues bien, las conclusiones a que arribo en estas páginas, expuestas durante mis conferencias, han determinado siempre –no lo digo por jactancia sino por lo que implica– la aprobación y el aplauso de todos. Con frecuencia, con muchísima frecuencia, he oído exclamaciones de esta naturaleza:

–¡Pero, hombre! ¡Qué cosa tan sencilla y evidente! ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? ¡Si hasta los chicos lo comprenden! ¡Tiene razón! ¡Tiene razón!

¡Cuántas cosas que una vez oídas nos hacen el efecto de verdades de perogrullo, no se nos han ocurrido porque no nos tomamos el trabajo de observar y de pensar un poquito!

¡Oh, Señora Rutina, cuánto daño hace usted!

Y dejamos de realizar obras que redundarían en nuestro propio bien y en el colectivo, nada más que por pereza, despreocupación, falta de iniciativa o ignorancia.

Contribuir a que aumente el número de los decididos a convertirse, a su vez, en propagandistas perseverantes de la guerra a la guerra, abriendo los ojos de los pueblos a la luz, es el principal propósito de este modestísimo trabajo que solo abarca algunos de los aspectos del magno asunto.

¿Lo conseguiremos? Pensamos que sí. Y aun cuando así no fuera, nunca la siembra será del todo perdida.

## II. ¿UTOPÍAS?

Preguntar si la guerra puede ser extinguida entre las naciones es como preguntar si las naciones civilizadas están condenadas a vivir perpetuamente en el estado de barbarie entre unas y otras.

J.B. ALBERDI

–Señor, lo que Ud. va a sostener y lo que con mayor autoridad y elocuencia tantos otros han sostenido desde los más remotos tiempos responde a una muy noble

inspiración que hace honor a sus buenos sentimientos; pero ¡qué ilusiones se forja Ud.! ¡Quimeras, señor, quimeras!

¿Quimeras? Las quimeras de ayer son las realidades de hoy o lo serán mañana. Basta recorrer la historia de los progresos científicos, industriales, sociales, etc. para comprobarlo.

«Los hombres prudentes y juiciosos, incapaces para inventar nada, hostiles a todo cambio y fieles a las ideas tradicionales, se convierten gustosos en espíritus prácticos y se burlan de cuanto se separa de las rutinarias fórmulas en que se enfrascan. Son los que dicen tranquilamente: “Yo no sueño; soy hombre formal y no admito más que las verdades susceptibles de inmediata aplicación”. No se dan cuenta de que al porvenir lo preparan los soñadores, los quimeristas y los que se atreven a concebir algo mejor que la miserable realidad presente.»<sup>2</sup>

La abolición de la esclavitud, la supresión de las torturas y de los procesos de hechicería, la igualdad de los hombres ante la ley, el sufragio universal, el establecimiento del régimen parlamentario, la libertad de la prensa, etc. fueron considerados como utopías.

De la luz eléctrica se dijo que nunca tendría aplicaciones prácticas. Se consideraba locura pensar que se pudiese hacer llegar agua a un cuarto piso. Nadie creía en Lister y su antiseptia. Se consideraba imposible medir la velocidad de la corriente nerviosa. Nada menos que Lavoisier sostenía que no hay piedras que caigan del cielo. Dos sabios, Prevost y Dumas, sostuvieron que nunca se descubriría la materia colorante de la sangre. Cuando se descubrieron las propiedades del cloroformo, Magendie consideraba quimera la anestesia quirúrgica y contraria a la moral. Al presentarse el teléfono a la Academia de Ciencias de París, un médico muy ilustre dijo que se trataba de ventriloquía. Y Thiers sostuvo, entre aplausos de la Cámara de Diputados, que las máquinas a vapor nunca llegarían a reemplazar a las diligencias.

La Academia de Ciencias no admitía la existencia de los bólidos; Galileo fue considerado hereje porque sostenía el movimiento de la tierra; a Galvani se lo ridiculizaba llamándolo el maestro de la danza de las ranas así como a Volta y a Ampère porque se ocupaban de cosas insignificantes (la corriente eléctrica, nada menos). La existencia de microbios revelada por Pasteur era negada, así como se negó la circulación de la sangre.

La construcción del Canal de Panamá fue tachada de empresa ridícula. La máquina de vapor de Papin, que en 1699 debía bajar el Rhin, fue destruida por bateleros que la consideraban quimera y un siglo después Napoleón se reía de la máquina de Fulton, «juguete para divertir a los parisienses». Y sin embargo, Victor Hugo decía al propio Richet, de quien tomamos el recuerdo de algunos de estos hechos, que «si tuviera que escribir una historia universal, la dividiría en dos partes: la historia *antes* de los ferrocarriles y la historia *después* de los ferrocarriles».

Los primeros ensayos del aeroplano motivaron la risa de las gentes y Joshua Coppersmith fue arrestado bajo la acusación de estafa con motivo del aparato por él fabricado para transmitir la voz humana a distancia. Se dijo que era absurda la pretensión. Eso en 1870; y en 1876 Graham Bell inventaba el teléfono.

2. RICHET, Charles, *El pasado de la guerra y el porvenir de la paz*, libro 2, cap. 1.

Y ¿qué decir hoy en presencia de las nuevas y estupendas conquistas científicas de todo género y de medios de comunicación como la radiotelefonía, la telefotografía, la aeronavegación? ¿No hubiera sido considerado mil veces loco quien hubiese hablado de semejante posibilidad a nuestros abuelos? ¿Qué se hubiera pensado de quien imaginara el cine parlante o sonoro?

¿Y en el orden moral, social, institucional? ¿No hemos presenciado y estamos presenciando transformaciones antes inconcebibles?

De modo que ya sabemos qué contestar a quienes nos digan: Ud. olvida, señor, que el hombre será siempre lobo para el hombre, en lo individual y en lo colectivo; y así como ha de estar cada uno prevenido contra el posible ataque de un ladrón o de un asesino, las naciones han de estarlo en previsión de que su vecino quiera atacarlas. Siempre hubo guerras y siempre habrá, a despecho de cuanto en contra de ellas se ha dicho y escrito en todos los tiempos.

Contestaremos: Sí, hubo siempre guerras porque los pueblos fueron esclavos de los prejuicios, de las supersticiones, de la ignorancia, mantenidos, hasta deliberadamente, por los que sobre ellos especulaban. Pero los tiempos han cambiado y cambiarán cada día más con aceleración creciente.

El hecho de que cuanto se haya escrito en todos los tiempos contra la guerra no haya sido eficaz, nada prueba porque las ideas no llegaban, no podían llegar fácilmente a donde deben llegar, es decir, a la masa del pueblo todo, para que se realice nuestra tesis: que el pueblo sea quien quiera e imponga la paz.

Y para ello es menester cambiar su mentalidad.

«El principal motivo que impidió a las grandes naciones unirse para fundar la paz, cuando la razón les demostraba la necesidad de ello, fue la diferente mentalidad de los distintos pueblos», dice Gustave Le Bon.<sup>3</sup>

La imprenta trajo consigo muchos progresos, grandes progresos. Se tuvo con ella un medio poderoso de propaganda, que pudo ser la de la confraternidad internacional. Pero ¿hubo el propósito deliberado, sincero, firme, en quienes dirigían los pueblos, de educarlos para la paz y la solidaridad humanas? ¿Se quiere, de veras, hoy mismo, la supresión de las guerras, por todos los que en ello podrían influir?

¿No fueron empleados, por el contrario, la escuela, el libro, la prensa, la tribuna política para mantener vivo el patriotismo bélico?

¿Quién ignora que después de cada conflicto los vencidos de ayer vivieron preparando el desquite de mañana?

Con todo es inmenso el camino andado y la última guerra, sobre todo, importó una lección tan formidable que solo se conseguirá atenuar sus efectos si se tiene el deliberado propósito de desvirtuar las enseñanzas que de ella surgen.

Nunca pudo verse más claro, experimentándolo en carne propia las gentes del mundo entero, la absoluta interdependencia, cada día mayor, entre los pueblos, las ventajas de la cooperación y la solidaridad, así como el desastre que para todos, vencedores y vencidos, implica la guerra.

3. LE BON, Gustave, *La evolución actual del mundo*, libro II, cap. 1º.

Nunca ha podido verse más evidentemente la imposibilidad de resolver por la violencia de la guerra las cuestiones que afectan al derecho, a la justicia, al honor, al progreso y felicidad permanentes.

Y si a despecho del interés general pudo impedirse hasta ayer que la luz llegara a todas partes, hoy será mucho más difícil, si no imposible, impedirlo, a poco que se organice la propaganda y se persevere en ella. Por fortuna eso se está haciendo cada día más en el mundo entero con mayor eficacia de lo que admiten los pesimistas o los interesados en mantener vivo el espíritu bélico.

Un eminente profesor y pacifista francés, M. Ruysen, formulaba en 1919 una especie de código de los deberes y derechos de las naciones en doce puntos. Entre ellos los siguientes: «Las relaciones entre las naciones se rigen por los mismos principios de derecho y de moral que las relaciones entre los individuos. Todas las naciones son iguales ante el derecho. Ninguna nación tiene derecho de hacer justicia por sí misma. Todas las naciones tienen el deber de practicar la justicia».

Y en *Le Progrès civique* del 17 de enero de 1920 es citada la siguiente declaración hecha por el presidente Wilson: «Entramos en una edad en la cual será menester que las naciones y sus gobiernos observen las mismas reglas de conducta y de responsabilidad por el mal cometido que las establecidas entre los simples particulares».<sup>4</sup>

¿Quién duda de que los tiempos han cambiado?

Ahora no solo los que saben leer pueden ser influenciados por la prensa, los libros, la palabra escrita en general, sino que hasta a los analfabetos se llega por la vía directa del oído y se llegará cada día más gracias a la maravillosa radiotelefonía. Para esta no hay ni siquiera fronteras.

Así, Ud., señor, predicando sus ideas aquí, en un rincón de su país, la Argentina, pacifista por excelencia, puede hacerlas llegar al oído y al alma de los analfabetos y analfabetos de su tierra y de las tierras más lejanas, sin que nadie pueda impedirlo. Sus convincentes expresiones y argumentos exteriorizados por Ud. con palabra vibrante, rebosando sinceridad y hasta emoción comunicativa, harán vibrar el cerebro y conmoverán el corazón de millares, que pueden ser millones, de seres cuyas ideas y sentimientos evolucionarán, acaso, más rápidamente que bajo la influencia de un capítulo juicioso, convincente, pero frío.

Y ni siquiera las dificultades del idioma se oponen a la propaganda oral. Las enseñanzas, proclamas o incitaciones del hábil propagandista de Berlín serán traducidas y lanzadas al espacio para ser oídas desde las grandes ciudades hasta la más pequeña aldea de Francia y viceversa, de igual manera que el entusiasta pacifista japonés podrá ser escuchado en la plaza de Nueva York y en las escuelas de Estocolmo. La voz de millares de niños argentinos entonando como muestra de confraternidad el himno uruguayo, chileno, brasilero, paraguayo, etc. podrá ser contestada por los niños de los países hermanos, en las escuelas, y por el pueblo todo en las plazas públicas con solo instalar los adecuados altoparlantes.

De igual manera y escritos en los idiomas que corresponda, podrán enviarse de un país a otro mensajes de paz y confraternidad, enseñanzas favorables a la unión y solidaridad, impresos en millares y millares de hojas sueltas que los avia-

4. Citado por Georges DE MARTIAL en su libro *La guerre de 1914: la mobilisation des consciences*, p. 248.

dores desde sus maravillosos pájaros aéreos dejarán caer, por todas partes, sobre las ciudades y los campos y entre las sierras pobladas; de día, de noche, sembrando el suelo de las naciones, ayer rivales recelosas, con semillas sanas de todo género, desmintiendo cualquier propaganda interesada, antipacifista.

Y todavía, aunque de alcances más limitados, nos queda la propaganda que cabe hacer por medio de las máquinas parlantes, intercambiando discos, como ya ocurre, que llevan impreso cuanto tienda a vincular a los pueblos.

¡Vaya si cambiará la mentalidad de las gentes el día que se quiera de veras modificarla, aun cuando se opongan los gobernantes o estadistas ambiciosos que viven explotando la indiferencia o la ignorancia!

Pensamos que todo es cuestión de tiempo. ¿Cuánto tiempo? Acaso menos de lo que puede creerse.

La vacuna de la verdad llegará, día más, día menos, a inmunizar a la gente contra la peste que son los politiqueros vulgares, los especuladores desalmados de todo género o los patrioterías esclavos de prejuicios ancestrales.

Con las mayores, inmensamente mayores facilidades de que hoy se dispone para hacer llegar la verdad a todos los espíritus, la luz se hará.

Y nótese que solo aludimos a algunos de los medios de hacer la luz y tal vez no los más importantes. Quedan los factores esenciales: la Escuela, el Colegio y también la Universidad, que debidamente organizados y sin necesidad de alterar los fines que les son propios, podrán ejercer una influencia incontrarrestable y decisiva.

Un diario argentino, glosando un discurso del presidente Hoover de los Estados Unidos, aludía al lirismo sublime de los que aspiran a la perfección humana y expresaba que no hay otro procedimiento práctico para limitar los armamentos y proscribir el recurso de la guerra que fomentar en el mundo precisamente ese espíritu de utopía revelado por el presidente yanqui. Multiplicando los líricos del pacifismo mediante todos los recursos familiares, educacionales, sociales, religiosos y políticos, los ensueños de paz, la libertad de los mares, la quimera del desarme podrán irse tornando cada día en una esperanza más fundada. En una palabra las naciones, como los individuos, han menester de una mayor cultura para liberarse de la condición de antropoides, porque es el medio ambiente creado por el individuo el que impone la necesidad de la autodefensa. Mientras hay salteadores de caminos el transeúnte habrá de ir apercebido para defenderse y así que el respeto por lo ajeno se haga carne en el sentimiento público, el hombre podrá fiarse en la justicia social.

No despreciemos, entonces, a los filósofos que traducen en frases abstractas sus ideas de pacifismo, ni a los académicos que lanzan teorías para el desarme universal. Multipliquémoslos, en cambio, y hagamos de manera que escalen las más altas magistraturas para que como en el caso del «lírico» Hoover, su palabra y su acción de gobernante tengan la fuerza necesaria para conquistar adeptos e ir jalonando trecho a trecho la senda del progreso con las conquistas imperecederas del mejoramiento colectivo hacia la sublime utopía.<sup>5</sup>

5. Artículo «La quimera del desarme», en *La Razón* del 14 de noviembre de 1929.

Y otro diario argentino, *La Prensa* (28 de mayo de 1930), comentando algunos discursos de carácter bélico de un jefe de Gobierno europeo, decía:

«Las explosiones de amor a las armas están fuera de lugar y de tono en el continente europeo como lo están en todo el universo. A las demostraciones de fuerza que en otras épocas pudieron constituir el orgullo de algunas potencias ha venido oponiéndose rápidamente, durante los últimos años, una tendencia hacia la paz, hacia la solución de todas las dificultades mediante el entendimiento directo de las partes o con los auspicios de algún amigable componedor... Las ideas de pacifismo se abren paso y si bien es cierto que hoy por hoy chocan contra obstáculos muy poderosos, es también innegable que ello no autoriza a desmayar en la prédica, ni en el ejemplo, así como no autoriza a emplear la palabra y el tono hiriente cuando se observan los esfuerzos que pretenden imponerlas».

Edmundo de Amicis,<sup>6</sup> recordando que también se consideró un sueño que Italia, subdividida y ensangrentada por guerras continuas, llegara a constituirse en la unidad actual, predice que de igual manera se realizará la paz entre las naciones y exclama:

«Sí, soplada en la llama de la vanidad patriótica; reavivad los recientes y antiguos rencores; alzad barreras aduaneras; cubrid de fortalezas los confines. Contra los grandes ríos que corren a mezclarse en el océano, no hay dique que imponga impedimento alguno. Los pueblos civilizados van unos hacia otros impulsados por una fuerza a la cual nada resiste; se reconocen, poco a poco, como más imaginarias que reales las repetidas aversiones de raza, el antagonismo de los intereses, y confunden ideas, usos y costumbres, trabajo, arte, sangre, yendo con rapidez tan maravillosa, multiplicando y apretando entre sí, bajo el impulso de las necesidades crecientes, los vínculos de la vida, que la idea de romperlos con la espada por cualquier causa parecerá dentro de poco tan absurda y abominable como la de resolver las cuestiones internas de una nación lanzando unas contra otras sus provincias encendidas por furores salvajes de la Edad Media.

»Esta es la fe de todos nosotros; fuerza y confortación divinas de nuestra alma, fe que ni siquiera sería en los más mínimo disminuida aunque una gigantesca guerra europea estallase mañana mismo».

«Hasta 1914, los ensueños y proyectos de paz perpetua de los filósofos y los jurisconsultos fueron tratados con desdén, como utopías o quimeras. Pero la reciente tragedia universal ha hecho renacer la esperanza de un mundo mejor en que la paz reinará para siempre. Es la eterna lucha del ideal de la paz contra la realidad de la guerra.»<sup>7</sup>

Norberto Piñero en su libro *La paz del mundo* (1932) refiriéndose al pacto Briand-Kellog condenatorio del recurso de la guerra para dirimir los conflictos dice: «Su sanción definitiva y su cumplimiento tendrían una eficacia incomparables. Pero aunque esto no ocurra, aunque permanezca como una mera manifestación de anhelos, revelará siempre que *la guerra pierde prestigio en la opinión*, por lo que importa en sí y como medio de decidir las discrepancias y los conflictos internacionales».

6. AMICIS, E. de, *Hacia la igualdad*.

7. ANTOKOLETZ, Daniel, «El ideal de la paz y la Sociedad de las Naciones», Conferencia dada en la Facultad de Derecho (1919).

No seamos, entonces, pesimistas. No apreciemos las posibilidades con nuestro criterio ya intoxicado. Pensemos que no será el mismo de nuestros hijos si son educados de otra manera. Pongámonos todos al servicio de esta propaganda con fe, entusiasmo y perseverancia, que si nosotros mismos no cosechamos todos los beneficios, de ello disfrutarán nuestros hijos o los hijos de nuestros hijos.

¿Lirismo? Tal vez; pero siempre saldrá ganando la humanidad si observamos tal conducta.

### III. LA GUERRA ES CRIMEN E IMBECILIDAD

#### Inconsistencia de los argumentos de los que sostienen que las guerras serán siempre inevitables

Nosotros llevamos dentro una herencia malhadada de falsos conceptos y de tristes pasiones: oscura y casi ignorada vanguardia de vanguardia que forma entre todos como una cantidad enorme de materia explosiva difundida por cada pueblo, la cual, espontáneamente o por arte de unos pocos, hasta por una causa fútil se puede a cada paso inflamar, estallando la calamidad temible de la guerra. Y bien: este peligroso resto de barbarie, ocultado bajo un aspecto engañoso, queremos aferrarlo, analizarlo, hacerlo ver en su esencia verdadera para deshonorarlo y destruirlo, a fin de que en la decisión de las luchas entre los pueblos tenga una parte siempre mayor la Razón, una parte siempre menor la Muerte. ¿Quién honradamente nos puede rehusar su concurso y su ayuda?

EDMUNDO DE AMICIS

(«Brindis en un banquete pro paz», *Hacia la igualdad*, p. 94)

Veamos, sintéticamente, distintas razones en que se fundan los que sostienen la inevitabilidad y hasta las ventajas y beneficios que entraña la guerra.

Por cierto que nada nuevo podemos agregar, sustancialmente, que no haya sido expuesto con sabiduría y erudición de que carecemos y con lujo de argumentos y detalles en los cuales no podemos entrar. Las guerras, se dice, constituyen un fenómeno natural, consecuencia de la lucha por la vida; mantienen y mejoran el vigor de la raza, son instrumento de progreso. Sin las guerras el honor, el valor, la justicia, el derecho desaparecen; los pueblos se envilecen, el sentimiento patriótico se enfría.

El hombre será siempre lobo para el hombre de la misma manera que los animales se destruyen entre sí como la cosa más natural del mundo y para satisfacer necesidades imperiosas.

El argumento ha sido mil veces contestado demostrándose que «los que se llaman chauvinistas de la sociología confunden absoluta, radical e irremediablemente la lucha de individuos y la lucha de sociedades» (Richet) y así es la verdad.

Dos machos, trátese de grandes carnívoros, de insectos pequeños, de pajaritos delicados o de repugnantes reptiles, pelean uno contra otro por la presa, también animal o vegetal, que constituye su alimento, o por la misma hembra

cuyo amor se disputan, como la fiera madre que defiende a sus cachorros; pero pelean individual, aisladamente, como el hombre primitivo y como, hoy mismo, el no civilizado que pretende hacer justicia por sí mismo. No luchan colectivamente.

«Los leones no vuelven contra sus semejantes ni su furor, ni su diente feroz; las serpientes tampoco se hacen la guerra», escribió Plinio.

Franklin no admite ni entre los demonios tanta maldad. En un cuento aparece enviado, con misión a la tierra, un ángel que en presencia de los horrores de la guerra pregunta al guía si ha errado el camino y llegado al Infierno.

—No —contesta el guía—: los diablos no se baten con tanta crueldad.<sup>8</sup>

Es siempre oportuno reproducir la gráfica página de La Bruyère:

«Si os contasen que todos los gatos de un gran país se han reunido a millares en una llanura y que, después de haber maullado cuanto querían se arrojaron furiosamente unos contra otros haciendo uso de las uñas y de los dientes, y que de aquel choque había quedado en el sitio nueve o diez mil gatos infestando el aire con su pestilencia hasta diez leguas a la redonda, seguramente diríais: He aquí la cosa más abominable de que nunca se ha oído hablar. Y si los lobos hicieran lo mismo, ¡qué aullidos! ¡qué carnicería!».

¿Quién ha visto a los gatos o a los lobos incurrir en semejante estupidez?

Solo se sabe de las abejas y alguna especie de hormigas entre las cuales se producen, a veces, luchas colectivas.

¡Bueno fuera que el hombre civilizado se inspirara en ese ejemplo para establecer la moralidad de sus actos!

Y todavía fuera menester demostrar, como dice Novicow criticando a Spencer, que los combates colectivos, lo mismo que los individuales, han contribuido al progreso biológico.

Y agrega que aun si estuviese probado que las batallas entre las hormigas han mejorado la especie hormiga, esto no bastaría para demostrar que las batallas entre los hombres han mejorado la especie hombre.<sup>9</sup>

Me parece útil reproducir también la irrefutable, contundente condenación estampada por Alberdi:

«Solo el hombre, que se cree formado a imagen de Dios, es decir el símbolo terrestre de la bondad absoluta, no se contenta con matar a los animales para comerlos; con quitarles la piel para proteger la que ya tienen sus pies y sus manos; con dejar sin lana a los carneros para cubrir con ella la desnudez de su cuerpo; con quitar a los gusanos la seda que trabajan, para vestirse; a las abejas, la miel que elaboran para su sustento; a los pájaros las plumas; a las plantas las flores que sirven para su regeneración; a las perlas y corales su existencia misteriosa para servir a la vanidad de la bella mitad del hombre; sino que hace con su mismo semejante (a quien llama hermano) lo que no hace el tigre con el tigre, la hiena con la hiena, el oso con el oso: lo mata, no para comerlo (lo cual sería una circunstancia atenuante) sino para darse el placer de no verlo vivir. Así, el antropófago

8. Citado por LAGORGETTE, Juan en *La guerra, estudio de sociología general*, t. I, p. 53.

9. NOVICOW, von J., *Darwinismo social*, cap. III, p. 51.

es más excusable que el hombre civilizado en sus guerras de destrucción, de mera vanidad y lujo».<sup>10</sup>

Aun en los casos en que el hombre civilizado es ofendido por su semejante, le está vedado hacer justicia por sí mismo y menos llegar al extremo de matarlo. El simple homicidio, no ya el asesinato premeditado, cobarde y alevoso, es condenado por la ley.

Tú, joven u hombre maduro que lees estas páginas; tú, honorable caballero que has llevado una vida sin tacha y que lograste asegurar tu bienestar económico y con él la felicidad de tu mujer y tus hijos con tu labor perseverante puesta al servicio de los demás; tú, te encuentras, de pronto, arruinado por obra de un malvado, de un falso amigo que supo explotar hábilmente tu buena fe: ¿irás, como desquite, a dar muerte al causante de tu ruina material?

Y bien, si en un ímpetu incontenible de indignación y de ira así lo hicieras, serías castigado a pesar de tus buenos antecedentes. Solo en el caso bien manifiesto de que hayas sido agredido y visto tu propia vida en grave peligro, el sacrificio de tu agresor se consideraría justificado por la ley de legítima defensa.

Ni siquiera cuando bajo la acción perturbadora de una pasión que enceguece levantas la mano y hieres quedarás exento de culpa y pena, si no han concurrido circunstancias realmente extraordinarias tales que justifiquen tu acción homicida hasta ante las conciencias más intransigentes.

Más aún: en casi todos los pueblos cultos el duelo es castigado y tiende a desaparecer prácticamente. Si se efectúa, no pasa de ser, salvo contadas excepciones, una ridícula comedia a la cual se prestan, a sabiendas, duelistas y padrinos.

Y tú sabes que se halla siempre en tela de juicio la admisibilidad de la pena de muerte aplicada a criminales empedernidos, verdaderas fieras humanas muchísimo más dañinas que la víbora venenosa que te sale al encuentro y que aplastas sin vacilar.

Los pueblos civilizados que aún conservan la pena de muerte (Francia, Inglaterra, Estados Unidos, etc.), si deben castigar con ella un homicidio alevoso, asesinatos horribles, ¡cuántas precauciones adoptan antes de fallar, temiendo incurrir en injusticia! Y al condenado se lo ejecuta en la forma que implique más rapidez y menos sufrimientos.

Hasta el suicidio, nóvalo bien, hasta el suicidio es considerado por algunas religiones como una falta que se castiga negando tierra sagrada al cadáver del que, desesperado y loco ya, puso fin a su existencia.

Un enfermo desahuciado padece horribles dolores. El médico sabe que el mal no tiene remedio. El paciente, enloquecido por el dolor, suplica que se abrevie su tortura. Y, sin embargo, se vacila en satisfacer su demanda porque nadie se considera con derecho a suprimir ni siquiera esa vida, que no es vida sino tortura, horrenda e incurable.

Un padre desnaturalizado martiriza a un hijo hasta darle muerte. El pueblo lo arrebató a la policía y lo lincha. Mucho menos que eso: un carretero castiga brutalmente al caballo cansado que se resiste a seguir tirando. «¡Eh, bárbaro!», le

10. ALBERDI, Juan Bautista, *El crimen de la guerra*.

grita un miembro de la Sociedad Protectora de los animales, o sin gritarle nada hace detener por la policía al carretero despiadado.

Ahora escucha y compara. Si todo lo que precede se justifica ante la razón serena, ¿cómo explicarse esta extraña aberración que es la guerra?

Los jefes de los ejércitos en lucha ordenan no dar cuartel, no tomar prisioneros, ultimar a todos, atacar no solo al combatiente enemigo, sino robar, violar, incendiar, destruir toda una aldea, matar mil inocentes porque alguno de los habitantes hizo fuego y dio muerte a un oficial.

¡Eso es gloria! *C'est la guerre!*

Sí, es la guerra, es crimen y en el que, inconsciente, aprueba, es ceguera, imbecilidad.

¿Cómo aceptar que sea no solo lícito, sino que se considere necesario, noble y patriótico y glorioso que, de un día para otro, tú, hijo mío, que ayer no más sentabas a la mesa a otro ser que llegó a visitarte desde el país vecino, joven sano, fuerte, inteligente y laborioso como tú y como tú digno y bueno, hoy debas tomar el fusil y hacer fuego contra él porque nació al otro lado del río, o de la montaña o de una línea imaginaria que separa las respectivas patrias?

Acaso tu propio hermano –¡cuántas veces ha ocurrido!– o el marido de tu hermana u otro pariente o amigo íntimo han nacido detrás de la frontera. Declarada la guerra os encontraréis, posiblemente, el uno frente al otro con el fusil o la bomba en la mano. ¿Tiraréis?

Y así, hombres de ciencia, naturalistas, médicos, higienistas, ingenieros, jurisconsultos, industriales que han cultivado cordiales relaciones comunicándose el resultado de sus estudios y experiencias, reuniéndose, a veces, para discutir las, todos en busca de un progreso, de un perfeccionamiento que se traducirá en mayor bien para la humanidad, así, unos y otros, y lo mismo todos los hombres de trabajo, obreros, agricultores y hasta los estudiantes que apenas han dejado –y no siempre– de ser niños, irán a matar y a morir, se arrojarán los unos contra los otros ¡como fieras!

Ya Séneca decía: «Castigamos los homicidios y asesinatos particulares; pero la guerra, el asesinato de un pueblo, se considera glorioso. Los senadoconsultos,<sup>11</sup> los plebiscitos, decretan el crimen y ordenan a la nación lo que se niega a los individuos. El homicidio cometido particularmente es castigado con la muerte; cuando se comete vestido con el paludamento<sup>12</sup> es digno de elogio. El hombre, el más dulce de los animales, no se avergüenza de complacerse vertiendo la sangre del hombre, y las guerras vienen a ser las herencias que transmiten a sus hijos».

¿No es todo ello absurdo? ¿No es ello un crimen? ¿No es una prueba de la imbecilidad humana, por dura que parezca la palabra?

Un insulto a la bandera debe ser *lavado con sangre*, dicen cuatro «patriotas». Y como consecuencia, observa Angell, los pueblos pequeños que están por la naturaleza de las cosas en incapacidad de vengar en esa forma los ultrajes recibidos, quedan por de contado excluidos de los privilegios del «honor».<sup>13</sup>

11. Decretos o determinaciones del antiguo Senado romano.

12. *Paludamentum*: clámide, especie de capa encarnada, bordada en oro que, en campaña, se ponía sobre la armadura de los emperadores y caudillos romanos.

13. ANGELL, Norman, *La grande ilusión*, p. 289.

Bueno, pues. Aun admitiendo que el hombre primitivo, como los animales salvajes, hiciera justicia por sí mismo, ello no justificaría la continuación de ese estado de cosas después de los inmensos cambios realizados como reacción contra el estado natural.

En eso consiste la civilización.

Los hombres que ayer vivían aislados o en pequeñas agrupaciones en lucha frecuentemente las unas contra las otras, hoy, gracias a su inteligencia, a su razón, que los distingue de los animales, han ido asociándose en grupos cada vez mayores hasta constituir naciones numerosas, algunas de las cuales alcanzan más de un centenar de millones de habitantes (123 tienen los Estados Unidos), regidas por leyes que consultan cada día más los intereses generales y comunes y que les permiten vivir en paz trabajando unidos, al amparo de la justicia, en pro del bienestar propio y del colectivo. Las guerras civiles han ido cesando a medida que los pueblos se han educado, y los vínculos de solidaridad se han acentuado cada día más entre los que se llaman entre sí compatriotas o connacionales. Eso a pesar de haber vivido, ayer, separados y riñendo, o de tener un origen distinto de nacionalidad o de raza.

Los atentados individuales han sido reducidos al mínimo. Existe una policía organizada y los delitos tienen su sanción establecida por las leyes que los tribunales aplican haciendo justicia.

Y así como la fuerza bruta no es ya la que decide en las relaciones individuales dentro de cada país civilizado, tampoco decidirá en lo colectivo. Se organizará debidamente un derecho, una justicia internacionales como en parte se hallan ya establecidos. Su perfeccionamiento es y seguirá siendo la preocupación constante de los políticos y estadistas bien inspirados en todas partes del mundo, motivando la propaganda, en igual sentido hecha, por instituciones especiales, sociedades, organismos múltiples, propagandistas individuales, etcétera.

La batalla está empeñada entre los hombres sinceros que de veras creen posible y quieren la paz y los interesados más o menos ocultos, que son muchos y poderosísimos, a los cuales conviene mantener el espíritu bélico; y que son hábiles, muy hábiles para simular, a menudo, todo lo contrario de lo que piensan y desean y realizan solapadamente.

La batalla está empeñada, también, contra los creyentes sinceros en la inevitabilidad de la guerra y hasta su necesidad, porque son esclavos de prejuicios de distinta naturaleza, prejuicios que se disiparán a medida que la luz se haga sobre ellos. Y ya dijimos que contribuir a proyectarla es nuestro principal propósito, como que será ese el remedio decisivo.

#### **IV. LA GUERRA Y LA MORALIDAD DE LOS PUEBLOS**

La guerra, se dice, favorece la moralidad de los pueblos, el honor, los sentimientos de justicia; exalta el valor, hace respetar el derecho, impide que los pueblos sigan en el materialismo, en la molicie.

Contestemos comenzando por reproducir la gráfica y sintética pintura hecha por Guy de Maupassant:

«Reunirse en manadas de cuatrocientos mil hombres,<sup>14</sup> andar de noche y día sin descanso, no pensar nada, no estudiar nada, no aprender nada, no leer nada, no ser útil a nadie, pudrirse en la suciedad, dormir sobre lodo, vivir como bestias, en continuo estado de embrutecimiento, saquear ciudades, incendiar aldeas, arruinar pueblos; encontrar luego otra aglomeración de carne humana, lanzarse contra ella, formar charcos de sangre, llanuras de carne machacada mezclada con la tierra roja y fangosa, montañas de cadáveres por doquier; quedarse sin brazos, ni piernas, con los sesos hechos papilla, sin provecho para nadie, y reventar en el rincón de un campo mientras vuestros padres viejos, vuestra mujer y vuestros hijos se mueren de hambre...».

¡Qué extraña manera de elevar los espíritus combatiendo el materialismo!

¿El valor...? Oh, sin duda... ¿Quién no se inclina con respeto y admiración, quién no se ha sentido emocionado en lo más íntimo en presencia de los actos de arrojo, de abnegación, de sacrificio, de tantos y tantos héroes que sin vacilar expusieron su vida y la perdieron, serenos y hasta contentos, impulsados por el noble sentimiento del patriotismo, defendiendo o creyendo defender sinceramente la justicia, el derecho, el honor ofendido?

Pero aun en la hipótesis absurda de que todos fuesen héroes en los campos de batalla y de que estos fuesen laboratorios para ensayar y afirmar la resistencia del sistema nervioso ante el dolor o el peligro, ¿bastaría ello para justificar los horrores de la guerra?

¿Por qué no provocar también, expresamente, incendios o epidemias para poner a prueba y dar ejemplo de heroísmo por parte de los bomberos, de los médicos, de las enfermeras de la Cruz Roja, etcétera?

En otros campos de batalla fecundos en beneficios se pone a prueba el valor empleado no para combatir y destruir a nuestros semejantes sino para beneficiarlos en todo sentido. Es el valor de los que tranquilamente, serenamente, con una perseverancia inaudita, trabajan en las ciencias, en las artes, en las industrias, en la educación, en los descubrimientos e inventos de todo género, luchando contra las fuerzas de la naturaleza para hacerla servir al progreso, bregando contra riesgos y obstáculos físicos y morales, resistidos a menudo hasta por los mismos a quienes se quiere beneficiar, decididos, tesoneros, abnegados; y que son en número infinito y han existido en todos los tiempos, eternos benefactores del progreso y de la felicidad humanas y que, para no citar sino a uno de los más grandes, podríamos personificarlos en Pasteur.

Para desafiar el dolor y la muerte valientemente no es menester el campo de batalla. En mil ocasiones en la vida se presenta la oportunidad de probar la entereza de ánimo, el coraje, la resistencia al sufrimiento, la esperanza, el espíritu de sacrificio. La crónica de los acontecimientos nos ofrece diariamente ejemplos admirables de todas las virtudes.

Norman Angell, contestando a los que arguyen que la guerra aunque mala, tiene condiciones que la redimen y justifican, como la de enseñar a los hombres

14. Millones y millones fueron en la última gran guerra, empezada en 1914. Y solo los muertos en los campos de batallas alcanzaron a doce millones, sin contar los muchos millones de heridos, estropeados, enloquecidos, etc., combatientes y no combatientes.

el valor, la firmeza, etc., dice: «Pero la amputación de las piernas, la operación de apendicitis, también ofrecen ventajas y compensaciones».

¿Quién se atrevería a cantar las alabanzas del tifus o del cáncer?

«Sin reserva ninguna apruebo la opinión de Brunetièrre al decir que la vida es muy poca cosa cuando se trata de justicia y del honor; pero ¿acaso en una guerra se trata de la justicia y del honor? Desgraciadamente no; y con frecuencia si no siempre, las causas que determinan las guerras son inmorales o torpes. Y si se me pidiese morir para que un José, hermano de Napoleón, llegase a ser rey de España; para vengar de los sarcasmos del rey de Prusia a una Mme. de Pompadour; para que un Hohenzollern fuese coronado emperador en la galería de los espejos de Versalles o para que Chamberlain hiciese excelentes negocios con sus minas de oro o para cualquier litigio provocado por ese fantasma que se llama equilibrio europeo, tendría perfecto derecho para creer que se abusan un poco de mi humilde persona, dado que semejantes motivos me parecen indignos de hacer correr mi sangre ni la de ningún hermano» (Richet).

Morir por la patria, ¡qué bello morir!

Sí, cuando se perece en defensa de una causa noble; pero más bello es dedicarle la vida haciéndola progresar, persiguiendo un ideal y morir también así, pero no matando a semejantes.

¡Y cómo se mata y cómo se muere hoy!

Antes se luchaba cuerpo a cuerpo, frente a frente. Hoy, casi siempre, sin ver siquiera al enemigo, metidos en el fango de las trincheras a donde llega la bomba cobarde que nos hace saltar en pedazos, o asfixiados por los más cobardes deletéreos gases, quemados por las llamas líquidas o sepultados en el fondo del mar por el torpedo que lanza un invisible submarino.

«La rapacidad del soldado es igualada hoy por su ferocidad –ha escrito LeRoy-Beaulieu–. El soldado destruye todo lo que halla a su paso por puro amor a destruir, para hacer a sus soldados feroces los jefes abusan de su ignorancia presentando a sus enemigos como bárbaros sin humanidad.»

Y por todas partes el *camouflage*, la sorpresa, el engaño.

¡El honor...!

«Pero si subsiste aún el honor en los pueblos manchados con todos los crímenes –dice Anatole France–, extraño medio de sostenerlo es el de la guerra, es decir, cometer todos los crímenes por los cuales un particular se deshonra: el incendio, la violencia, la rapiña, el asesinato.»

¡La justicia, el derecho, todo ello confiado al poder de los cañones y de los torpedos, de los gases!

Ni la justicia ni el derecho se imponen por medio de la guerra.

¿Acaso triunfa el que tiene razón?

Triunfa el más fuerte o el más astuto o el favorecido a menudo por la suerte, por una circunstancia casual inesperada; o el más brutal y feroz que no se detiene en medios para sembrar el terror y la desesperación, procurando acobardar al enemigo por todos los medios sin excluir los más infames reñidos precisamente con las virtudes que se pretende exaltar.

«No pudiendo hacer que lo que es justo sea fuerte se ha hecho que lo que es fuerte sea justo», dijo Pascal.

¡Oh, la moral de los gases asfixiantes, de los torpedos, de las llamas, del robo, de las violaciones, del incendio, de las bombas que aviones invisibles dejan caer sobre las poblaciones indefensas de las corrientes de agua envenenadas y de los nuevos y más espantosos medios destructivos en preparación!

¡Oh, las estupidas contradicciones en todo sentido!

El espía que por cualquier medio trata de sorprender el secreto del enemigo para comunicarlo a sus compañeros tendrá un premio entre los suyos si logra su objeto; será tal vez proclamado servidor de la patria y acaso tenga una estatua según sea la trascendencia de su servicio. En cambio, si fracasa y lo apresa el enemigo será fusilado como espía. Héroe de este lado de la línea de fuego, culpable hasta merecer la muerte del otro lado.

«Mientras exista un hombre que pueda ir al frente y un centavo para gastar, siga la matanza. Eso es patriótico, se dice por un lado; pero si nos llega la noticia de que el enemigo adiestra y aprovecha en alguna forma a los perros y a los gatos: ¡qué bárbaros!, exclamamos.

»—¿Por qué me hieres?

»—¿Y me lo preguntas? ¿No vienes del otro lado del río? Si como yo hubieses nacido de este lado y te matara, yo sería un asesino castigado por la ley; pero has nacido del otro lado. Matándote soy un valiente y un patriota» (Pascal).

Merece nuestro desprecio el verdugo encargado de oprimir el resorte que hará caer la cuchilla de la guillotina; y de los ochos fusiles que entrarán en juego para ejecutar a un condenado solo cuatro estarán cargados para que, tomados al azar, cada uno de los tiradores pueda creer que a él le ha correspondido el que no tenía bala y libre, su conciencia, de la tortura que puede producirle el convertirse en matador aunque sea legal, de un hombre acaso comparable por sus crímenes a una fiera peligrosa. En cambio el soldado que mata inocentes es un héroe. Y hasta se llega a fusilar a indefensos prisioneros ejecutados en rehenes así sean mujeres y acaso hasta niños.

¿En qué quedan los preceptos morales y cristianos: no matarás, no hurtarás, no codiciarás la mujer de tu prójimo, etc., en presencia de las torturas, matanzas, violaciones, saqueos y atrocidades innumerables de la guerra?

Cada uno de los ejércitos colocados frente a frente, listos para entrar en batalla, habrá invocado a Dios y, en su nombre, fusiles, cañones, torpederas, acorazados y aviones habrán sido previamente bendecidos por los grandes dignatarios de la Iglesia.

Dios de los ejércitos, se dice.

«No hay crímenes reprehensibles cuando el objeto perseguido es el engrandecimiento y el enriquecimiento de la patria.» Eso enseñaban a sus compatriotas profesores de uno de los países más adelantados del mundo. Aplicado a lo individual ello equivaldría a justificar cualquier atrocidad o despojo contra la madre de un semejante si la nuestra hubiera de resultar beneficiada.

Pero declaramos que fuera injusticia atribuir a determinadas naciones el monopolio de la crueldad. En la guerra todas son iguales a pesar de llamarse civilizadas.

Y siempre fue así pese a los principios, tratados, proclamas, etc., estableciendo que debe hacerse al enemigo solo el mal necesario para reducirlo. ¿Quién ha fijado el límite?, y ¿cuándo, si se hizo, fue respetado?

Hasta en la *Ilíada* aparece Agamenón apostrofando violentamente a Meneleao: «¿Qué, débil Meneleao, tienes piedad para los troyanos...? Perezcan, por el contrario, con Illion, todos los troyanos».

Jenofonte cuenta que Sócrates aconsejaba que se hiciese el mayor daño posible a los vencidos, despojándolos de sus bienes y su libertad. «Tomad: todo lo que hay en la ciudad os pertenece: cuerpos y bienes. Seréis filántropos si dejáis algo a los vencidos.»

César decía: «El tiempo de las armas no es el mismo que el de las leyes».

«Los antiguos prejuicios han modelado todas las civilizaciones en el mismo molde; desde la infancia nos hemos acostumbrado a celebrar con tanto entusiasmo las cosas militares, que nos extasiamos ante las máquinas y el aparato de la guerra y volvemos la cabeza con espanto al considerar los antropófagos. ¡Pobres antropófagos! No tenemos derecho para tratarlos de bárbaros, pues nuestros festines patrióticos son más sangrientos que los suyos, y si con nosotros se comparan resulta que comen de vigilia» (Richet, *op. cit.*, p. 40).

## V. ¿LA GUERRA FAVORECE EL PROGRESO Y EL BIENESTAR GENERAL?

Implícitamente se halla contestada en las páginas precedentes la extraña afirmación de que la guerra es necesaria para estimular el progreso, como lo prueba, se dice, el hecho de que los hombres inteligentes de cada país, sabios químicos, mecánicos, ingenieros, etc., apliquen todo su esfuerzo y poder inventivo para realizar descubrimientos y perfeccionamientos de toda clase destinados a dar la superioridad en la lucha al país a que pertenecen los autores de estos progresos.

Exacto es que no pocos inventos y perfeccionamientos tienen ese origen, entre ellos la mayoría de las armas de todo género, fusiles, cañones, tanques acorazados, bombas diversas, gases asfixiantes, fusiles lanzallamas, buques submarinos lanzatorpedos, alambrados electrizados y hasta producción de microbios destinados a sembrar las pestes, envenenar las aguas y múltiples medios terribles más, para producir el espanto y torturas infinitas, la muerte desesperada. Y a la vez la destrucción de obras seculares, edificios, monumentos y poblaciones enteras. El dolor y la muerte y la ruina por doquier.

La mayor parte de los grandes inventos y descubrimientos no fueron inspirados por la guerra. Fueron la consecuencia del esfuerzo inteligente aplicado al bien, a aumentar las comodidades, facilitar el trabajo, cortar o combatir las enfermedades, y prolongar la vida sana, asegurando la felicidad humana, último fin perseguido.

La rueda, la carretilla, la brújula, la máquina de coser, la rueca, el arado, la vela, la máquina de vapor, la fotografía, los motores, el papel, la imprenta, el vidrio, los lentes, el gas de alumbrado, el microscopio, el telescopio, el termómetro, la electricidad y sus innumerables aplicaciones, el telégrafo, el teléfono, la radio, el cinematógrafo, los discos y máquinas ortofónicas, la antisepsia, la vacuna y los sueros diversos, los rayos X y mil y mil creaciones de todo género; en las artes, las industrias, la medicina, la cirugía, la ingeniería, la higiene, los medios de transporte, ferrocarriles, automóviles, aeroplanos, dirigibles, etc., están lejos de haber

sido el resultado del trabajo de unos hombres para destruir a otros hombres, sus semejantes, en los campos de batalla. Ni siquiera la pólvora fue inventada con ese objeto.

Y tales progresos se alcanzan, con frecuencia, a despecho de la indiferencia del primer momento, de la falta de estímulos directos y, a menudo, hasta de la resistencia de quienes serían, en definitiva, los beneficiados.

Imagínese cuánto mayores hubieran sido y serían los progresos humanos, en todo sentido, si los hombres y las instituciones capaces de producirlos hubieran contado y contaran, con más frecuencia de lo que suele ocurrir, con los estímulos morales y la ayuda material que se dispensa a quienes aplican su genio y su labor perseverante al descubrimiento de elementos de destrucción cada vez más perfeccionados y poderosos. Imagínese cuánto avanzaría la civilización y el bienestar general si a ello se destinaran los enormes recursos aplicados a todo lo que con la guerra se relaciona.

¡Pensar que ello es evidente, que cualquiera así lo comprende y que, sin embargo, cerramos los ojos a la realidad!

Abra el público los ojos a la luz hasta ver claro que el progreso solo resulta del trabajo, del esfuerzo humano, de la inteligencia, la energía y la perseverancia aplicados al bien, a la obra constructiva.

La guerra no construye, destruye. Destruye, y ¡cómo! Baste recordar los efectos de la última conflagración que afectan y seguirán afectando a millones de seres humanos de las presentes generaciones y alcanzarán a las que aún no han nacido.

La guerra destruye en el orden material y en el orden espiritual y moral. Mentira es que consagre el triunfo del mejor que impondrá luego sus progresos al vencido. ¡Mentira! Ya se sabe que no es así.

Triunfa el más fuerte materialmente, el mejor armado, el más astuto, el más rico, el favorecido, acaso, por circunstancias especiales o accidentales que nada tienen que ver con su grado de civilización.

La humanidad ha progresado y progresa no por las guerras sino a pesar de las guerras. Y son los pueblos más pacíficos los más adelantados: Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Finlandia, Suiza, que dan hijos de una energía y un valor sereno ejemplares.

No de las divisiones y subdivisiones de los pueblos, determinadas por las guerras, sino de las agrupaciones cada vez mayores, resulta el progreso, porque a la vez que se suprimen las luchas destructoras, aumentan por la unión y el trabajo tranquilo, en común, el adelanto y el bienestar general.

Novicow, en su libro ya citado pregunta, por ejemplo: ¿qué significa la unidad de Francia? Y contesta: «Significa que 38 millones de hombres que ocupan 536.000 kilómetros cuadrados han encontrado un modo de arreglar sus diferencias distinto del de exterminarse como bestias feroces en los campos de batalla. Hoy París, Lyon, Marsella, Burdeos, Lille y Tolosa no se hacen ya la guerra. Si se la hiciesen mañana, la unidad de Francia dejaría de existir inmediatamente».

De quinientos a seiscientos estados independientes existían en Alemania en el siglo XIV y vivían en perpetua guerra con todas sus desastrosas consecuencias. El ejemplo de Italia unificada después de tantas luchas de estados contra estados y el portentoso de Estados Unidos de América con su inmensa extensión y su mezcla de nacionalidades, ¿no son acaso concluyentes?

«Suprimid la guerra y la unidad de todo el género humano queda realizada inmediatamente. Esta unidad no existe hoy porque Alemania, Francia, Rusia y los otros estados quieren seguir con la libertad de declarar la guerra cuando bien les parezca, como lo querían antes Sajonia, Baviera y Hanovre en el seno de la nación germánica» (Novicow).

«El mundo terminará en el suicidio económico a menos que las naciones modifiquen sus tendencias actuales y abandonen la competencia en los armamentos y el comercio. El mundo debe hallar espíritus que entiendan los problemas mundiales en conjunto. Los problemas importantes de índole meramente nacional han dejado casi de existir. Los plantadores de algodón y los productores de trigo en los Estados Unidos, los fabricantes alemanes o británicos y los granjeros franceses no pueden hallar mercados o transportes adecuados y rápidos, sin que la cooperación internacional establezca un patrón monetario mundial estable, lleve a todas partes la reducción de los aranceles y suprima reglamentaciones administrativas que restringen el comercio. Si los hombres olvidan las injusticias, reales o imaginarias, que les hicieron los tratados de Versalles, de Trianón y de Saint Germain, y las cuestiones políticas derivadas de ellos, y se dedican a establecer los cimientos de una estabilidad financiera, facilitarán la solución eventual de problemas que parecen tener ahora gravedad extrema.

»Lo absurdo de la guerra mundial queda ilustrado por el hecho de que los archivos del Congreso informan que costó 30.000.000 de vidas humanas y 400.000.000.000 de dólares. Con esta cantidad de dinero se podría haber construido una casa de un valor de 2.500 dólares, con muebles por 1.000 dólares, en dos hectáreas y media de terreno de un valor de doscientos dólares la hectárea, para cada una de las familias de los Estados Unidos, Canadá, Australia, Inglaterra, Gales, Escocia, Francia, Bélgica, Alemania y Rusia. Y habría quedado un saldo suficiente como para dotar a toda ciudad de más de 20.000 habitantes de los países nombrados, con una biblioteca de un valor de 5.000.000 de dólares y una universidad de 1.000.000; luego, habría todavía un resto suficiente para que, depositado al interés del 5% anual, se pagaran sueldos de 1.000 dólares anuales a 125.000 profesores e igual número de enfermeras. Todavía hubiera alcanzado el saldo para adquirir todo lo que existía en Francia y Bélgica en 1914.»<sup>15</sup>

¡Oh, si los inmensos recursos aplicados a destruir se destinasen a las obras que la cultura y el bien general reclaman!

Cuando se piensa que la mayoría de los pueblos carecen no ya de lo requerido para satisfacción de la vanidad, del lujo, del placer, sino de lo más necesario a la salud, a la cultura, a la felicidad, a la vida; cuando faltan caminos, escuelas, obras de salubridad, habitaciones higiénicas, agua pura, asistencia pública, vigilancia policial; cuando hasta el pan y el abrigo escasean; cuando millones de hombres honestos desocupados piden trabajo, no lo encuentran y viven desesperados preparándose en ellos las rebeliones de mañana; cuando examinamos así, sin venda ante los ojos, la realidad y consideramos que ello ocurre no tan solo por la forma en que, por ejemplo, están organizadas las relaciones comerciales, sino princi-

15. De una declaración hecha por Mr. Nicholas Murray Butler en nombre de la Dotación Carnegie por la Paz Internacional. Reproducido en la revista *El Positivismo*, mayo de 1934.

palmente porque la paz armada, los presupuestos de guerra, las deudas contraídas a consecuencia de las luchas absorben los recursos que hubieran debido aplicarse a disminuir la miseria y favorecer la felicidad humana, nos asombramos de que las cosas puedan continuar así y nos preguntamos cómo es posible que los pueblos sigan tolerando absurdo semejante.

Millones y millones se invierten de preferencia en construcciones, en la organización y funcionamiento de instituciones militares, en armamentos de todo género, acorazados, submarinos, torpedos, aviones, plazas fuertes, defensas múltiples, tanques, cañones, fusiles, municiones y sinnúmero de elementos complementarios que con frecuencia no llegan a usarse, convertidos poco menos que en hierro viejo y en objetos inútiles, porque los adelantos de la industria, el perfeccionamiento continuo de los medios de matar y destruir obligan a una renovación constante de todos los elementos.

Se aumentan, por lo mismo, las cargas al contribuyente, a las que se agrega el servicio militar obligatorio, y se aleja en cambio el día de la consagración al trabajo tranquilo y fecundo sin las incertidumbres y la angustia que implican la amenaza de una guerra.

Todo es estimulado por los especuladores que con ello se enriquecen y que representan en el mundo un poder inmenso más o menos oculto, disfrazado de distintas maneras para que el pueblo no descubra el miserable engaño y la infame explotación.

«Para que los ciudadanos paguen y callen apelan a los sacros ideales de Patria y Gloria y a los más inmediatos apetitos de poderío, generador de riqueza material. Se les dice que un gran poder militar asegurará la prosperidad nacional, el comercio preponderante y el prestigio invencible, y que, siendo así las cosas, es indispensable, a todo trance, mantener la supremacía militar dentro del extremo límite de las fuerzas nacionales para poder ser, o poderse imponer, como factor ineludible en toda ocasión, en un mundo en el cual la fuerza, y solamente la fuerza, tiene valor efectivo, ya para la grandeza y supervivencia de las naciones, ya para la tranquilidad y dicha de sus pobladores.

»Y como estas prédicas vienen de las alturas tradicionales del mando y de todos los intereses constituidos, y como se apela con ahínco a todos los sentimentalismos hereditarios de afectos y de odios, recibidos sin análisis ni examen y aceptados como dogmas bautizados de patriotismo, de honor, de orgullo de raza, de religión y de cuanta concepción noble haya jamás existido, esas prédicas convencen; el fin que ellas persiguen se logra, y es preciso que el mal toque en la entraña viva –como ya empieza a suceder– para que el engaño aparezca en toda su trágica desnudez y se piense en buscar el remedio heroico que la situación exige.»<sup>16</sup>

Medítense las palabras del presidente del Consejo de Ministros de Francia, M. André Tardieu, pronunciadas el 12 de marzo de 1932, durante los funerales del gran paladín de la paz, Aristides Briand. Decía:

«Su gran corazón le ponía por delante, a cada paso, la visión de los 60.000.000

16. PÉREZ DE TRIANA, S., en la Introducción al libro *La grande ilusión* de N. Angell.

de hombres movilizados, de los 12.000.000 de muertos, de los 30.000.000 de heridos, de los 110.000.000.000 de valores destruidos, sin contar los años en que cesó toda producción, los treinta tronos derrumbados, los 300.000.000 de hombres expuestos a las más rudas pruebas, el mapa de Europa transformado y un sentimiento de inestabilidad y de amargura flotando en el mundo.

»Briand se dio cuenta de que jamás en el mundo habría paz si no existía la cooperación internacional y si los métodos de conciliación y arbitraje no anulaban la violencia y la fuerza material». <sup>17</sup>

Abra el pueblo los ojos a la realidad, repito; sustráigase a la influencia de esas incitaciones interesadas o hijas de una gran ceguera espiritual que favorecen la supervivencia de prejuicios seculares; hágase el balance a la luz plena de los hechos. Compútense por una parte los pretendidos beneficios materiales que de la guerra pueden resultar y por la otra los perjuicios de toda naturaleza que deja tras de sí y dígase si el saldo es favorable a las contiendas armadas.

Para convencerse basta contemplar las terribles consecuencias de la última conflagración, terrible no solo para los vencidos sino, también, para los vencedores, alcanzando además a los neutrales como resultado de la interdependencia cada día mayor entre todos los pueblos civilizados.

Prescindiendo por el momento de los valores materiales, ¿cómo hacer el cálculo de lo que implican como estancamiento, retardo o retroceso la pérdida de millares y millares de vidas preciosas que eran, o se preparaban para serlo, factores de progreso y de bienestar?

Oh, tú, joven que has revelado poseer condiciones morales y aptitudes especiales para llegar a ser un sabio, un inventor genial, un gran educador, un artista, un industrial progresista, acaso una gran promesa para tu país y para el mundo; y tú, que eres ya una realidad al servicio de las ciencias, de las artes, de las industrias, de la cultural general, de la salud pública, de la justicia, del progreso social, higienista, médico, jurisconsulto, filósofo, hombre de gobierno, economista, filántropo ilustrado; los dos; tú la promesa segura, el porvenir, y tú, el presente hermoso, la realidad en plena producción benéfica; plantad ahí vuestro trabajo, tomad un fusil, corred al frente, hundíos en una trinchera infecta para morir ahí al estallar una bomba o asfixiados por gases traidores. Y si habéis tenido la suerte de pelear frente a frente, cuerpo a cuerpo, al caer heridos de muerte, caso alcancéis a reconocer sorprendidos, en la cara de vuestro matador no menos estupefacto, al colega y amigo querido de allende la frontera con quien siempre mantuvisteis cordiales relaciones y acaso os ayudasteis recíprocamente en vuestros esfuerzos por servir a la humanidad.

Y tú, que no has muerto pero que te ocurre algo peor; tú, artista escultor, cantante, pintor, virtuoso de la música, poeta y orador, tú has vuelto con vida al hogar, pero ¿cómo has vuelto? Ciego o sin brazos, sordo o sin lengua, y sin voz. Ya no verás, ni combinarás armoniosamente formas y colores, no darás vida al mármol y al bronce; tu voz que ayer estremecía las almas al entonar el canto melodioso, la estrofa vibrante y delicada, el párrafo conmovedor y convincente; esa, tu voz sugestiva, sonará apenas como un desagradable ronquido; tus dedos no arran-

17. En *La Nación*, 30 de mayo de 1932.

carán al teclado, ni tu arco a las cuerdas las divinas armonías con que te deleitabas y deleitabas al público que tú educabas y hacías más bueno gracias a la maravillosa influencia del arte.

Y tú, que eras por distintas razones la alegría del hogar, el orgullo de tu país y quizás el objeto de universal estimación, muere despedazado, púdrete oscuramente entre el lodo, sin que nadie sepa siquiera dónde quedaste. O vuelve a tu casa y a la patria loco o idiotizado, ensombreciendo para siempre la vida de tus padres, de tu esposa y de tus hijos queridos y privando a tu país y al mundo de los maravillosos productos de tu genio y de tu labor perseverante.

Y tú también, simpático muchachote, robusto y valiente, y como tú ya no millares, sino millones de obreros, modestos servidores del país; tú, hijo amoroso, volvías diariamente a tu hogar con la sonrisa en los labios, después de cobrar tu mesada de la que apartabas unos pocos pesos convertidos en un nuevo disco de buena música para tu vitrola adquirida con tus ahorros y destinada a alegrar las primeras horas de la noche junto a tu padre anciano y a tu madrecita querida. Y bien; ahora, ahí estás convertido en un pingajo lastimoso, sentado para siempre en un sillón de ruedas. Suspira, suspira angustiado hasta el fin de tus días en tanto que tu madre, envejecida por el dolor, solo quiere vivir para cuidarte, pero con la muerte en el alma y viuda, sin poder compartir su pena con el compañero, tu padre, cuyo corazón estalló de golpe cuando te trajeron del frente con vida, sí, pero sordo y sin piernas. Ya no traerás nuevos discos que no podrás oír, ni siquiera traerás el pan de cada día. Tú y ella, tu madre, viviréis míseramente de la escasa pensión oficial y sin la satisfacción del que solo depende de sí mismo.

Y vosotros, millares y millones de criaturas que recién empezabais a vivir, pero llenos de esperanza y con porvenir risueño porque vuestros padres jóvenes, robustos, trabajadores, empeñosos, podían criaros y educaros con holgura e independencia suficiente y dignificante, creced ahora penosamente en la estrechez, acaso en la miseria, con el alma dispuesta a todas las rebeliones, sin la alegría de vivir que nos hace útiles y buenos. Sobre todos los de vuestra generación y también las venideras han de influir desfavorablemente las pesadas cargas que detrás de sí dejan las guerras.

Surge implícitamente de todo o casi todo lo que precede la producción de múltiples daños morales que son consecuencia de la guerra y cuya comprobación tenemos con solo mirar a nuestro alrededor inclusive en los pueblos que no participaron en la última espantosa conflagración.

Como si las gentes quisieran desquitarse o resarcirse de los sufrimientos pasados, sobreviene la desmoralización, la entrega incontinida al placer, a todos los sensualismos, a todos los derroches posibles, sin mirar atrás, ni prever el mañana. Una tolerancia inusitada hasta para con los niños encubre libertades, actitudes, conductas, que fueron antes motivo de general reprobación; y ello tanto en el orden individual como en el colectivo.

¡Pobre, pobre civilización si ha de fundarse en la lucha de unos pueblos contra los otros, en vez de apoyarse en la ayuda y tolerancia recíprocas, en la solidaridad e interdependencia cada día mayores y absolutamente imprescindibles si se persigue de veras el progreso humano!

¿Las guerras fuente de progreso, de regeneración humana, generadora de valor, de virtudes de todo género?

¡Oh, sarcasmo de la ignorancia y de la rutina inconsciente o de la ambición engeguedora y del feroz egoísmo de infames explotadores de la candidez de los pueblos disfrazados de patriotismo!

«Así como la invención de la imprenta fomentó y extendió la pasión de la lectura –dice Tarde–, la de la pólvora ha fortificado y extendido la sed de conquistas militares.»

Pero ahora por el exceso de destrucción vendrá la paz. Y si no será la barbarie.

Abra el pueblo los ojos a la realidad, sí. Y si ha comprendido lo funestas que fueron las guerras en el pasado, piense lo que serán las futuras dados los nuevos terribles medios de destrucción que estarán al alcance de las grandes como de las pequeñas naciones.

Un distinguido militar uruguayo, el señor Emilio Herrera dice:<sup>18</sup>

«Hasta ahora el pueblo no se forma idea de los efectos de la nueva arma (la aeroquímica); por eso la guerra puede surgir inmediatamente. Sin que exista poder que pueda arrebatarla, la humanidad tiene en sus manos esta arma terrible como un niño tiene una pistola cargada. Solo a la vista de lo que ocurra cuando se la haya disparado, comprenderá el peligro que encierra y adquirirá la prudencia de que ahora carece. Entonces cada nación y aun las más débiles podrán poseer medios de ataque seriamente terribles para cualquier otra nación por fuerte que sea, y se creará un respeto internacional que hará muy difícil el surgimiento de un *casus belli*. Esto es posible en la actualidad mediante el arma aeroquímica cuyo poder ofensivo con relación a su costo excede enormemente al de todas las demás armas conocidas. La nación que por descuido o falta de recursos no se prepare en esta forma pronto llegará a desaparecer, pues las demás no encontrarán inconveniente en hacerla pasto de sus ambiciones imperialistas.

»Pero si en vez de cantar las excelencias de la guerra, la espiritualidad de la fuerza de las armas y la divinidad de los sueños imperialistas de las naciones poderosas, se tratara de vulgarizar los efectos destructores de una nueva guerra, el número de pacifistas aumentaría y solo por muy graves motivos se acudiría al empleo de las armas para resolver un conflicto internacional.

»Quizá parezca extraño que un militar tenga que manifestarse como defensor del pacifismo en frente de autores no militares; pero en contra de lo creído corrientemente, esta es la opinión de la inmensa mayoría de los militares contemporáneos. El cambio radical que han sufrido los armamentos y en el cual fundamento mi criterio de que no son aplicables al porvenir los conceptos que los filósofos de la guerra han aplicado a las ocurridas hasta ahora, ha hecho desaparecer de la vida real el tipo de guerrero profesional, amante, por placer y provecho, de la guerra y para quien sus arreos son las armas y su descanso el pelear».

Imagínese lo que va a ocurrir cuando entre en uso otra arma respecto de la cual ya se han ocupado varios países, entre ellos Alemania, Bélgica e Italia; el arma bacteriológica, más horrorosa que los gases venenosos.

18. Artículo publicado en *El País* de Montevideo bajo el título «La guerra próxima», 6 de julio de 1929.

Por distintos medios, entre ellos los aviones y espías especialmente ejercitados, se sembrarán en el campo enemigo microbios productores de enfermedades terribles. No se morirá solo en el campo de batalla o en las poblaciones indefensas alcanzadas por las bombas de efectos limitados o por los gases que llevan la muerte a su alrededor. Inventores civilizados han encontrado otro medio más y así, hombres y mujeres, ancianos y niños en las ciudades populosas y en las aldeas alejadas del frente, perecerán como moscas, y no tan rápidamente como bajo la influencia de los gases más mortíferos o destrozados por los proyectiles metálicos, sino lentamente, torturados y consumidos por el cólera, la difteria, la peste bubónica, sembradas por métodos perfeccionados.

La nueva y no menos «noble» función de los espías será inteligentemente desempeñada por hombres que entenderán lo suficiente de trabajos de laboratorio y que con una simple cocina fabricarán rápidamente preciosos elementos de destrucción.

Se ha contemplado ya la posibilidad de que aviones silenciosos dejen caer de noche, sobre las poblaciones, verdaderos ejércitos de ratas inoculadas que contaminarán cuanto toquen. Dejarán el germen horrible en todos los artículos alimenticios, en los recipientes en que se guarde la leche, en las mamaderas que aplicará a sus labios el nieto mimado, como en el dulce de leche conservado para el abuelito sin dientes.

Y si cupiera la fantástica posibilidad de oponerles otros ejércitos de gatos ratoneros, los resultados serían peores. ¿Por qué? Porque como la peste se transmite por las pústulas, los gatos contaminados a su vez se convertirían en propagadores de la peste a domicilio.

¿Parece mentira, verdad? ¡Oh, maravillas de la civilización!

No puedo menos que transcribir a continuación, traducida, la página que figura como prólogo de un interesantísimo folleto intitulado *La Guerre*, editado como suplemento de la revista literaria *Les Humbles* publicada en París bajo la dirección de Maurice Wullens, número correspondiente a octubre de 1925.

## Cuando en las calles se sienta olor a violetas

La guerra acaba de ser bruscamente declarada.

Ninguna dificultad urgente, insoluble, parecía hacerla inminente. Por el contrario, las últimas noticias eran más bien tranquilizadoras.

La condena a muerte de Europa solo es conocida por el gobierno hace apenas cinco minutos.

La prensa nada sabe y el público menos aún.

Las calles llenas con una multitud ansiosa, excitada, pero que nada sospecha.

De pronto, un olor a violeta, ligero al principio, luego más fuerte, después insoportable, invade calles y plazas. El aire deja ya de ser respirable.

El que no consiga huir –y muy pocos lo consiguen– se vuelve rápidamente ciego, pierde el conocimiento, se desploma al suelo y se asfixia.

El cielo sigue perfectamente sereno, claro, azul, sin nubes. Ningún avión a la vista, ni el menor ronquido de hélice.

Sin embargo, a cinco mil metros sobre el suelo, lejos del alcance de la vista y

del oído, una escuadrilla enemiga evoluciona sin piloto, bajo la acción de ondas hertzianas y deja caer sobre el suelo su carga de cloroacetofenona (el gas lacrimógeno, el gas más «humano») o de cloroetenildicloroarsina (lewisita), menos agradable ya, o también de dicloruro de etilo sulfurado, el gas mostaza, príncipe de los venenos.

¡La guerra de gases ha comenzado!

La acción del gas mostaza, *dernier cri*\* de la técnica moderna, no puede ser descrita en términos suficientemente atroces.

De las diecisiete especies de gases utilizados hasta aquí con éxito, es esta la más perfeccionada. Es la Muerte misma. Ninguna máscara protege contra ese gas. Roe las carnes y, si no mata enseguida, produce quemaduras tales que no se curan en tres meses. Durante meses los objetos sobre los cuales haya caído matarán como él. Cuando una región ha sido saturada por dicho gas, todo relieve o moldura, todo picaporte, todo cuchillo de cortar pan sigue siendo, durante meses, mortal. Los alimentos no pueden ser consumidos, el agua está envenenada. Toda vida se encuentra aniquilada.

Terminemos este capítulo diciendo con Séneca: «Nosotros castigamos a los asesinos por los asesinatos particulares, en tanto que el asesinato de todo un pueblo es considerado cosa gloriosa».

Todo lo que precede parece mentira, ¿verdad? ¡Oh, maravillas de la civilización...!

## VI. LAS GUERRAS Y EL PATRIOTISMO. SOLIDARIDAD E INDEPENDENCIA

Las guerras, se dice, son necesarias para mantener vivo el sentimiento del patriotismo.

Tanto valiera decir que conviene pelear de vez en cuando y dañarse recíprocamente con el vecino de nuestra casa, con el que vive enfrente o a la vuelta, para mantener vivo el amor a la propia familia y a la casa que habitamos.

¿Qué anhela el buen ciudadano, el patriota sincero?

Lo que desean todos los hombres de bien para sí mismos, para su familia, para sus amigos y para sus semejantes en general; lo que desea hasta para los animales y las plantas y los inanimados. Desea el bien para todos.

El patriota quiere el bienestar, la felicidad de su país, su progreso constante. Anhela que todos lo respeten y estimen y, si es posible, que lo admiren sinceramente, sin animadversión, sin encono, sin envidia maligna.

Y todo ello se obtiene —¿quién no lo sabe?— en el orden colectivo lo mismo que en el individual, como resultado de las cualidades, las virtudes, la conducta de los hombres y los pueblos; de la consagración de todos al trabajo perseverante, desde el más humilde de los obreros al más encumbrado de los funcionarios. Es

\* [N. del E.] Último grito.

resultado de la cultura, del amor a la verdad y a la justicia, de la tolerancia recíproca y de la ayuda mutua, del respeto al derecho ajeno.

Las naciones deben aplicarse la máxima cristiana dictada a los individuos: no hagas a los demás lo que no querrías que contigo se hiciese.

Es el patriotismo constructivo, que persigue el progreso y la felicidad o la solidaridad y la cooperación cada día mayores entre los pueblos, y no el patriotismo agresivo que considera a las demás naciones como presuntas enemigas de mañana.

El amor a la patria es un sentimiento saludable y fecundo y tan natural y lógico como el amor a la familia. Es sano y bienhechor, dice Gabriel Monod, si se halla asociado y subordinado a ideas superiores de justicia, de derecho y de humanidad; se vuelve falso y nocivo si solo es una forma más extendida del egoísmo, si sacrifica a sus intereses propios todo lo que no es él y si transforma en odio al extranjero lo que no debe ser más que el amor a los conciudadanos y al prójimo.

Jules Claretie ha expresado con acierto que «el patriotismo no ha de ser un instinto que odia, sino una virtud que prefiere».

Pero la preferencia natural, espontánea que tenga por mi compatriota, no debe implicar una malquerencia, ni desconfianza con respecto al que no lo es. ¿Por qué mirar con menosprecio o con recelo a un semejante por el hecho de no haber nacido donde yo he nacido? ¿Por qué ver en él a un futuro enemigo? ¿Porque separa nuestras patrias un río, una cadena de montañas, una línea divisoria imaginaria? ¿No se halla, a menudo, mucho más lejos de nosotros, material y espiritualmente, el que nació y reside bajo la misma bandera, es cierto, pero a millares de kilómetros y con cualidades y costumbres y hasta lenguaje distintos de los nuestros, como ocurre en múltiples naciones?

Más aún: la nacionalidad legal, ¿no es y no ha sido, a menudo, en todas las épocas, esencialmente aleatoria, es decir, subordinada a circunstancias fortuitas múltiples? ¿No se han producido y se producen siempre desmembramientos, subdivisiones, uniones, cambios de frontera, como consecuencia de las guerras, litigios y tratados? ¿No tenemos de ello múltiples ejemplos recientes con la agravante de que suelen asociarse pueblos con diferencias éticas notorias y disgregarse nacionalidades homogéneas?

Dice Novicow: «Solamente respecto del extranjero es la matanza origen de todas las virtudes. Pero la palabra extranjero es absolutamente convencional. En el siglo XIV, los habitantes de los 650 estados de Alemania se consideraban como extranjeros. Un príncipe tenía dos hijos; dividía su territorio entre ellos. Los súbditos del mayor se convertían en extranjeros respecto de los del menor. Si el príncipe hubiera tenido un solo hijo, unos y otros hubieran continuado siendo compatriotas. No se comprende, en verdad, por qué el asesinato colectivo puede ser un bien por puro azar de sucesión».<sup>19</sup>

¿Qué era Italia antes de constituida su unidad que ha hecho de ella la gran nación actual? ¿Y los Estados Unidos de Norteamérica? ¿Y Suiza? ¿Y cien ejemplos más del pasado y del presente?

No, no es en la guerra, volvamos a decirlo, donde hay que buscar la exaltación

19. NOVICOW, *La guerra y sus pretendidos beneficios*, cap. X.

del patriotismo sincero que aspira al mayor bien de la madre patria. Es en la paz. Y con la paz, la justicia.

Sustituyamos los recelos, los rencores, la envidia, por el espíritu de concordia, de tolerancia, de cooperación y solidaridad sin temer que por ello se debilite la fibra patriótica. El patriotismo no está reñido con el humanitarismo o el internacionalismo. Los sentimientos de solidaridad no amortiguan sino que favorecen al patriotismo constructivo. Y el buen ciudadano, digno, honesto y feliz, pacifista naturalmente, reaccionará, sin embargo y por lo mismo, contra el ataque injusto, si llega el caso, más que el patrioter; de igual manera que el hombre recto, sano, fuerte, habitualmente tranquilo y conciliador, se yergue contra la injusticia, la violencia, el asalto. ¿No basta, para probarlo, el admirable ejemplo dado por un pequeño pueblo como los bóers, resistiendo, como lo hicieron, a una de las naciones más poderosas del mundo?

Vivamos pues amando a nuestra patria pero «no contra las otras patrias, sino con ellas y todas juntas por la humanidad», ha escrito Alfredo Fouillée.

Cuenta Federico Passy que su amigo el profesor Charles Richet, el bien conocido fisiologista y gran pacifista, se encontraba durante las vacaciones<sup>20</sup> en una aldea de Alemania, habitada por modestos tejedores a mano que ganaban penosamente su vida. Un día, paseándose con uno de ellos, vio, en una altura, una piedra funeraria en la cual se leía la siguiente inscripción: «Aquí murieron trescientos ciudadanos sajones que defendían la independencia de su patria contra los franceses».

–Ustedes deben odiarnos mucho a nosotros los franceses –dijo Richet.

–¿Y por qué, señor?

–Pues porque les hicimos mucho mal.

–Pero nosotros también les hicimos mal a ustedes. Y además ustedes nos han hecho igualmente algún bien.

–¿Cómo así?

–Mire, señor –dijo el hombre entreabriendo el cuello de su camisa–, ¿ve usted esta medallita? Todos nosotros la llevamos sobre el corazón.

Era el retrato de Jacquard, inventor de los telares.

El propio Richet se pregunta entonces: ¿quién trabajó más por la patria, Jacquard o Napoleón? Y Passy, comentando la anécdota, dice: «Mirad donde queráis, en todos los oficios, en todas las artes, en todas las ciencias, en el desarrollo comercial, industrial o intelectual; donde quiera hallaréis esta perpetua dependencia y este incesante entrelazamiento de los actos, de los esfuerzos, de las ideas de los unos y de los otros».

Y cita a continuación palabras terminantes de T. Roosevelt, entonces presidente de los Estados Unidos.

«Nos hallamos –decía él– en una vuelta excepcional de la historia. El siglo que comienza verá o el más horroroso desborde de calamidades o el más maravilloso despliegue de bienestar y de progreso moral. Hemos llegado a un punto tal de penetración mutua, que en ninguna parte, un solo acto, bueno o malo, puede afectar a la existencia de un solo individuo y con mayor razón a un grupo de in-

20. Esto ocurrió a principios de este siglo.

dividuos, sin que, progresivamente, las consecuencias dejen de hacerse sentir más o menos hasta los extremos del globo. Es necesario, entonces, querer el bien de todos, ser justos con todos. Y eso no implicará falta de patriotismo, sino al contrario. Puede amarse a la patria y debe amársela más que a todas las otras, sin estar obligados a faltar a la equidad, al respeto y a la benevolencia para con los demás.»

Y concluye Passy por su cuenta:

«No podría decirse mejor. Hay dos políticas: la de la mutua expoliación y la de la asistencia mutua. Dos grandezas: la grandeza relativa que consiste en considerarse más elevado cuando se ha rebajado a los otros y la grandeza absoluta que consiste en elevarse realmente uno mismo por el trabajo, por la justicia y por la paz. Es esta última la que debe constituir el ideal del verdadero patriota.»

La predicción de Roosevelt se cumplió, desgraciadamente, por el lado peor y seguimos sufriendo las terribles consecuencias de la gran guerra.

Procuremos entonces destruir el extraviado concepto del patriotismo egoísta, irreflexivo, antihumano, que hace caso omiso de la verdad y conspira contra ella y contra la justicia, el derecho y el propio interés. No fundemos nuestras antipatías o simpatías, nuestra confianza o nuestro recelo ni, en consecuencia, nuestra conducta, en el lugar de origen de los hombres y los pueblos.

Un sincero amor a la patria, el deseo de verla próspera y feliz, puede determinar, en justicia, aun el repudio de un connacional y la preferencia por el que llamamos extranjero.

Hasta en el orden doméstico, íntimo, suele y debe aplicarse este criterio.

Vosotros dos, señora y señor, sois los afortunados padres de una hermosa niña. Sois argentinos y lo es también vuestra hija adorada. Tiene ya la edad para casarse y la pretenden dos candidatos. El uno es compatriota vuestro; el otro es alemán, chileno, sueco, francés, extranjero, en fin, de cualquier país. Tratáis de cerca a los dos. Os informáis prolijamente de sus cualidades, aptitudes, costumbres, antecedentes y comprobáis que todo es favorable al extranjero y que vuestro compatriota no reúne las condiciones y virtudes necesarias para asegurar la felicidad de vuestra hija y la formación de un hogar con hijos sanos física y moralmente. ¿A cuál de los dos querréis que vuestra hija dé la preferencia?

Vuestros futuros nietos, educados en un hogar ejemplar, ¿no serán probablemente mejores argentinos que en el caso contrario?

Vuestros hijos o vuestros nietos tienen a su alrededor multitud de otros chicos entre los cuales los hay argentinos y extranjeros.

¿Qué tendréis en cuenta para elegir a sus compañeros, la nacionalidad o las cualidades de cada uno?

¿Con qué criterio procederéis para elegir vuestras propias amistades y relaciones, si queréis vivir a gusto y con la dignidad posible?

¿No resultará, entonces, mucho más patriótico subordinar nuestra conducta siempre a lo mejor, sin mirar si la etiqueta del objeto dice nacional o extranjero?

Que nuestras vinculaciones y simpatías sean por lo común mayores y más íntimas con las personas y las cosas que tenemos más cerca, es natural y lógico; pero sin que ello implique predisposición en contra de los demás. Aunque vivamos principalmente consagrados a labrar el bienestar propio, ello no ha de

impedirnos, llegado el caso, prestar ayuda o solicitarla al vecino con quien ha de convenirnos siempre, hasta por egoísmo, mantener cordiales relaciones.

Y si nos referimos, ya en grande, a los pueblos, repitamos que como vecinos están cada día más vinculados entre sí, hasta los alejados geográficamente, dados los estupendos medios de comunicación hoy existentes y que tienden cada día más a suprimir la distancia y el tiempo para verse, oírse y llegar de un punto a otro del mundo entero.

«El vapor no solo ha suprimido la tierra como espacio, sino el mar. Como el pájaro, el hombre se ha emancipado de la tierra y del agua para cruzar el espacio *casi* en alas del aire.»

Eso escribía Alberdi en su *Crimen de la guerra*. ¡Quién le hubiera dicho que su «*casi* en alas del aire» dejaría de ser *casi* para convertirse en admirable realidad tanto para el sonido como para las naves aéreas!

Con razón pudo él mismo escribir:

«Cada hombre hoy mismo tiene varias patrias que lejos de contradecirse se apoyan y sostienen. Desde luego la *provincia* o localidad de su nacimiento o de su domicilio; después la *nación* de que la provincia es parte integrante; después el *continente* en que está la nación; y por fin el *mundo* de que el continente es parte.

»Así, a medida que el hombre se desenvuelve y se hace más capaz de generalización, se apercibe de que su patria completa y definitiva, digna de él, es la tierra en toda su redondez y que en los dominios del hombre definitivo jamás se pone el sol».

Recordemos la santa protesta de nuestro gran poeta, Ricardo Gutiérrez:

#### LA VICTORIA

¡Ah! no levantes canto de victoria  
En el día sin sol de la batalla,  
Ni el santo templo del Señor profanes  
Con plegaria de triunfo y de matanza.

¿Y tú levantas himno de victoria  
En el día sin sol de la batalla?  
¡Ah!, solo el hombre, sobre el mundo impío,  
En la caída de los hombres canta!

Cuando se abate el pájaro del cielo,  
Se estremece la tórtola en la rama;  
Cuando se postra el tigre en la llanura  
Las fieras todas aterradas callan...

Yo no canto la muerte de mi hermano.  
¡Márcame con el hierro de la infamia  
Porque en el día que su sangre viertes  
De mi trémula mano cae el arpa!

### VII. REACCIÓN NECESARIA

#### Hay que desarmar los espíritus

¿Por qué subsiste la guerra, a pesar de ser absurda y criminal?

¿Por qué no se procede en lo colectivo como en lo individual proceden los seres civilizados que no dirimen por sí sus agravios y dificultades con las armas en la mano?

¿Por qué los pueblos continúan entregando sus diferencias y conflictos a la

suerte tan aleatoria de las guerras con todas sus horribles consecuencias y no a jueces y tribunales adecuados?

Novicow contesta a las preguntas diciendo que lo que nos lleva a los campos de batalla es la *Santa Rutina*. Nuestros antepasados, nuestros padres, no reconocieron otro tribunal más que esos campos. Vamos, pues, nosotros también a derramar nuestra sangre y la de nuestros hermanos o amigos de ayer, aun cuando si razonáramos serenamente o fuéramos menos ignorantes, más reflexivos y sensatos, comprenderíamos la enorme estupidez en que incurrimos.

Somos las víctimas o instrumentos de interesados más o menos ocultos que aprovechan de esa ignorancia, de nuestros prejuicios; de situaciones, a veces, desesperadas; y auxiliados por todos los medios de propaganda de que disponen y explotando el sentimiento patriótico exacerbado hábilmente y la sugestión colectiva y la ilusión de que triunfando en la guerra todo se allanará, arrastran a los pueblos a la lucha y la tragedia se produce.

La determina, a menudo, como causa inmediata, una nimiedad, un hecho cualquiera que debiera resolverse por los medios comunes, o una falsa noticia deliberadamente divulgada. Son cuatro locos exaltados o beodos que en un momento especial apedrean el escudo e insultan a la bandera de una legación extranjera; una compañía de soldados que bajo el mando de un oficial atolondrado avanza sobre una frontera<sup>21</sup> o es el telegrama fraguado de Ems o el asesinato de Sarajevo, etcétera.

Cualquier pretexto es la chispa, es el fósforo que cae sobre el reguero de pólvora. El reguero es la juventud entusiasta que, excitada, sale a la calle con banderas, y puesto que se arrojó una piedra contra el escudo nacional en el pueblito X, ellos van a arrojar piedras y a gritar «muera» contra la representación del país respectivo. Reclamaciones van, reclamaciones vienen; la prensa o parte de ella, a veces a sabiendas de lo infundado del alboroto, grita al honor, al honor, al honor y dignidad del país que ha sido ofendido; invocan el patriotismo, el patriotismo, el patriotismo; y entonces, ¿qué ocurre?

Ocurre que hasta nosotros mismos –fenómeno inaudito–, nosotros mismos, hombres sensatos, curados de espanto; nosotros mismos que blasfemamos de la guerra, que hemos hablado y escrito todo lo que precede, bajo la influencia de todo ese ruido y de lo subconsciente y ancestral que no ha sido desarraigado de nuestro espíritu, al leer las recíprocas invectivas, al oír los gritos y el himno y los tambores y el entusiasmo de los que han salido a vociferar, perdemos también el control y todo lo sensato se olvida o pasa a segundo término. Éramos pólvora incendiable y entonces bastó el fósforo caído en el pequeño reguero, corriendo por este la llama hasta llegar a la Santa Bárbara.

¿Qué hacer entonces? Suprimir las causas.

¿Por cuál empezar?

21. «Los hombres que han tenido la responsabilidad de los asuntos públicos saben que el roce entre las autoridades de las fronteras es siempre muy delicado: en esos puntos se necesitan personas tranquilas y, sobre todo, no muy amigas de empinar el codo. Desgraciadamente no es posible tener aduaneros, ni guardias de policía que pertenezcan al gran mundo. Pero si las autoridades centrales son prudentes, esa clase de conflictos terminan por arreglarse.» De un artículo de Gabriel HANOTAUX, en *La Prensa* del 19 de agosto de 1930.

Por todas las que sean desde ya atacables, sin preguntarnos cuánto tardaremos en curar el mal.

Es menester contribuir a que la pólvora que existe dentro del espíritu humano no sea pólvora fácilmente incendiable al alcance de los interesados ocultos. Hay que desenmascarar a los que mienten, a los especuladores desalmados, a los patrioterros que excitan a otros para que vayan al frente en tanto que ellos no lo hacen o se ponen a cubierto del peligro. Debemos estar en guardia contra todos los que especulan, los políticos ambiciosos, los fabricantes y proveedores de elementos de guerra. De ellos dice Pérez de Triana<sup>22</sup> que «forman una liga internacional, despótica y omnipotente, sin patria, Dios, ni ley; liga que trafica con la angustia y la miseria de los pueblos, en tiempo de la precaria paz que les es permitido tener, y con la matanza de hombres y la destrucción de riqueza en tiempo de guerra y la implantación de odios y rencores entre los pueblos; que rellenan sus arcas con un oro que debiera ser rojo como la sangre. Si la justicia no fuera todavía una concepción vana en muchos casos, no habría horcas lo bastante altas, ni dogales lo bastante apretados para estos malhechores de alto bordo, que de tal suerte asaltan a la humanidad en el camino real de las centurias que pasan».

Es menester, entonces, obrar sobre el sentido común. Hay que educar, liberar los espíritus. Hay que hacer la luz desde el hogar hasta la Escuela, el Colegio, la Universidad; desde todos los centros de cultura, las asociaciones especiales, la prensa, el libro, el teatro, el cine, la radiotelefonía, todos los medios, en fin, por los cuales se puede llegar a los sentidos, a la inteligencia y al corazón del individuo y de las colectividades.

Puesto que no basta decir: la guerra es crimen, la guerra es estupidez, la guerra nada resuelve y todo lo empeora; el que triunfa pierde tanto o más que el vencido, solo el azar y no el derecho decide, el honor no se salva, la justicia no se produce, la inmoralidad recrudece, el hambre aumenta, la desesperación todo lo transforma, la barbarie puede llegar a ser el resultado final; puesto que todo eso parece olvidarse en un momento de locura colectiva, búsquese la vacuna o las vacunas capaces de impedir esa locura colectiva.

Algunas de esas vacunas están contenidas en las consideraciones precedentes. Es nuestra modesta contribución a una obra tan necesaria. Las reunimos para que de ellas echen mano todos los que quieran colaborar. Queremos armarlos para combatir los armamentos obteniendo el desarme esencial, el único eficaz: *el desarme de los espíritus*. Sin este todo otro desarme será absolutamente ilusorio, momentáneo, falaz, ya que los fusiles y los cañones se reconstruyen así como los aeroplanos y los torpedos y los gases y los microbios y todos los elementos de destrucción.

El desarme de los espíritus será el resultado de los mismos factores que hoy, mal aplicados, contribuyen a mantenerlos en el error.

Nos referimos principalmente a los medios de educación;<sup>23</sup> a los ejemplos y

22. En el prólogo del libro *La grande ilusión* de Norman Angell ya citado (p. 35).

23. Hemos citado en otro capítulo palabras del ex presidente de los Estados Unidos Teodoro Roosevelt, dichas ha mucho tiempo. En los momentos de dar estas páginas a la imprenta el otro Roosevelt, el actual presidente, en un discurso pronunciado en el Congreso anual del Partido Feminista declaró que como nación ellos estaban en contra de las guerras y agregó que «solamente por medio de una educación constante relacionada con los ideales de la paz, las naciones que actualmente amenazan al mundo con sus ambiciones imperialistas podrán modificar su política». Telegrama de *La Nación*, 14 de octubre de 1933.

enseñanzas que recibimos desde la menor edad comenzando por el hogar, continuando en la escuela y fuera de ella bajo la influencia de múltiples factores ya aludidos y que constituyen el ambiente general en que se forman el niño, el joven y el adulto.

No nos detenemos en los aspectos político, jurídico ni económico del asunto por dos razones. Es una que ello escaparía al propósito esencial de estas páginas dado el público a que principalmente van destinadas; y es la otra que nos faltarían las aptitudes y la preparación suficientes para tratarlos con entera conciencia, vale decir, con sinceridad.

Escribimos deseando llegar a la razón del lector por el camino del sentimiento y a su sentimiento por el camino de la razón. Y dejamos correr la pluma obedeciendo al impulso de nuestro corazón y al dictado de nuestra inteligencia.

## NOTA DE LA COMISIÓN

### Experiencia significativa

Es sabido que el señor Pizzurno en sus giras de propaganda pacifista no deja nunca de dirigirse muy especialmente a los maestros y a los futuros maestros. En algunas escuelas normales, después de sus visitas y conferencias, los directores o profesores tuvieron la feliz idea de invitar a los alumnos a traducir por escrito las impresiones recibidas. Hemos tenido a la vista centenares de composiciones enviadas, después, al señor Pizzurno. Vale la pena leer siquiera como muestra los siguientes párrafos que extractamos de dos de ellas pertenecientes a dos alumnos de la Escuela Normal de Resistencia (Chaco):

«Maestro:

»Una educación especial recibida en el seno de mi familia; una educación que emanaba del medio ambiente; leyes inculcadas en mi corazón; preceptos tenidos como verdades, habían provocados en mi espíritu una situación especial de odio hacia semejantes nuestros que no conocía, pero que odiaba; que no veía, pero que odiaba...

»Maestro: soy peruano y creo que ya sabrás a qué enemigos me refiero.

»Una luz divina que con sus destellos iluminara una senda oscura para mí fue tu palabra.

»Un ángel de amor que hubiese bajado a libertarme de enemigos invisibles que me rodeaban, fue tu palabra.

»Un beso de casta pureza depositado en mi frente calenturienta por las ideas de odio y muerte, eso fue tu palabra.

»Maestro: creo que ya te das cuenta de cómo tus palabras, cual reflejo mágico, han cambiado una modalidad de mi ser.

»Antes: odio, muerte... Hoy: amor, solidaridad, paz.

»H. VALDIVIA

»(alumno de tercer año)

»Septiembre de 1930»

«Por hoy, santo hombre, te doy las gracias y te prometo con el corazón abierto que cuando mis funciones de maestra me hayan dado el hermoso poder de modelar cabezas jóvenes, me acordaré de ti e inculcaré tus palabras sublimes y así habrán aprendido mis niños a odiar la guerra y amar la paz y quererse los unos a los otros.

»ELENA GÓMEZ

»Septiembre de 1930»

Estas composiciones como todas las que hemos leído justifican plenamente el optimismo del señor Pizzurno cuando afirma que si con una sola conversación se obtienen tales efectos, debe uno convencerse de que por la educación comenzada desde el primer grado y continuada incesantemente se llegará al «desarme de los espíritus» haciendo en ellos la luz.

# La paz vendrá por la educación. Iluminando cerebros y corazones

Conferencia sintética radiotelefónica, publicada en múltiples radios y revistas

*3 de diciembre de 1922*

No nos baste estar convencidos. Considerémonos obligados a convencer, a cuantos tengamos a nuestro alcance, de que la guerra, además de ser el más injustificable de los crímenes, implica también la más grande de las estupideces humanas.

Obligado a desenvolver mi tema en el tiempo exiguo de diez minutos, se comprenderá que deba limitarme a enunciar apenas unos pocos aspectos del asunto, tan vasto y complejo, avanzando afirmaciones sin demostrarlas, como querría, y omitiendo en absoluto la exposición de hechos, consideraciones, estadísticas y argumentos de importancia.

Empiezo, pues, afirmando una vez más que la paz entre las naciones no se producirá gracias a tratados o convenios entre los gobiernos que procedan por cuenta propia, sino por la voluntad y la imposición incontrarrestable de los pueblos mismos que, abiertos por la educación los ojos y resueltos a no ser ya rebaño sumiso e inconsciente, no consentirán que continúen gobernando sino los amigos sinceros, decididos, de la paz.

Y si los gobiernos, respondiendo a propósitos extraños a la justicia y al interés público, o en connivencia o presionados por intereses ocultos, fabricantes o proveedores de artículos de guerra, negociantes o especuladores de distinto género, resolvieran declarar la guerra, los pueblos dirán: «No peleamos». Y no pelearán.

A esto, que a muchos parecerá inocente utopía,<sup>24</sup> se llegará, gracias a los nuevos y maravillosos medios de comunicación y propaganda, mucho antes de lo que

24. Véase sobre esto en la p. 561, el apartado «¿Utopías?».

suponen las gentes, pese a los interesados en mantener viva la creencia de que los conflictos armados han sido y seguirán siendo inevitables.

Bastará, repito, con abrir los ojos al pueblo,<sup>25</sup> despertarlo a la realidad, vencerlo de que es la víctima de prejuicios y mentiras e instrumento ciego de intereses inconfesables, sugestionado y bajo la influencia de una educación extrañada.

Repitiendo mis propias palabras diré que desde la menor edad, en el hogar y en la escuela, debe vacunarse a las almas infantiles contra todos los sentimientos y prejuicios diversos que nos hacen considerar a los nacidos al otro lado de las fronteras de cada país como posibles y hasta probables enemigos de mañana.

Son perfectamente compatibles el más profundo amor a la patria con la estimación sincera de los demás pueblos. De la misma manera que han desaparecido de entre nosotros las rivalidades y hasta los conflictos entre «porteños» y «provincianos» para no quedar sino «argentinos», se llegará, cada día más a comprender que hasta por egoísmo y dada la interdependencia inevitable y creciente entre los pueblos, debemos cultivar la mayor cordialidad de relaciones. Chilenos, uruguayos, bolivianos, paraguayos, brasileños, peruanos, etc., han de llegar a considerarse como inmensas familias que cuidan cada una en primer término del propio bienestar sin atentar por eso contra el de la familia vecina, prestándose por el contrario ayuda recíproca, arreglando sus diferencias por mutuo acuerdo, o dando intervención a jueces imparciales, tal como se realiza en el orden privado. En este es crimen o delito castigado por las leyes ya no solo el homicidio producido a veces en acto primo indeliberado, sino hasta el duelo.

¿Cómo aceptar, entonces, el absurdo de considerar legítimo y hasta patriótico que pueblos enteros, que gentes que hasta ayer han mantenido cordiales relaciones como colectividades y que individualmente no se conocen, o se conocen y se estiman, deban asesinarsse, robarse, destruirse recíprocamente quedando vencidos y vencedores sumidos en la desesperación, la ruina, la miseria moral y material? Y entre tanto sonríen para sus adentros, satisfechos y enriquecidos, los ambiciosos, los falsos patriotas, los especuladores viles que, adueñados de los medios de propaganda, explotaron la ignorancia de las masas lanzándolas a la carnicería mientras ellos permanecían alejados del frente y acaso actuando con habilidad para retardar la terminación de las hostilidades en persecución de mayores beneficios.

Y pronuncian, hipócritamente, las grandes palabras: «Hay que hacer respetar el derecho y la justicia, defender el honor nacional». Y agregan que las guerras mantienen el vigor de la raza, retemplan el carácter y la dignidad de las naciones.

¡La Justicia! ¡El Derecho!

25. El gran estadista, ex presidente de la Cámara de Diputados de Francia, y gran educador y pedagogo Ferdinand Buisson, durante muchísimos años Director General de la Enseñanza primaria, en el Prefacio puesto por él al libro admirable *Guerre a la guerre* escrito por el general Pérain, concluye así:

«Sea lo que fuere, arribamos a la conclusión, de acuerdo con el autor de este hermoso alegato por la paz universal, de que es menester hacer la educación de los pueblos. Corresponde a los pueblos demostrar que el género humano está maduro para reemplazar la guerra, "medio ruinoso, bárbaro, inhumano y sobre todo estúpido, de arreglar las diferencias entre las naciones", por el medio que, desde hace siglos, los individuos han adoptado y practicado: apelar al arbitraje, es decir a la justicia».

Obra lenta y no fácil será cambiar la mentalidad de los pueblos, desarraigar prejuicios ancestrales; pero es el camino para llegar a la meta.

¿Acaso es seguro que triunfe el que tiene razón?

¿Son las armas el juez capaz de hacer la luz?

A la mayor fuerza bruta, material o a la mayor previsión o astucia, ¿no se une, a menudo, el azar, para decidir de la suerte de las armas?

¡Honor! ¡Dignidad! ¡Sentimientos elevados! ¡Heroísmo!

¡Bah...!

¿No suele vencer, acaso, el más astuto, el que supo organizar mejor el innoble espionaje o procurar la traición oportuna y violar la palabra empeñada solemnemente?

¿No triunfa, también, el más insensible al dolor, el más cruel e implacable para sembrar el terror por todos los medios, incluso los más infames y feroces, entre las poblaciones indefensas para que, desesperadas, presionen a los dirigentes del enemigo?

¡El vigor de la raza!

Otra ridícula mentira.

¿No son los más aptos, jóvenes y fuertes, los primeros en marchar al frente para morir, como en la última espantosa guerra, por millones y millones? Y ya no se muere como en otra época, valientemente, luchando cuerpo a cuerpo, sino enterrados en el lodo de las trincheras, sin verse, o entre la tortura de los cobardes gases asfixiantes, cuando no hundidos en el mar por un torpedo invisible.

Los hijos nacidos de los que permanecen en las poblaciones sin ir al frente, por ser de edad avanzada o tarados, o los engendrados por los que vuelven de la guerra, débiles, ruinas físicas y morales, con su sistema nervioso quebrado y que procrean con mujeres que no han sufrido menos la terrible influencia de la guerra; esos hijos, digo, ¿nacerán como frutos de padres seleccionados, vigorosos, o con todos los estigmas de tan triste origen?

¡La Justicia!

Pero si en el orden individual nadie puede ser juez de sí mismo, ¿cómo admitir que en las complejas y difíciles cuestiones internacionales ha de llegarse a la verdad y a la justicia asesinándose recíprocamente los pueblos?

Y por otra parte, ¿quién ignora que las sanciones obtenidas por la violencia dejan en pie el deseo de la revancha con todas las consecuencias de la paz armada, consecuencias económicas en primer término y que refluyen en toda la vida, en la salud física y espiritual de las gentes, retardando el progreso, haciendo imposible la felicidad, suprema aspiración humana?

¿Quién vence, en definitiva?

Nadie; todos los pueblos participantes en la guerra sufren sus horribles consecuencias sin excluir los neutrales más alejados, tan estrecha es hoy, y lo será cada día más, la interdependencia de los pueblos.

¡Pasma el pensar lo que será una nueva guerra!

¡Basta, pues, de esclavitud ideológica!

La liberación se obtendrá principalmente por medio de una educación racional dirigida menos a dar multitud de conocimientos innecesarios, que a favorecer la formación mental, la independencia espiritual y moral del niño y del joven; que realice los viejos y eternos postulados de la cultura física, intelectual y moral, viendo en cada niño no solo al individuo aislado, sino a la célula del organismo social en que actúa, preparándolo, por lo tanto, para que sin perjuicio del propio bienestar con-

tribuya al bienestar colectivo; y también como célula de la humanidad, célula inteligente y convencida de las ventajas de la solidaridad y la cooperación.

Cultivemos la razón, el respeto a la verdad, el sentimiento del deber y la responsabilidad, la tolerancia, la confraternidad, el amor al bien y, por consiguiente, a la justicia y la aptitud y el hábito del trabajo perseverante.

Seres así educados, gozando de salud física y moral, triunfan siempre en la vida y tienen satisfacciones que los hacen, naturalmente, pacíficos y pacifistas. Y por lo mismo que son sanos y fuertes moralmente, llegado el caso triste de una agresión injustificada e inevitable, han de defenderse sin vacilar, por impulso lógico, espontáneo, aun cuando no hayan vivido haciendo alardes de un patriotismo verbal extraño al verdadero que consiste en ser útil al propio país y honrarlo con la conducta siempre digna, sea cual fuere la esfera de acción modestísima o elevada en que les toque intervenir.

Esa educación no es, por cierto, la que se recibe en la mayoría de nuestras escuelas y colegios, sumidos todavía en la rutina, pese a las claras y acertadas orientaciones señaladas desde tiempo inmemorial por estadistas, filósofos y educadores.

Suprimamos de las diversas enseñanzas, particularmente de la de la historia, cuanto atribuya a mantener el espíritu receloso y agresivo, acentuando lo que vincula, suprimiendo lo que divide,<sup>26</sup> exactamente como debe hacerse en la vida familiar y social. Asociemos a la acción de la escuela la del hogar y la de los múltiples factores que pueden influir en los espíritus formando la conciencia colectiva, en primer término la prensa que por sí sola es, a menudo, decisiva en bien o en mal. Utilicemos todos los medios de propaganda, la conferencia, el cine, el teatro, la radiotelefonía, que puede llegar a todas partes en el idioma que se quiera; las instituciones especiales, asociaciones ad hoc, etcétera.

Y, sobre todo, la prensa. ¡Oh, si fuera dado obtener que la prensa toda del mundo se pusiera al servicio de causa tan grande!

Eso solo podría ser decisivo como suele serlo en el sentido opuesto. Nadie ignora que precisamente los interesados en mantener vivo el espíritu bélico con todas sus consecuencias favorables a sus empresas comerciales tienen, en todas partes, prensa organizada a su servicio. Y es esa prensa la que explota, tan cínica como hábilmente, la ignorancia, la debilidad y los prejuicios de las masas, sin excluir la juventud inteligente, para excitarlas y provocar en un momento dado el incendio, con el auxilio o la complicidad de poderosos influentes a quienes compra o a quienes derriba del poder si no se prestan a sus manejos criminales.

Perseveremos, perseveremos, entonces, en la propaganda opuesta. Y no nos baste estar convencidos. Considerémonos obligados a convencer, a cuantos tengamos a nuestro alcance, de que la guerra, además de ser el más injustificable de los crímenes, implica también la más grande de las estupideces humanas.

26. Véase en el diario *La Prensa* de fecha 15 de junio de 1929 una documentadísima exposición hecha en el local de la misma (Instituto Popular de Conferencias) el día anterior por el doctor Rodolfo N. Luque. Se demuestra en ella de una manera concluyente cómo los textos de historia en uso en las repúblicas sudamericanas, inclusive la nuestra, parecen deliberadamente escritos para favorecer la animadversión o desconfianza entre los distintos pueblos. Es un trabajo valiente y noblemente inspirado cuya lectura recomendamos. Ha sido publicado también en folleto por el Rotary Club de Buenos Aires.

Y ya que el maestro ha de ser factor esencial en la gran empresa, exijamos que se lo prepare bien y se lo coloque en la situación económica y social que le permita ejercer con eficacia la acción decisiva que le corresponde.

Debo terminar y lo hago diciendo que en una sola palabra puede condensarse todo nuestro plan de guerra a la guerra. Esa palabra es LUZ.

Sí, luz, mucha luz en el alma de las gentes, para que así como el sol ahuyenta las cucarachas, la conciencia ilustrada de los pueblos ahuyente para siempre a esas otras enormes y funestas alimañas que también se mueven en las sombras: los ambiciosos sin entrañas, los especuladores políticos o del comercio y la industria, interesados personales en la reproducción de las guerras.

Con la luz, la hermosa profecía de Victor Hugo, los anhelos de nuestro Alberdi, el sueño de Bolívar y de muchos grandes de todos los tiempos, serán una realidad.

Oigamos a Hugo y contribuyamos todos, hombres y mujeres, con nuestro esfuerzo, grande o pequeño, a la más pronta realización de su profecía que, en verdad, ya ha comenzado a cumplirse.

«Vendrá un día en que también las armas se os caerán de las manos, en que la guerra parecerá absurda y será tan imposible entre París y Londres, entre San Petersburgo y Berlín, entre Turín y Viena, como hoy lo sería entre Rouen y Amiens o entre Boston y Filadelfia. Llegará un día en que vosotras, ya os llaméis Francia, Rusia, Italia, Inglaterra o Alemania, todas las naciones del continente, en fin, sin perder ninguna de vuestras cualidades distintivas, ni vuestra gloriosa individualidad, os fundiréis estrechamente en una unidad superior constituyendo la fraternidad europea, absolutamente como nuestras provincias, Normandía, Bretaña, Borgoña, Lorena y Alsacia, se fundieron en la Francia. Llegará un día en que no habrá más campos de batalla que los mercados abiertos al comercio y las inteligencias a las ideas. Vendrá un día en que las balas y las granadas se reemplazarán por los votos, por el sufragio universal de los pueblos, por el venerable arbitraje de un gran Senado Soberano que será para Europa lo que el Parlamento es para Inglaterra, lo que la Dieta es para Alemania o lo que la Asamblea Legislativa es para Francia. Llegará un día en que se enseñará un cañón en los museos, como hoy se enseña un instrumento de tortura y uno dudará y se admirará del fin a que pudo aplicarse. Llegará un día en que solo se verán dos grupos inmensos de naciones: los Estados Unidos de la América y los Estados Unidos de Europa, colocados el uno frente al otro, tendiéndose las manos por encima del mar, cambiando sus productos, su comercio, su industria, sus artes, sus genios; roturando el globo, colonizando los desiertos, mejorando la creación bajo la mirada del Creador, combinando reunidos, para bien de todos, las dos fuerzas infinitas: la fraternidad de los hombres y la omnipotencia de la justicia.»

## **LO QUE DEBE HACERSE PARA SUPRIMIR LAS GUERRAS**

No resisto el deseo de traducir a continuación las tres últimas páginas de un libro cuya lectura no me cansaré de recomendar y al que he aludido en una nota al pie de la p. 593 de este volumen. Me refiero a lo que Buisson llama «hermoso alegato pro paz universal», el libro *Guerre a la guerre*, escrito por el general Percin. Es un libro acaso único en su género. Habla a la razón y al sentimiento, no con de-

clamaciones, sino con hechos y más hechos, concluyentes, aplastadores. Es la experiencia, «la experiencia de toda la vida de soldado que lo ha convertido». Pone ante nuestros ojos la terrible realidad y a poco que se lo lea sin prejuicios, no puede uno menos de quedar convencido de que debe llegarse algún día – ¡ojalá sea pronto!– a lo que reclama en una «exposición de verdad» como él dice. Y nótese que es un militar, un general, y francés, quien valientemente escribe lo que va a leerse, como resultante de todo su formidable alegato:

»Es menester decir a los pueblos que para lanzarlos a los unos contra los otros, se los ha engañado siempre.

»Es menester mostrarles, con ejemplos tomados de la última guerra, que, en adelante, el vencedor quedará arruinado como el vencido; que la guerra ya no deja beneficios; que no produce la paz; que acrece la inmoralidad; que favorece la reacción; que el azar ejerce una influencia preponderante en el éxito de las batallas; que los pueblos se juegan en ella la existencia como si tiraran los dados; que no hay guerras sin riesgos, sin mentiras y sin atrocidades; en fin, que la guerra no es solamente un medio ruinoso, bárbaro e inhumano, sino estúpido de arreglar las desinteligencias que pueden suscitarse entre los pueblos.

»Es menester hacer práctica la educación de los pueblos como se ha hecho, hasta hoy, la de los individuos.

»Es necesario hacer comprender a los unos, como se ha hecho con los otros, que está en su propio interés el no resolver por sí mismos los litigios que puedan producirse entre ellos.

»Es necesario modificar, a este respecto, el curso de las ideas recibidas y perpetuadas por la tradición.

»No se debe ya más glorificar, ante los pueblos, el empleo de la fuerza bruta, que estigmatizamos en los individuos.

»No se debe ya considerar “gloria” en los unos lo que, en los otros, se llama “barbarie”.

»Es necesario celebrar no ya los aniversarios de las victorias, sino los aniversarios de la paz.

»Es necesario yo no diré prohibir –pues en materia de patriotismo desapruébo en absoluto el empleo de la imposición–, pero sí desaconsejar la inauguración de monumentos a los muertos y a los que se convoca a personajes políticos, cuyos discursos alimentan el espíritu de guerra.

»Es necesario obrar sobre la infancia por medio de nuevos métodos de educación.

»Es necesario, sobre todo, modificar los programas de la enseñanza de la historia.

»Es necesario, en los libros de educación, glorificar no a los grandes guerreros sino a los grandes benefactores de la humanidad.

»No se debe ya dar a los niños, como regalos, cascos, sables y soldados de plomo.

»No se debe ya jamás, so pretexto de educación física, agruparlos en batallones escolares, ni conducirlos al gimnasio al son del clarín.

»Es necesario poner de moda el pacifismo como lo ha sido hasta ahora el espíritu bélico.

»Es necesario permitir que la mujer, árbitro de la moda, creadora de la vida,

enemiga de la guerra que mata, haga oír su voz en el Parlamento y en la Sociedad de las Naciones.

»Es necesario no enviar a la Cámara sino a los diputados que se hayan comprometido a exigir del Gobierno:

»• que la guerra no pueda ser declarada, en adelante, sin un voto popular, en las condiciones que se determinará;

»• que en las ceremonias públicas se enarbole en adelante, además de la bandera nacional, que es el emblema de la patria, una bandera internacional que será el emblema de la humanidad;

»• que, en las mismas circunstancias, se haga oír no solo el himno nacional, sino también un himno internacional, cuya música y letra deberá crearse;

»• que se desbauticen las calles que llevan nombres de grandes batallas o de grandes guerreros, y que se les dé el nombre de bienhechores de la humanidad;

»• que se reserven las recompensas honoríficas de que el gobierno dispone, no ya para los amigos de la guerra, sino para los amigos de la paz.

»Si se llega a crear tal estado de espíritu entre los pueblos, los gobiernos en vano tratarán de lanzarlos uno contra otros en interés de los políticos deseosos de hacerse célebres o de financistas ávidos de ganancias.

»Las guerras acabarán, así, con más seguridad que por el envío de todos los cañones existentes al fondo de los mares.»

# Educación y pacifismo. Guerra a la guerra. Odio al odio

Conclusiones sometidas por el profesor Pablo A. Pizzurno al «Congreso Internacional Femenino» en Buenos Aires, publicadas en los diarios *La Prensa* y *La Nación* y en múltiples medios gráficos

*11 de diciembre de 1928*

I. LA PAZ ENTRE LOS PUEBLOS SE LOGRARÁ mucho menos como consecuencia de tratados entre los gobiernos que impongan el desarme material de las naciones, que como resultado del desarme de los espíritus por medio de la educación.

II. Desde la menor edad, en el hogar y en la escuela, debe vacunarse a las almas infantiles contra todos los sentimientos y prejuicios diversos que nos hacen considerar a los nacidos al otro lado de las fronteras de cada país como posibles y hasta probables enemigos de mañana.

III. Para favorecer la realización de los propósitos enunciados en los dos párrafos precedentes, bastaría llevar a la práctica los fines siempre atribuidos a la enseñanza (primaria y secundaria) pero nunca cumplidos satisfactoriamente: hacerla integral, preocupándose tanto o más que de la instrucción concreta y de las aptitudes físicas y manuales necesarias en la vida, de la salud mental que implica la formación de espíritus reflexivos e independientes, y de la salud moral que supone, aparte de la educación de la voluntad, el cultivo de los sentimientos básicos de respeto y amor a la verdad y al bien y, por lo tanto, de justicia, de tolerancia, de solidaridad, cooperación y simpatía humanas, en lo individual y en lo colectivo.

IV. Los efectos de la educación general a favor del pacifismo se harán sentir más eficazmente mediante acuerdos entre los gobiernos de los distintos países en virtud de los cuales se suprima de los programas y de los textos, principalmente de los de historia<sup>27</sup> y geografía, cuanto provoque sentimientos de animadversión,

27. Léase la nota 26 al pie de la p. 595 en la que aludimos a una excelente conferencia dada sobre este asunto por el señor Rodolfo N. Luque el 14 de junio de 1929.

rivalidad o desconfianza recíprocas malsanas, acentuándose, en cambio, todo lo que tienda a unir a los hombres y los pueblos y a mostrar las ventajas de la solidaridad y la cooperación.

V. Se comprobará que todo lo que precede es menos irrealizable de lo que puede creerse, si se cuida especialmente la preparación de los docentes como factores primordiales de la educación pacifista. Deberá enseñárseles cómo es posible y fácil hacer que todas las disciplinas de la escuela, sin excepción, concurren al propósito perseguido, sin violentar en lo más mínimo los principios y reglas que deben gobernar la enseñanza general. Los profesores secundarios y universitarios deben cooperar en igual sentido.

VI. A la mujer como esposa, madre, maestra y ciudadana electora corresponde análoga acción, que será mayor cada día, en la solución del problema de la paz. Ello debe ser tenido muy en cuenta para educarla convenientemente.

VII. La prensa diaria y periódica, el libro, el cinematógrafo, la radiotelefonía, las conferencias y lecturas públicas, las asociaciones y organismos especiales, todos los medios de propaganda debidamente organizados y puestos al servicio de la paz, facilitarán y complementarán la obra del hogar y la escuela creando, como de hecho ya lo están creando, el ambiente necesario que podría denominarse de «odio al odio» o de «guerra a la guerra», haciendo conciencia pública de que esta implica el más grande e injustificable de los crímenes y la más funesta de las estupideces humanas, pese a las afirmaciones de quienes la consideran para siempre inevitable y hasta saludable. Todo ello sin desmedro de inculcar el más acendrado patriotismo, que es no solo conciliable sino que puede considerarse complementario del amor a la humanidad.





*UNIFE: Editorial Universitaria* asume el desafío doble de pensar nuestro tiempo y hacer frente a la desigualdad educativa produciendo materiales que conjugan rigurosidad científica y divulgación de calidad. Para ello produce un catálogo interesante y rico para la formación integral de docentes, investigadores, estudiantes universitarios y lectores interesados en temas contemporáneos. La colección *Ideas en la educación argentina* busca actualizar la historia de las ideas en ese campo y cimentar una conciencia histórica abierta a las diversas tradiciones pedagógicas del país.

**ADRIÁN CANNELLOTTO**

Rector

Unipe: Universidad Pedagógica



Esta edición, de 700 ejemplares, se terminó de imprimir  
en septiembre de 2013 en Altuna Impresores S.R.L.  
Doblas 1968 - Ciudad de Buenos Aires.





